

John Holloway / Werner Bonefeld / Joachim Hirsch  
Peter Burman / Harry Cleaver

# GLOBALIZACION Y ESTADOS - NACION

El monetarismo  
en la crisis actual

FICHAS TEMATICAS DE

**Cuadernos del Sur**

---

6

Tierra  fuego  
del

Homo  Sapiens  
ediciones










John Holloway  
Werner Bonefeld  
Joachim Hirsch  
Peter Burman  
Harry Cleaver

# **GLOBALIZACIÓN Y ESTADOS-NACION.**

**EL MONETARISMO  
EN LA CRISIS ACTUAL.**

FICHAS TEMATICAS DE  
**Cuadernos del Sur**

Home  Sapiens  
EDICIONES

Tierra  fuego  
del

## **Consejo Editorial**

**Argentina:** Eduardo Lucita / Roque Pedace / Alberto J. Plá / Carlos Suárez

**Brasil:** Enrique Anda / Florestán Fernandez

**Bolivia:** Washington Estellano

**Chile:** Alicia Salomone

**Perú:** Alberto Di Franco

**México:** Alejandro Dabat / Adolfo Gilly / Alejandro Gálvez C./  
José María Iglesias (editor)

**Escocia:** John Holloway

**España:** Daniel Pereyra

**Francia:** Hugo Moreno / Michael Löwy

**Italia:** Guillermo Almeyra

**Rusia:** Boris Kagarlitsky

El Comité Editorial está compuesto por los miembros del Consejo Editorial residentes en Argentina.

### **Colectivo de Gestión**

**María Rosa Lorenzo / Alberto Bonnet / Roberto Tarditi / Mariano Rosels / Gustavo Guevara / Eduardo Glavich / Leónidas Ceruti**

### **Coordinación Artística**

Juan Carlos Romero

**Homo Sapiens Ediciones y**

**Editorial Tierra del Fuego**

Argentina - Octubre 1995

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

**Casilla de Correo N° 167. 6-B C.P. 1406**

**Buenos Aires - Argentina**

ISBN: 950-808-078-1

## PRÓLOGO

Los artículos que integran esta compilación constituyen un aporte para la comprensión de las relaciones antagónicas existentes, en el capitalismo contemporáneo, entre una globalización que se desenvuelve aceleradamente y unas soberanías de los estados-nación conmocionadas en sus cimientos. Este antagonismo tiene su lugar privilegiado en el campo del dinero y las políticas monetarias, puesto que la persistencia de la presente crisis sigue canalizando las tendencias globalizantes del sistema hacia una especulación financiera descontrolada. Las políticas neokeynesianas de los estados-nación postergan el estallido de la crisis a cambio de una erosión creciente del dinero, por su parte las políticas monetaristas disciplinarias, impuestas por los organismos internacionales de crédito, operan en este contexto revalorizando el dinero pero acelerando la crisis. Dos caras de una misma moneda, una moneda impugnada en sus vínculos con el proceso de valorización del capital en la esfera productiva.

Este fenómeno nos conduce a repensar la noción misma de dinero -a menudo descuidada en la literatura marxista- y sus relaciones con la reproducción capitalista, el estado-nación y la lucha de clases. En este sentido apuntan los artículos de John Holloway y Werner Bonefeld, Harry Cleaver, y nuevamente Bonefeld, de esta compilación. Los artículos de Peter Burnham y Joachim Hirsch se concentran por su parte, desde diferentes perspectivas teóricas, en aquella relación antagónica entre globalización y estados-nación.

Todos los textos publicados en esta recopilación son ponencias provenientes del "Primer taller sobre dinero global y estado nacional", organizado por la FLACSO de México con la colaboración del Consejo Británico, en 1992. Por razones de espacio, nos vimos obligados a realizar una selección de los textos presentados al taller, que nos hicieran llegar desde México. Sin embargo, en números posteriores de Cuadernos del Sur esperamos publicar los restantes (un avance puede encontrarse ya en "Reforma del estado: capital global y estado nacional" de Holloway, publicado en Cuadernos del Sur Nro. 16, Octubre de 1993). Las traducciones de los textos que incluimos en este volumen corresponden a Cecilia Gayet (Holloway/Bonefeld), Lauro Medina Ortega (Hirsch y Cleaver), Lauro Medina Ortega y Ellen Camus (Bonefeld) y Elaine Levine (Burnham).

Nuestra decisión de reunir, en una nueva *Ficha Temática de Cuadernos del Sur*, este conjunto de artículos acerca del papel que juegan el dinero y las políticas monetarias en la globalización, obedece a la estrecha vinculación existente entre esta problemática y las tendencias más recientes que pueden encontrarse en la economía y las luchas sociales en nuestro país. La aplicación de políticas neoconservadoras, centradas en el anclaje creciente de la moneda nacional convertida en una divisa mundial sometida a los vaivenes de la crisis y los flujos y reflujos de la especulación financiera, conformó hasta ahora nuestra vía de acceso a la globalización capitalista. Las luchas sociales que comienzan a enfrentar el desempleo, el deterioro del salario, la supresión de los servicios de salud, educación, vivienda y la descomposición monetaria de las relaciones sociales, resultantes de dicha globalización anárquica del capital, nos invitan a pensar nuevas formas de internacionalismo socialista. Entre los textos que aquí presentamos se encuentran, indudablemente, algunos de los mejores abordajes para encarar esta problemática.

## DINERO Y LUCHA DE CLASES

Werner Bonefeld y John Holloway

*"La única manera de describirlo es como el dominio del populacho. Tal vez el país no lo sabe aún, pero pienso que podríamos encontrar que hemos estado en una revolución más drástica que la Revolución Francesa. La multitud ha tomado la sede del gobierno y está tratando de tomar la riqueza. El respeto por la ley y el orden ha desaparecido"*

*(Comentario de Bernard Baruch sobre el abandono de Roosevelt del Patrón Oro en 1933, citado en Schlesinger 1959, 202).*

Pocas afirmaciones expresan de manera más contundente la íntima conexión entre dinero y lucha de clases. La reacción de Baruch al abandono del Patrón Oro está muy lejos de ser la extrema exageración que parece en un principio. El abandono del oro acarrió en efecto el dominio del populacho, la insubordinación del trabajo, en el centro mismo del capitalismo, donde fue transformada en expansión del crédito e inestabilidad monetaria. La conexión íntima tiene, sin embargo, dos caras: La afirmación de Baruch puede ser leída al derecho y al revés. La respuesta lógica keynesiana a las inquietudes monetaristas de Baruch podría haber sido: "Si, el respeto a la ley y el orden ha desaparecido, la multitud ha tomado la sede del gobierno y la revolución es más drástica que la Revolución Francesa, pero el país no lo sabe aún. La expansión del crédito es nuestra única esperanza, mientras que el país no sepa que está pasando, el truco monetario nos ayudará a restaurar el respeto a la ley y el orden, lanzando a la multitud fuera del gobierno y realizando una restauración antes de que

alguien se hubiera dado cuenta de que ha habido una revolución".

La íntima conexión entre dinero y lucha de clases es una conexión compleja: al mismo tiempo en que el dinero (como crédito) da reconocimiento al poder del trabajo, su movimiento y configuración cambiante desarman y fragmentan ese poder. La respuesta monetaria al poder del trabajo es al mismo tiempo una reconfiguración, o recomposición del antagonismo entre trabajo y capital. En otras palabras, la historia del dinero puede ser vista como el movimiento de composición, descomposición y recomposición de las relaciones de clase.

## **II. Expansión del crédito y lucha de clases.**

El crédito siempre juega un papel importante en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Siempre envuelve un elemento de riesgo, una apuesta sobre el futuro. Si un capitalista pide a un banquero un préstamo, él está diciendo: "necesito dinero; no tengo el suficiente en este momento porque la explotación de mis trabajadores no me ha dado suficiente plusvalor. Pero podrá explotarlos lo suficiente en el futuro como para permitirme devolver el crédito con los intereses". El crédito siempre envuelve un juego sobre el futuro, una apuesta que crea una ficción: la futura explotación del trabajo es tratada como si fuera explotación presente. Si el capitalista triunfa en explotar a los trabajadores lo suficiente en el futuro, él gana su apuesta: si no, tanto él como el banquero pierden.

Esto mismo puede ser dicho en el nivel del capitalismo en general: la expansión del crédito es admitir que la subordinación presente del trabajo no es suficiente para la expansión del capital, es decir para que el capital exista como capital, como valor auto-expansible. La tendencia histórica es que el capital juega y apuesta cada vez más sobre la futura subordinación del trabajo<sup>1</sup>. El crédito es un medio de integrar la explotación del trabajo con la realización del valor en circulación. Esta integración basada en el crédito es siempre precaria. Presenta una demanda basada en la futura subordinación del trabajo y por eso una integración especulativa del trabajo en la relación de capital. En otras palabras, la expansión del crédito que no es combinada con una correspondiente expansión de la explotación del trabajo sustituye una ficticia subordinación del trabajo por la falta presente de subordinación, y siempre implica una apuesta sobre la subordinación futura: si el capital pierde la apuesta, hay un colapso financiero.

La expansión del crédito no es el fenómeno cíclico que la teoría eco-

nómica plantea. Más bien, para el capital, es un modo de escapar a la insubordinación presente del trabajo. Esta insubordinación es encubierta y disfrazada como un problema económico. Como la expresión económica de la insubordinación del trabajo, la expansión del crédito se convierte en un cáncer aparentemente inextirpable en el corazón del capitalismo. Este no es el resultado de errores políticos, como los monetaristas podrían afirmar, sino que refleja la dependencia del capital respecto de una fuerza que no controla: el trabajo.

La gran ola de lucha revolucionaria al comienzo de este siglo que encuentra su más intensa expresión en la revolución de Octubre de 1917, fue superada en parte por la violencia, pero en parte por la expansión del crédito en los años veinte, que condujo finalmente al crack de 1929. La expansión del crédito que precedió al crack fue la otra cara de la abierta insubordinación de la revolución de Octubre, una apuesta sobre la insubordinación futura.

Después del trauma de 1917 y su eco en 1929, la expansión del crédito fue levantada como el principio central del dominio capitalista. La importancia de *Keynes* como teórico fue que proveyó una base teórica para un proceso que ya estaba ocurriendo, es decir, la aceptación de que el estado podía mantener el orden sólo aceptando y promoviendo la expansión del crédito. Después de la Segunda guerra mundial, el problema del trabajo fue controlado crucialmente a través de la expansión del crédito. Como Burnham señala, el propósito del plan Marshall fue el aumento de los estándares de vida "para resistir el atractivo del comunismo". (Burnham, 1990, p. 100, citando a Gifford, Asesor del Departamento de Comercio de EE.UU.). La insubordinación del trabajo fue traducida en un problema económico, en inestabilidad monetaria<sup>2</sup>.

La expansión del crédito fue de doble fila. Por una parte, proveyó un medio para integrar la explotación del trabajo con la realización del plusvalor en circulación. Por otra parte, la aceptación de la expansión del crédito como un principio de dominio significa la aceptación de una tendencia hacia la disociación inflacionaria del dinero de la producción. En estas circunstancias la contabilidad en una escala global llegó a ser uno de los más importantes "mecanismos" de control. La prevención de la separación del dinero de la producción estaba basada en el reconocimiento del dólar como moneda mundial y la subordinación de otras monedas al dólar dentro de márgenes predeterminados. La contabilidad tomó la forma de

una alternancia entre presión deflacionaria y apoyo inflacionario de "acumulación doméstica". En Gran Bretaña, los llamados *ciclos stop-go* dieron un nombre económico a la contención del trabajo sobre la base de la administración de la demanda global. La expansión del crédito proveyó un medio para contener el conflicto, para suprimir el punto agudo de las luchas de clase que dominaban la primera parte del siglo y que renacieron después de la Segunda Guerra Mundial cuando el humor era decidivamente socialista<sup>3</sup>. Pero el precio pagado fue la pérdida del nexo crucial entre el sistema monetario y la tasa de productividad.

### **III. Los setenta y los ochenta: crédito y descomposición/recomposición.**

La segunda gran ola de lucha de este siglo, aquella asociada con 1968, dio un renovado impulso a la expansión del crédito. La revuelta de aquellos años, como en la primera parte del siglo, fue contenida en parte a través de la supresión violenta, pero sobre todo a través de la expansión del crédito. Por esta razón, las consecuencias de 1968 (la ola de luchas acumuladas que mostró su cresta en 1968) fue menos dramática pero de alguna manera más profunda aún que los levantamientos de la primera parte del siglo. La precaria relación entre el sistema monetario y la tasa de productividad fue quebrada más fundamentalmente aún, como se reflejó en el quiebre del sistema de Bretton Woods en 1971.

Las luchas de finales de los 60 significaron que el capital no podía ya contar con el control directo sobre el poder del trabajo en la fábrica. La explotación del poder productivo del trabajo se enfrentó con bajas tasas de ganancia. La explotación del trabajo devino demasiado cara al mismo tiempo en que la capacidad del capital para imponer el trabajo necesario sobre el poder del trabajo social fue severamente limitada. Además, el poder disruptivo del trabajo se hizo sentir a finales de los 60 en resistencia contra la intensificación del trabajo y el intento de reducir salarios (política de ingresos). En otras palabras, la clase trabajadora hizo claro que ya no aceptaría ser explotada más allá de ciertos límites.

El capital respondió huyendo de la fábrica. El dramático y sin precedente incremento en el capital monetario global no fue equiparado con la reducción del trabajo necesario, la cara constitutiva del trabajo excedente. En otras palabras, el capital comenzó a acumular riqueza en forma de



moneda sin una correspondiente explotación del poder del trabajo en la fábrica. Parecería que el capital ha olvidado el lento paso y el sucio lugar de la producción. El capital intentó hacerse limpio: las ganancias podían ser producidas mucho más fácilmente en inversión financiera, y la exacción de 'intereses' fue promovida por el estado a través de políticas fiscales y anti-inflacionarias. El intento del capital de liberarse a sí mismo del disputado terreno de la explotación y de ir más allá de sí mismo afirmándose a sí mismo en su más 'racional' forma de capital monetario indica la insubordinación del poder del trabajo. Indica también el carácter ficticio de la contención del trabajo: la acumulación monetaria fue de hecho una acumulación de capital 'desempleado', de capital que había huido de la fábrica y había hecho dinero a partir de apostar sobre la futura explotación del trabajo. En otras palabras, la dimensión especulativa de la acumulación y la insubordinación del poder del trabajo son dos partes de la misma nuez.

La huida del capital desde la fábrica hacia el mundo fantástico de la auto-expansión del dinero recompuso las relaciones globales de explotación y lucha. El mercado mundial se convirtió en un mercado de dinero. El intento del capital de huir de la fábrica y hacer dinero del dinero creó un capitalismo mucho más frágil a escala global. Sin la búsqueda global del capital de la ganancia en dinero habría sido inconcebible que la crisis de la deuda mexicana en 1982 hubiera tenido un inmediato efecto sobre los bancos 'occidentales', y a través de ellos sobre el circuito global del capital. En otras palabras, la incapacidad del capital de imponer la valorización expansiva sobre el poder productivo del trabajo fue equiparada por una muy fuerte afirmación del poder disruptivo del trabajo. Los efectos de la incapacidad del gobierno mexicano para contener el conflicto social que lo forzó a amenazar con la falta de pago de la deuda, hizo claro que los conflictos que podían una vez haber parecido pequeños y marginales ahora tenían un efecto desastroso sobre la estabilidad del mundo capitalista como un todo. La disociación del dinero de la explotación proveyó una nueva unidad a la lucha internacional contra el capitalismo. Esta unidad tiene su concreta materialidad en la lucha contra la austeridad.

La crisis de la deuda mexicana de 1982 hizo claro que el formidable intento de contener al trabajo en una escala global dentro de la relación de capital a través de una política de dinero escaso había llegado a un impasse. La 'crisis de 1982' indicó una tremenda recomposición de la relación

de clases. Aparentemente focos 'marginales' de resistencia a la imposición de dinero-al-mando amenazaron con transformar el intento de hacer dinero de la pobreza en una severa crisis financiera global. La desregulación de las relaciones de crédito global no sólo minaron la integración corporativista del trabajo. También presentó una apertura de los espacios políticos. 'México 1982' indicó que 'el dinero' no sólo subyuga todas las relaciones sociales a las relaciones de cambio. Indicó también que 'el dinero' proporciona una unidad global a las luchas contra la 'ejecución de la deuda'. En otras palabras, la crisis global de la deuda señaló la recomposición del trabajo como el antagonista al terrorismo de dinero en una escala global.

'México 1982' mostró el poder disruptivo del trabajo en una escala global. En realidad, la homogeneidad de la resistencia del trabajo a la ejecución de la deuda global alcanzó su cumbre. El 'ciclo' que había comenzado en 1971 con la separación entre el dólar y el oro, y que se había desarrollado a través de la recesión de 1974/75 y la crisis italiana de 1976, la crisis de la libra esterlina de 1976 y la crisis del dólar de 1977 fue bruscamente parado durante la recesión de principios de los ochenta.

La respuesta inicial a las convulsiones de 1968/1971/1974, el *intento de imponer la austeridad por consenso*, fue abandonada a fines de los setenta y comienzo de los ochenta contra el trasfondo de la llamada *crisis de la socialdemocracia*. El descrédito de una política que procuró implementar la austeridad por consenso se hizo sentir de varias maneras, tal como el "Invierno del descontento" en el Reino Unido, la aparición (el aumento) de nuevos movimientos sociales en Alemania, y el movimiento de 1977 en Italia<sup>4</sup>. La desregulación de las relaciones de crédito global ha minado el intento de contener el problema del trabajo a través de la reforma social y de integrar al trabajo en la relación de capital a través de políticas corporativas selectivas.

La resistencia a la austeridad por consenso dio significación al monetarismo de la Nueva Derecha y su estrategia de imponer el dinero escaso sin acuerdo previo ni respaldo de los movimientos sindicales. La crisis financiera de 1976/7 expresó la insubordinación del trabajo en términos económicos. Ellas señalaron no sólo el fin de una política de descomposición de clase asociada con formas corporativas de integración y exclusión sino, además, un salto a un intento mucho más directo e indiscriminado de deflacionar la 'economía' y de 'incrementar la productividad'.

El ascenso de las políticas neoliberales implicó una confrontación más enérgica y mucho más directa con el 'problema del trabajo'. Las crisis 'monetarias' de los setenta prepararon el terreno para el intento indiscriminado del monetarismo de vincular (limitar, restringir) el dinero a la explotación.

La crisis mexicana de 1982 fue una respuesta a ese intento. La insubordinación del trabajo que constituyó tanto la 'crisis monetaria' como el 'México 1982' están así fuertemente conectados. Hubo una nueva homogeneidad de resistencia directa contra una política de ejecución de la deuda, una homogeneidad que derivó de la socavación de la integración corporativa del gran trabajo y el ataque indiscriminado al trabajo social a través del dinero escaso. Este ataque monetarista indiscriminado abrió enormes espacios políticos. Estos espacios fueron integrados a través de, y definidos por, el dinero. Así, los eventos de los años setenta reaparecieron de un modo mucho más fuerte en 1982. Es por esta razón que, en 1982, el derrumbe del control por el dinero escaso se extendió a través del mundo capitalista como una pólvora.

La crisis de 1982 no fue una crisis en los márgenes del mundo capitalista. Más bien, fue una crisis en el corazón mismo de la reproducción capitalista. El proyecto monetarista de usar el dinero como un medio para disciplinar el poder del trabajo a través de la deuda y su ejecución, y a través del desempleo y la devaluación de capital en una escala masiva a principios de los ochenta, reconoció la fuerza requerida para reimplantar el dominio capitalista sobre el trabajo para la explotación. Sin embargo, podía reimplantar el dominio sólo amenazando la estabilidad de las relaciones de crédito sobre las que se apoyaban las relaciones sociales existentes.

### **IV. Después de 1982: descomposición a través del crédito.**

El rápido cambio de una política de crédito escaso a una política de expansión del crédito significó que el capital, en lugar de confrontar a la clase trabajadora directamente en el lugar de la producción, emprendió la socialización, y no la erradicación, de la deuda. Esta respuesta reconoció la insubordinación del trabajo y procuró contenerlo descomponiendo las relaciones de clase a través del estímulo de la deuda. La expansión del crédito ayudó a descomponer la homogeneidad de la resistencia a la austeridad en una escala global. Integró a la clase trabajadora en la relación de

capital a través de la *expansión económica sostenida por el crédito*.

El boom de los ochenta actuó como un agente neutralizador en tanto ayudó a cooptar partes de la clase trabajadora al proyecto de prosperidad. La unidad de la oposición a la imposición del dinero-al-mando fue así quebrada. *La expansión sostenida por el crédito de los ochentas, que se construyó sobre continuas transferencias de los llamados países deudores a los llamados países centrales*, reconoció el hecho de que la acumulación sostenida es la mejor garantía de la fragmentación o descomposición de las relaciones de clase. Esta descomposición involucró no solamente una fragmentación de la unidad entre países centrales y 'países deudores'. Involucró crucialmente la descomposición de las relaciones de clase dentro de casa país. El capital dirigió su destrucción monetaria en cada punto de la unificación social del trabajo como el adversario a la composición de la deuda. La pobreza, el desempleo y la marginación de la fuerza de trabajo superflua coincidió con la prosperidad. El boom reivindicó la imposición monetarista de la igualdad del mercado. La descomposición de la resistencia a la austeridad estaba basada en la pobreza, una pobreza que fue el espejo de una prosperidad basada en la expansión del crédito. Ante la pobreza, la prosperidad rompió la homogeneidad de la resistencia contra la austeridad.

La importancia de la expansión del crédito como principio central del dominio capitalista se reafirmó. La política de *desregulación* y el ataque de la descomposición global del antagonismo del trabajo al dinero vinieron de la mano. Como Negri (1989, p. 134) lo expuso, la 'reconstrucción del mercado significa dar mano libre al pillaje individualista de la cooperación social: significa promover la innoble leyenda de la competencia... A la cabeza de la reconstrucción del mercado, la ideología capitalista pone el objetivo de *segmentar el mercado de trabajo*' (*ibid.*). Así, la expansión del crédito no sólo sostuvo la explotación del trabajo en una dimensión cada vez más ficticia. También ayudó a promover la noción del mercado y así a romper con la solidaridad de la clase trabajadora a través de la imposición imparcial de la igualdad abstracta, e.g., la igualdad del dinero. La política de libertad de mercado equiparó a la ciudadanía con el poder del dinero. Todos son iguales ante el dinero. Este fue un formidable intento de 'establecer condiciones de separación y desprendimiento, y crear obstáculos efectivos al proceso cooperativo' (*ibid.*). La descomposición de relaciones de clase a través del pluralismo basado en el mercado

de la Nueva Derecha dependió de la continua reproducción de 'la sociedad dual' (ibid). Contra el trasfondo de una continua disociación del dinero de la explotación, la 'sociedad dual' no fue un fin en sí mismo sino más bien la condición de la reproducción capitalista, una condición que tuvo que ser reproducida: la descomposición de las relaciones de clase sobre la base de la igualdad del mercado tuvo que ser duradera para prevenir la recomposición del trabajo como el adversario al desinteresado y cada vez más violento dominio del dinero.

La descomposición monetaria de las relaciones de clase a través de la propiedad privada implicó, como su presuposición, la igualmente individualizante imposición de la deuda en las cortes. La disponibilidad del crédito y la coerción implícita en el cobro de la deuda son los dos lados de la misma moneda acuñada por el Estado. Lo que le dio vida a la expansión económica fue el crédito, y el precio del control de la expansión económica fue el crédito, y el precio del control de la expansión crediticia fue pagado por las clases trabajadoras en los llamados países deudores, así como por desempleados y empobrecidos. Aquellos suficientemente afortunados de participar en el boom fueron controlados por la amenaza de la marginalización. Estos enfrentaron duras penalidades en caso de no responder adecuadamente a las fuerzas del mercado o en caso de estar en desacuerdo con "el derecho de los gerentes a dirigir". Ser despedido o perder salario por una huelga, implicaba que los arreglos contractuales par el pago de intereses podían romperse. La amenaza del desempleo fue reforzada por la amenaza de un cobro forzoso de la deuda impaga, el desalojo y, consiguientemente, la falta de vivienda y la pobreza. El poder disciplinante de la deuda y el empleo precario no puede ser sobreestimado. El incentivo a no amenazar las bases de la vida, como la vivienda, educación, salud, vestido, calefacción, etc., minan la solidaridad con aquellos cuya pobreza se erige como una constante advertencia.

La descomposición de las relaciones de clase se basó en los beneficios generados por el boom, el rígido control sobre la parte del gasto público que apoyaba a la clase trabajadora, la aplicación de la ley y el orden, el impulso a la propiedad privada y el impulso al endeudamiento personal. La pacificación de la lucha de clases a través de un boom sostenido por el crédito y una política de austeridad estatal se corresponden mutuamente. La cara abierta de la imposición, apoyada por el crédito, de la relación salarial fue el uso del estado del bienestar como el medio para hacer que la

gente trabajara para sus prestaciones, y para supervisar las relaciones sociales con base en la pobreza.

La reconstitución del circuito del capital social sobre la base de la expansión del crédito y el ataque monetario contra la clase trabajadora extendió la falta de resolución en cuanto a la insubordinación del trabajo hacia una dimensión cada vez más ficticia. El keynesianismo de la Nueva Derecha especuló acerca de la futura subordinación del trabajo mediante el desvío de capital excedente hacia el financiamiento de la montaña creciente de la deuda externa y de los consumidores a una escala global. La acumulación basada en el crédito reprodujo la dimensión especulativa de la acumulación mientras que el incremento en la productividad descansó en el desguace de la planta improductiva, la expulsión de la fuerza de trabajo y la intensificación del trabajo. Al mismo tiempo, la acumulación basada en el crédito hizo posible la fragmentación de la clase trabajadora sobre la base de una imposición divisoria de la relación salarial a través de la concesión de aumentos salariales a algunos y la destrucción de la relación entre gasto público y salarios.

La última década no representó un asalto frontal contra la clase trabajadora. Sectores de la clase trabajadora disfrutaron de un crecimiento en sus niveles de vida, aún cuando pagaron el precio de la intensificación del trabajo. El uso del gasto público enfocado en la desorganización de la clase se basó en una orientación divisoria de las provisiones del bienestar colectivo hacia el mercado a través de, por ejemplo, la contratación de servicios, la desregulación de las protecciones salariales, la integración de políticas de empleo y sociales y el impulso a la propiedad privada. La descomposición de las relaciones de clase en términos de propietarios y ciudadanos, implicó el uso de medios regresivos de dominación política. La expansión monetaria que respondió a la homogeneidad del antagonismo del trabajo al cumplimiento de la deuda en 1982, fue abiertamente represiva en su forma de descomposición de las relaciones de clase a través de la imposición de la abstracta igualdad del dinero significó que los derechos positivos asociados a la era keynesiana fueron descartados: el derecho a la seguridad social fue atacado; el derecho al empleo desapareció; el derecho a la vivienda fue delegado a las fuerzas del mercado; el derecho a la salud se volvió en más y más selectivo; el derecho a la educación se erosionó; el derecho al disfrute de valores distintos a las ganancias materiales se restringió a aquellos capaces financieramente de sostener

una vida feliz. Los derechos fueron redefinidos: en lugar del derecho al trabajo, se proclamó el derecho a salir a buscar trabajo. Otros derechos o bien desaparecieron o fueron severamente restringidos: el derecho a demandar niveles más altos de salarios, salud y seguridad, por ejemplo, se restringieron más y más si es que no se abolieron de plano durante los 80. La erosión de los "derechos" coincidió con la privatización de los servicios, la desregulación de la protección del salario y el impulso a los sistemas de seguridad privada contra riesgos tales como la mala salud.

El dinero es el gran "igualador". Mostró su verdadero potencial de relegar los derechos que se asociaban con la institucionalización del poder político del trabajo después de la Segunda Guerra Mundial. El dinero no reconoce privilegios. Trata a pobres y ricos como iguales. El dinero no conoce el "valor" de la atención médica, solo reconoce el costo de la atención médica y la ganancia que de ella puede ser derivada. El ataque al estado del bienestar involucró la inyección no sólo de criterios comerciales, sino también el intento de imponer el espíritu de la desigualdad, esto es, la desigualdad del individuo privado del mercado. La imposición de la abstracta igualdad del dinero implicó la imposición de la desigualdad porque "el poder que ejerce cada individuo sobre la actividad de otros o sobre la riqueza social existe en él en tanto propietario de valores de cambio, de dinero (Marx, 1973 p. 157)". La descomposición del trabajo sobre la base de la "igualdad" negó y rompió la socialización del antagonismo del trabajo en favor de la reconstitución de las relaciones sociales con base en la capacidad financiera; la igualdad del individuo mercantil ante el poder del dinero. El ataque al abastecimiento colectivo en favor de la libertad del mercado y de elección favoreció formas individualistas de cooperación social como se expresó ampliamente en el impulso a la ambición asociada a la moderna personificación del antiguo empleado: *el yuppie*. La abdicación de la responsabilidad pública de abastecer por el abastecimiento privado y la erosión de aquellos abastecimientos que se mantuvieron como responsabilidad pública tuvieron como eje la recomposición guiada por el mercado de las relaciones de clase sobre la base de una distinción entre los fuertes y capaces de aquellos que no lo son. La reconstitución guiada por el mercado de las relaciones sociales implicó la imposición de la igualdad formal a través del acceso selectivo a valores jerárquicos. Todo ello implicó la imposición de la falsa cara de igualdad que es característica de una organización del trabajo basada en relaciones capitalistas de intercambio.

La imposición de la pobreza, de valores jerárquicos y formas individualistas de cooperación social se usaron como forma de contrarrestar la solidaridad del trabajo insubordinado.

La gran institución de civilización, el dinero, se apoyó a sí mismo haciendo aquello que el capital encontraba difícil de explotar pagar por la promiscua e incestuosa especulación del dinero con él mismo. La contención del trabajo en la forma de capital tomó las formas del crédito y la expansión fiscal (permitiendo una contención del poder productivo del trabajo en formas cada vez más especulativas), por una parte, y por la otra, la expansión de costos de pacificación destinados a descomponer las relaciones de clase y a destruir el nexo keynesiano entre gasto público y salarios. La descomposición monetaria de las relaciones de clase implicó *un uso represivo del gasto público*, confiriendo a aquellos sobre cuya pasividad la estabilidad de una política de austeridad estatal se apoyó la generosidad del mercado (aumentos salariales, la propiedad de acciones y de casas) mientras imponía pobreza, trabajo, y supervisión burocrática represiva a aquellos empujados a los márgenes del mercado laboral.

Durante los ochenta, el estado de bienestar fue progresivamente transformado de una institución destinada a mantener trabajadores para la explotación capitalista en una institución no sólo para controlar a aquellos empujados a los márgenes de la vida social sino también para imponer pobreza y para atrapar y forzar a la gente dentro de empleos con bajo salario. Sin embargo, esta transformación del estado de bienestar fue costosa y con dificultades de implementación, como puede ser visto por el desarrollo desigual en la reconstrucción del estado de bienestar. El ataque se concentró en aquellos sectores de la clase trabajadora, como las mujeres, los trabajadores jóvenes, las minorías 'raciales' y los desempleados, que podían ser separados del movimiento del trabajo organizado mucho más fácilmente que otros. En una escala global, el ataque se focalizó sobre aquellos golpeados más duramente por la recesión de principios de los ochentas. El antagonismo a un control a través de la deuda fue descompuesto sobre la base de lo que Hirsch (1985/1995) llama la '*sudafricanización*' de los países centrales. Esta caracterización es compartida por Negri (1989, p. 97) quien argumenta que el "capitalismo ideal de la actualidad es el apartheid". Sin embargo, y como insiste Negri, opuesto a Hirsch, el apartheid es el ideal pero no la realidad. La realidad es el trabajo insubordinado y su contención a través de la descomposición de



las relaciones de clase. La intención ha sido evitar, aun al costo de la expansión irrestricta del crédito, cualquier forma abierta de insubordinación de la clase trabajadora.

La descomposición del trabajo por las líneas de una 'sociedad dual' impuso sobre el conflicto de clases un conflicto pluralista acerca del estatus y la posición en la sociedad. Los conflictos pluralistas y jerárquicos fueron impuestos y reforzados. Ellos corrieron contra las relaciones de clase y canalizaron los conflictos de clase en formas que dividieron las relaciones sociales según diferenciales salariales, según el género, según la 'raza', según la región, según la religión, según los oficios, según la 'nación' (la división más sangrienta) y según provinieran de países pobres y ricos.

Las divisiones aumentaron el conflicto entre los 'segmentos'. Como dice Cleaver (1993 p. 37) en relación a los Estados Unidos, "los contraataques contra sectores particulares, especialmente aquellos cuyas demandas y luchas cortan transversalmente muchos otros conflictos (p.e., movimiento feminista, movimientos de 'minorías', y la movilización de inmigrantes) han implicado alimentar las ideologías más virulentas de la división humana *sexismo, racismo y patriotería étnica*". En lugar de la igualdad abstracta del dinero sea confrontada con la demanda por la autodeterminación social, la descomposición de las relaciones de clase resultó en un conflicto que balanceó la sociedad: la respuesta política a las 'poblaciones minoritarias' ghettoizadas apoyó 'los ataques jurídicos y legislativos a los derechos del género' y 'a los derechos raciales así como cortes al estado de bienestar' (véase *ibid.*, p. 38). La descomposición de las relaciones de clase ayudó a hacer conflictos constructivos para el capital y capaces de ser explotados por la supresión de los 'derechos protectores'. Sin embargo, un conflicto constructivo es siempre precario y no pierde su potencial destructivo. La guerra en la ex Yugoslavia aparece como advertencia.

La imposición del dinero escaso se basó en un ejercicio sistemático del poder estatal que definió la actividad social en términos del mercado: la pobreza no es falta de libertad. El cambio en el significado del consenso a la obediencia incuestionada y la represión de la 'desobediencia' a través de un represivo despliegue del poder estatal reafirma negativamente la dificultad que el capital enfrentó para conseguir (consolidar, asegurar) la subordinación de las relaciones sociales a la igualdad abstracta de las relaciones de intercambio y, dentro del intercambio, de la explotación.

La descomposición de clase con base en las categorías de propieta-

rios y ciudadanos se hizo posible por la acumulación sostenida y un despliegue de violencia estatal que va desde el uso represivo del estado de bienestar a la supresión paramilitar del disenso. La mezcla altamente diferenciada de ataque y conciliación implicó la vigilancia de las relaciones sociales por un estado que estaba preparado a recurrir a la provocación y a un uso altamente diferenciado de la fuerza.

### **V. Y sin embargo...**

La destrucción de las condiciones de homogeneidad de la lucha de clases contra la imposición del dinero disponible fueron de la mano de una disociación continua del dinero de la explotación. La descomposición monetaria y legal de las relaciones de clase y el intento de recomponer las relaciones sociales sobre la base de la forma individualizadora y fragmentada de la relación salarial estaba sostenida en la acumulación basada en el crédito. Durante los ochentas, la especulación no fue un signo de un pobre y digno capitalismo sino una expresión del trabajo insubordinado. El trabajo insubordinado no sólo fue contenido por la especulación: existía a través de la especulación. El control monetarista a través de la contabilidad no fue exitoso por muy doloroso que fuera el resultado de su intento.

La intensidad del ataque contra el trabajo subraya la profundidad de la crisis del capital. A pesar de todas las dificultades, toda la miseria, toda la reducción de los costos, toda la pobreza, toda la intensificación y reestructuración del trabajo, el capital es aún incapaz de reproducirse a sí mismo más que por la expansión del crédito, más que comprometiendo más y más plusvalor aún no producido. A pesar de todos los triunfos, el capital parece incapaz de liberarse de la insubordinación que le ha entrado como una enfermedad crónica.

Durante los ochenta, la dimensión especulativa de la acumulación expresó la contención especulativa del trabajo insubordinado. La expansión no regulada del crédito y el ataque abrasivo a la clase trabajadora están fuertemente interconectados. Cuanto más la dependencia del capital respecto del trabajo fue sostenida por el crédito más el Estado ha garantizado el crédito a través de la erradicación de los déficits públicos. Cuanto más el Estado cortó el gasto en bienestar, en vivienda, salud y seguridad social, más gente fue introducida en la deuda, a fin de mantener un nivel tolerable de vida. Cuanto más la existencia total del capital estaba basado

en el crédito, más el capital necesitó empujar cambios en las prácticas laborales, cambios en la tecnología y la intensificación del trabajo tanto como reducciones en el gasto público a fin de sostener la viabilidad del crédito. Cuanto más el Estado procuró reducir su gasto social, aun más la deuda privada se convirtió en un medio de asegurar los derechos de propiedad ganados o de sostener niveles básicos de vida, tal como vivienda. Además, el crecimiento del crédito incrementó la presión inflacionaria y los ataques especulativos a la moneda. Altas tasas de interés ayudaron a controlar la presión inflacionaria y a liquidar parte del dinero como quiebras personales y recuperaciones incrementadas. La fuerza disciplinaria de la socialización de la 'cartera vencida' es enorme. La incapacidad del capital para controlar las relaciones sociales a través de una política de austeridad estatal es opresiva, en términos de individualizar la deuda privada y su ejecución. Sin embargo, el intento de descomponer la homogeneidad de la resistencia al dinero tuvo un resultado contradictorio en que el ataque fragmentador de las relaciones sociales implicó la reconstitución de las relaciones de clase sobre la base de la deuda. La república de propietarios privados individuales se convirtió, en los noventas, en la república de la deuda. La inflación del crédito es la expresión más poderosa de la fragilidad de la contención del trabajo por el capital.

A fines de los ochenta, se hizo claro que la expansión del crédito no correspondió a una integración del trabajo con una expansión de la acumulación capitalista. El intento de reducir la oferta de dinero, y así garantizar el crédito a través de impuestos, con una política de austeridad estatal tuvo éxito en contener la lucha de clases a través de la descomposición monetaria y legal de las relaciones de clase. Sin embargo, falló en descomponer a la clase trabajadora en una fuerza de trabajo rentable. El boom del crédito de los ochenta se convirtió en una crisis del crédito. La integración del trabajo abstracto con la forma de valor se basó en deuda incobrable. Falló el intento de garantizar el crecimiento del crédito a través de la pobreza, de la inseguridad del empleo incrementada, y de un ataque a los sindicatos que trataba de dificultar una respuesta colectiva limitando el alcance de la acción y la organización sindical. El capital tiene que enfrentar al trabajo en el terreno disputado de la producción. No puede huir siempre porque la proporción creciente de la deuda respecto al plusvalor dificultará aún más sacar dinero de la deuda.

Durante un periodo de dos décadas, el dinero ha emergido como un

eje central del conflicto de clase. En los noventa, la debilidad de la actividad productiva y la inestabilidad del sistema financiero muestra el fracaso del neoliberalismo en asegurar en el presente la explotación futura del trabajo. La deuda pone en cuestión el intento monetarista de recomponer las relaciones de clase en términos de categorías de propietarios privados y ciudadanos. La descomposición monetaria individualizada de las relaciones de clase empezó a conocerse en su forma más violenta: el acotamiento de la ilusión de prosperidad y la transformación de la prosperidad en deuda y bancarrota. Lejos de estimular las inversiones, el empleo y la producción, el resultado de la expansión del crédito en un esquema de escasez monetaria fue el deterioro de las condiciones y el *desempleo masivo*. No hubo un auge de la inversión. *La expansión del crédito fue usada para especular más que para la generación de plusvalor*. El uso de la deuda como un instrumento de control, y el fracaso de este control en la forma de un boom especulativo, muestra la fuerza del trabajo, aun en el momento de la derrota, para resistir la recomposición entre el trabajo necesario y el excedente. El resultado de esta resistencia fue una integración del trabajo en la relación de capital sobre la base de una irremediable expansión del crédito.

La reconstitución del circuito del capital social requiere no solamente una descomposición de las relaciones de clase en términos de propietarios privados y ciudadanos, como durante los años ochentas. Más bien, implica la imposición de la valorización sobre el proceso de trabajo. Tal imposición implica no solamente la intensificación del trabajo y la exclusión represiva de la producción de aquellos a quienes el capital es forzado a descartar por no ser esencial. Esta transformación presupone la subordinación del trabajo a una exacción expandida de plusvalor. En otras palabras, el dinero, más que apostar sobre la explotación futura, tiene que ser transformado en un mando efectivo sobre el trabajo en el presente. Esto significa que la explotación del trabajo tiene que dar tasas de beneficio adecuadas para pagar la deuda y para permitir la acumulación capitalista. Esta explotación del trabajo presupone la recomposición de la relación entre trabajo necesario y trabajo excedente. La recomposición de esta relación está aún fuera del horizonte. No hay indicación más clara que la explosión de la cartera vencida para mostrar que el capital no ha logrado imponer una recomposición de las relaciones de explotación adecuada a las demandas acumuladas contra el plusvalor.

La experiencia de los últimos veinte años sugiere que la transformación del dinero en capital realmente productivo es a la vez esencial e imposible. El capital no puede huir del trabajo para siempre, sin embargo la experiencia de los últimos veinte años sugiere que es incapaz de confrontar al trabajo en el terreno de la producción de una manera en que pudiera restablecer bases seguras para la acumulación de capital. Durante los últimos veinte años, se ha hecho todo lo posible para evitar una repetición de 1929, no por razones humanitarias, sino porque una destrucción comparable del capital ficticio ahora no sería comparable en absoluto en su magnitud y sus implicaciones: sacudiría al capitalismo hasta sus cimientos. Cuando una repetición del crack de 1929 amenazó en octubre de 1987, aún los más feroces monetaristas defendieron la expansión -cualquier cosa para evitar la catástrofe, y la confrontación, que una crisis podría traer-.

Parece que no hay camino adelante, para el capital o para el trabajo. Sin embargo, esta no es la primera vez. Escribiendo en 1934, Paul Mattick sugirió que el capitalismo había entrado en una era de crisis permanente: 'La periodicidad de la crisis no es en la práctica más que la reorganización recurrente del proceso de acumulación en un nuevo nivel de valor y precio que nuevamente asegure la acumulación del capital. Si esto no es posible, entonces tampoco es posible confirmar la acumulación; la misma crisis que hasta ahora se ha presentado caóticamente y podía ser superada se convierte en crisis permanente' (1934/1978, p. 94). En contraste con crisis anteriores del capitalismo, que siempre condujeron a la reestructuración del capital y a un renovado período de acumulación, la crisis de los treinta parecía ser tan profunda y prolongada como incapaz de solución. La crisis, sugirió Mattick, había dejado de ser un fenómeno periódicamente recurrente y se había convertido en un rasgo endémico del capitalismo.

La sugerencia de Mattick, aunque muy pesimista, se reveló muy optimista. El capital resolvió su crisis en sangre. El capital fue reestructurado y se crearon las bases para un nuevo período de acumulación. La 'edad de oro' del capitalismo de posguerra es ahora un recuerdo y otra vez podría parecer que estamos en una situación de crisis permanente. Es posible que la crisis sea permanente, con una progresiva 'sudafricanización' o 'brasilenización' del mundo, un gradual aumento de la desigualdad, de la violencia, del hambre, de la guerra. Es posible también que la crisis no sea permanente, que sea resuelta: lo que la resolución de la 'crisis permanente' pueda significar está detrás de nosotros como una advertencia de un posi-

ble futuro de pesadilla.

El argumento propuesto aquí sugiere además *otro futuro posible*. La crisis del capital es la crisis de la dependencia del capital respecto del trabajo. La 'permanencia' de la crisis es no sólo una advertencia sino también un mensaje de esperanza. La esperanza es que, si el capital, con toda la intensidad de su lucha, aún no ha conseguido la descomposición de la clase trabajadora y su conversión en fuerza de trabajo rentable, es por el enorme poder del trabajo insubordinado. La crisis financiera, la crisis de la deuda, la recesión y todo lo demás, son falsos nombres para la crisis de la explotación capitalista del trabajo. No se puede culpar al 'capital' de su crisis. Más bien, el crédito debe ser dado a quien se lo merece: la existencia insubordinada del trabajo. Teórica y prácticamente, este poder debe ser puesto de manifiesto.

#### Notas:

1. Véase también el comentario introducido de Bologna (1993) a los escritos de Marx sobre el dinero entre 1856-87.
2. Sobre las políticas de reconstrucción de la post-guerra: Burnham, 1990.
3. Por supuesto que el dinero no era el único elemento. El rearme y el McCarthismo también jugaron un papel importante. El McCarthismo es simplemente la expresión estadounidense del virulento anticomunismo que fue sustentado a escala global por la teoría del totalitarismo que igualó fascismo con comunismo. Esta ecuación destruyó cualquier conexión entre fascismo y capitalismo. La teoría totalitarista trabajó como jabón en polvo: el capitalismo se limpió a sí mismo del fascismo, guerra y destrucción, y reapareció como la verdad y único amante de la humanidad. La guerra fría fue la luna de miel del amante.
4. Véase Bonefeld (1993), Hirsch (1980) y Lotringer/Marazzi (eds.) (1980), respectivamente.

#### Referencias:

- Agnoli (1992), 'Destruction as the Determination of the Scholar in Miserable Times', *Common Sense*, N°12.
- Bologna (1993), 'Money and Crisis: Marx as Correspondent of the New York Daily Tribune, 1856-1857', *Common Sense*, N° 13 y 14.
- Bonefeld (1993), *The Recomposition of the British State During the 1980s*, Dartmouth, Aldershot.
- Cleaver (1993), 'Marxian Categories, The Crisis of Capital and the Constitution of Social

## DINERO Y LUCHA DE CLASES

Subjectivity Today', *Common Sense*, no 14.

Ford (1988). *The Indebted Society: Credit and Default in the 1980s*, Routledge, Londres.

Hirsch (1980), *Der Sicherheitsstaat*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt.

Hirsch (1985/1991), 'Fordism and Post-Fordism', en Bonefeld/Holloway 8eds.) *Post-Fordism and Social Form*, Macmillan, Londres. Versión en castellano en varios autores. "Los estudios sobre el Estado..." en Fichas Temáticas de Cuadernos del Sor N°4. Bs. As., 1992.

Lotringer y Marazzi (eds.) (1980). *Italy: Autonomia -Post- Political Politics*, Semiotext(e), Nueva York.

Marx (1973), *Grundrisse*, Penguin, Harmondsworth.

Mattick (1934/1978), 'Zur Marxschen Akkumulatins -und Zusammenbruchstheorie', *Rätekorrespondenz*, N° 4 (1934); reimpresso en español en Korsch, Mattick y Pannekoek, ¿Derrumbe del Capitalismo o Sujeto Revolucionario?, Cuadernos de Pasado y Presente N° 78, Siglo XXI, México (1978).

Mitter (1986), *Common Fate Common Bond*, Pluto, Londres.

Negri (1989). *The Politics of Subversion*. Polity Press. Cambridge.

Schlesinger (1959). *The Coming of the New Deal*. Houghton Mifflin Co., Boston (Vol. II de *The Age of Roosevelt*).





## **LA SUBVERSIÓN DEL PATRÓN DINERO EN LA CRISIS ACTUAL**

Harry Cleaver

Por un período de dos décadas el dinero ha emergido como un eje central de la lucha de clases en la mayor parte del mundo. Empezando en los primeros años de la década del 70 con el cambio de las cuotas fijas a las flexibles, desarrollándose por medio del surgimiento de políticas monetaristas y de "dinero difícil de conseguir" a la "crisis de endeudamiento" de los años 80, el dinero ha sido usado por el capital en contra del poder insurgente de las clases trabajadoras. Durante este período, se ha hecho imposible seguir tratando técnicamente el dinero como "precio estándar"; "medio de circulación"; "medio de pago" o "acumulación de valor". Se ha convertido en arma de mando de una nueva, inusual y brutal manera. Aún así, al mismo tiempo, como veremos, en comparación al uso del dinero en el primer keynesianismo, el dinero monetarista ha probado ser, a lo mucho, un instrumento achatado y grosero. Ha sido útil para devastar los salarios reales y los niveles de vida, para crear desempleo masivo y expandir el sufrimiento. Pero su capacidad para transformarse a sí mismo en verdadero capital productivo ha sido limitado. Ha sido incapaz de organizar un nuevo ciclo de acumulación. Esta incapacidad, como veremos, ha ocasionado dos procesos de subversión: uno desde el capital, en donde el dinero ha sido usado para la redistribución en lugar de la generación de plusvalor y otra desde la clase trabajadora, en donde el dinero ha sido subvertido en usos no capitalistas en formas que minaban las bases de la acumulación.

En lo que sigue, bosquejaré cuatro argumentos: primero: que en la teoría marxista el dinero dentro del capitalismo es la personificación del poder de clase; segundo: que en la era del estado keynesiano jugó un papel fundamental en la conducción capitalista en las relaciones de clase a nivel nacional e internacional; tercero que el ciclo de la lucha de la clase trabajadora que trajo consigo el final de esa era involucró, en parte, minar los usos keynesianos del dinero; y, cuarto, que en el período reciente del con-

traataque capitalista las nuevas formas de usar el dinero, usándolo como arma, no ha logrado alcanzar sus fines más importantes.

### **La teoría marxista del patrón dinero.**

El punto de partida de Marx en su análisis del dinero fue el papel que éste juega en la sociedad capitalista; el punto de llegada fue entender los "roles" diferentes del dinero en la dinámica de la lucha de clases. La subordinación del dinero, como mediador en el intercambio (M-D-M), al dinero como fin (D-M-D), es una diferencia crucial en la economía y sociedad capitalistas. Pero, qué significa el dinero como fin. Detenerse en el argumento meramente cuantitativo del dinero (ganancia) es caer de inmediato en el fetichismo. Marx nos mostró más bien que la esencia social del papel jugado por el dinero en el capitalismo, es dirigir la vida de las gentes como trabajo. Los "capitalistas" no son solamente los ricos que consumen lujos -la aristocracia provinciana precapitalistas lo hizo. No son solamente los comerciantes que compran y venden por la ganancia -esos han pululado desde los sumerios. Ellos son una nueva clase que usa su dinero para poner a la gente a trabajar en donde la producción de valores de uso son, meramente, los medios necesarios para organizar a la sociedad en torno al trabajo incesante. En efecto, ese trabajo produce más valor y plusvalía (ganancia en términos de dinero) pero ese plus de dinero (*qua* capital) es meramente el medio de poner a la gente, cada vez más gente, nuevamente a trabajar. El capital, insistió Marx, es una relación social - una relación antagónica entre la imposición de trabajo y la resistencia a ello. Así, históricamente los capitalistas se levantaron en contra del ocio y consumo de la aristocracia terrateniente y las clases trabajadoras alzando en su lugar la bandera de la sobriedad, la inversión y el trabajo.

Este es el secreto de la acumulación originaria: la creación de una nueva estructura de clase en donde una clase (los capitalistas) usa el dinero para poner a los otros a trabajar (la clase "trabajadora"). La historia es una historia de expropiación de las mayorías de herramientas y tierra y de su concentración en las manos de una nueva clase dirigente, que usa lo expropiado para subordinar la vida de esa mayoría al trabajo. Como Marx y otros mostraron, ésta no fue una subordinación fácil por la resistencia inflexible y sin fin de la mayoría de la gente forzada a esta nueva posición de trabajo para otros bajo condiciones difíciles de explotación. Esa propagación de la resistencia tomó una diversidad de formas, tan diversas como

la imposición de trabajo. Llegada la resistencia se requirió el control capitalista sobre dos instituciones vinculadas: dinero y estado.

Lo central del dinero en las nuevas relaciones de clase fue precisamente lo central de la dirección. La creación de la clase trabajadora fue ante todo la imposición de la mediación del dinero (control capitalista) entre la gente y los medios de subsistencia. La expropiación de tierra y herramientas hizo imposible para la gente vivir independientemente. Pero la imposición del salario y de los precios monetarios fue necesaria para forzar a la gente a trabajar para el capital. Esta imposición requirió, sobre todo, nuevos poderes de un nuevo estado capitalista: el control sobre la creación y regulación del dinero y el poder policial para imponer al dinero como medida universal y mediador de la sociedad. Así, la "legislación infame" contra los expropiados -aplicada con azotes, el carimbo y la horca- fue sobre todo la imposición de relaciones monetaristas: hacer del dinero el único medio de subsistencia y el acceso al dinero dependiente de la venta de la vida de uno como fuerza de trabajo. Todos los múltiples intentos que se extendieron para independizarse -retomando las tierras (p. ej. los escavadores) pasando por la apropiación directa de la riqueza (p. ej. mendigando y hurtando) a la rebelión abierta (p. ej. el levantamiento de los escoceses de las tierras altas en 1745)- fueron suprimidas fiera y totalmente con el propósito de imponer las nuevas normas monetarias del juego capitalista<sup>1</sup>. La norma del capital fue la norma del dinero y ésta requirió, como recientemente mostró Peter Linebaugh, una nueva "Tanatoscracia" para imponerla<sup>2</sup>. "Si el dinero", como Marx escribió, viene al mundo con una marca congénita en una mejilla, el capital (el uso capitalista del dinero) llega goteando de la cabeza a los pies, por cada poro, con sangre y suciedad"<sup>3</sup>.

Al mismo tiempo, la imposición del dinero -como los otros mecanismos de dominación- arrastran consigo un riesgo constante, a saber: que la clase trabajadora debe hacer uso de él para sus propios propósitos. No quiero decir con ello simplemente la expedición de dinero para los medios de existencia; ese propósito, *per se*, es totalmente consistente con las necesidades del capital *ya que a la larga implica solamente la reproducción de la fuerza de trabajo*. No obstante, necesitamos reconocer que sólo hay una automaticidad limitada para el papel que juega el dinero. La clase trabajadora debe gastar su salario para reproducirse y en la medida en que el capital sea capaz de imponer consumo de trabajo producirá, inevitable-

mente, fuerza de trabajo, por lo menos hasta cierto punto. Al mismo tiempo, los trabajadores han sido capaces de usar el dinero con propósitos antitéticos a esa reproducción. Casos obvios son aquéllos en los que el dinero ha sido usado por los trabajadores para financiar sus luchas contra el capital, desde fondos de resistencia y armas para la evasión periódica de trabajo, posible por una entrada suficientemente grande de dinero<sup>4</sup>. Más allá de esa subversión negativa del dinero es el uso de dinero<sup>4</sup> que hacen los trabajadores para financiar sus propias formas creativas de actividad con las que persiguen maneras de ser distintas al capital -desde la innovación en actividades culturales tradicionales al desarrollo de nuevos patrones de comunismo social<sup>5</sup>.

Más allá de la imposición originaria del dinero y de su papel como vehículo del patrón capitalista, queda el mantenimiento y adaptación de esas relaciones en el curso de la acumulación. No obstante el supuesto papel etéreo de las presiones del "mercado" para controlar a la clase trabajadora -como opuesta a las relaciones de fuerza evidente supuestamente dominantes en las primeras sociedades- la resistencia de la clase trabajadora ha sido tal que el capital nunca ha sido capaz de administrar, directa o indirectamente, con el poder del estado. Siempre ha necesitado buscar políticas de control sobre el comportamiento de la clase trabajadora: desde el sabotaje, paros y "disturbios" de los salarios de los trabajadores industriales, a través de lumpenproletariado revoltoso sin salarios, en las ciudades industriales, al campesinado insurgente y los trabajadores de las plantaciones en las colonias. Una y otra vez, repetidas amenazas al papel del dinero han requerido la acción del estado: desde la regulación del mediador mismo hasta el control de sus fluctuaciones.

Así, el papel del estado ha tenido que mantenerse incluso extenderse en la creación y control del dinero, desde el acuñamiento de moneda metálica hasta la impresión de papel moneda, la regulación de las reservas bancarias y el control de las tarifas fiscales (impuesto y expedición). El desarrollo de dichas políticas estatales y el debate filosófico y político-económico sobre ellos ha constituido una larga historia para encontrar los mejores medios para realizar el papel del dinero como un momento esencial de las relaciones de clase capitalistas. En el marco del capitalismo han habido dos grandes obstáculos para dicha realización: primero, entre los propios capitalistas, un fetichismo monetario que ha ocultado relaciones sociales más fundamentales; y segundo, originado en el antagonismo de la

clase trabajadora, el poder para separar al dinero del patrón capitalista y utilizarlo con autonomía de propósitos.

En la economía política clásica del siglo XVIII, la lucha en contra del primer obstáculo, fetichismo monetario, tomó la forma de un ataque sobre varios ramales del pensamiento mercantilista y una política que vio al dinero, en sus formas de oro y plata, como la forma esencial de la riqueza a obtenerse en primer lugar por medio del comercio. No obstante la sobrevivencia de cierto fetichismo con variantes en las teorías cuantitativas de Hume y Locke, los economistas clásicos rompieron con la columna vertebral del fetichismo monetario al redefinir al trabajo como la fuente de la riqueza, especialmente el trabajo industrial productor de mercancías para el mercado. Su trabajo teórico sobre el valor dio así expresión a una de las características más básicas del capitalismo (la centralidad de la subordinación de la vida al trabajo) y articuló el valor del trabajo como medida de toda la riqueza. En una progresión que va de Steuart y Smith a Ricardo, serían así capaces de situar al dinero como un elemento peligroso para esas relaciones sociales, en lugar de ser un poder con derecho propio. Quedó para Marx, la elaboración de una teoría de esas relaciones que sacó a la luz sus características de explotación por parte de una clase dominante y de lucha. Estos esfuerzos intelectuales en contra del "sistema monetarista", no solamente sirvieron para apoyar una buena variedad de políticas dirigidas a la inversión y desarrollo industrial (por ejemplo, la abolición de la Ley de Maíz), sino que también sirvieron para fundar nuevas políticas para el estado respecto del control directo del dinero, especialmente respecto del crecimiento y regulación del dinero bancario: notas y créditos. Los trabajos de Ricardo sobre el dinero, por ejemplo, fueron utilizados para justificar los Actos de Banco, propiedad de Sir Robert Peel, de 1844 y 1845 y la eficacia de la no tan invisible mano de la Gold Standard<sup>6</sup>.

Las luchas en el siglo XVII y XVIII en contra del segundo mayor obstáculo del uso capitalista del dinero -la clase trabajadora- aparte del tipo de medidas tomadas para incrementar la imposición universal de relaciones monetarias, de las que ya he hecho mención, incluyen la imposición de un patrón monetario único y su defensa en contra de su degradación. Mientras que con la creación de tal medida estándar el dinero que hubiese sido, físicamente, manejado por el estado a través del acuñamiento de moneda y más tarde con la impresión de papel moneda, su empleo y mantenimiento social fue una cuestión complicada. Primero, porque al

comienzo la circulación del "dinero" fue en tal variedad de formas -tanto oficial como privada- que tuvo que ser desplazada y reemplazada por un único patrón sancionado por el estado. Esto era cierto incluso después del advenimiento del papel moneda cuando, en lugares como la Escocia del siglo XVIII, emitieron notas en respuesta a cualquier presión a la que fueran sometidos, desde la necesidad de dinero para salarios hasta para evitar a los asaltantes de caminos<sup>7</sup>. Segundo, porque cualquier forma de resistencia representada por recortes, falsificación y contrabando tuvo que ser reprimida. Un período así de conflicto entre el estado y "devastadores" invisibles del circulante, muy extendidos, se desarrolló en los años de 1790 cuando John Locke agilizó tanto su teoría monetaria como el poder persecutorio de la Casa de Moneda para la defensa del circulante. El utilizó una combinación de suspensión y reacuñamiento para restaurar el poder del dinero y defender el poder del estado<sup>8</sup>.

Un segundo empleo de ambas, una teoría sobre el dinero y una teoría económica para doblegar la resistencia de la clase trabajadora, involucró el desempleo y su relación con los salarios. No importa si el dinero se gastaba (en precios bajos) o si el dinero era retenido (la abolición de leyes débiles, la limitación de salarios) el objetivo era el mismo: mantener suficiente coerción económica para forzar a los trabajadores en el mercado de trabajo lo mismo que al trabajo en su puesto de trabajo. A través de argumentos infames como los de Malthus, los economistas políticos argumentaron en favor de la contención de los salarios en la pura sobrevivencia y como acicate para que la pobreza y el sufrimiento para garantizaran el trabajo. El dinero tuvo que ser cedido a los trabajadores para su reproducción, pero demasiado dinero ocasionaría solamente la autoindulgencia, menos trabajo y al final, más trabajadores compitiendo por trabajos forzarían los salarios a la baja, al nivel de subsistencia. Casi explícito en este argumento es el miedo a la subversión del poder del dinero por parte de la clase trabajadora para sus propios fines<sup>9</sup>.

El propio trabajo de Marx tomó dos formas: una a través de la crítica a escritores anteriores y planificadores políticos y a través de un estudio de la dinámica de clase del dinero en el siglo XIX. Así, pasó de la lectura y crítica de Hume, Locke, Steuart, Smith y Ricardo a los conflictos contemporáneos en torno a temas de dinero y finanzas. No solamente proporcionó un análisis teórico del papel general del patrón dinero dentro del capitalismo, sino que de manera cercana examinó un número específico de

fenómenos monetarios.

Uno de los primeros (y de los más interesantes a la luz del debate de la presente crisis) analiza cómo el gobierno revolucionario francés en 1848 esgrimió su deuda en contra de la clase trabajadora parisina. Mostró cómo su estimación de la deuda del estado prerevolucionario, se convirtió en un vehículo para picar a los campesinos en contra de los trabajadores al subir los impuestos como precedente mientras les culpaba después -una estrategia que le permitió aplastar a los trabajadores en meses<sup>10</sup>.

Marx también reconoció y examinó algunos de los obstáculos para el uso exitoso del dinero en la acumulación, como preocupación de los apologetas capitalistas. Por ejemplo, estudió de cerca el desarrollo del capital financiero -el surgimiento del sistema bancario y del intercambio de acciones- y el problema que el estado enfrenta en sus esfuerzos por regularlo. No obstante, su visión sobre el papel de los bancos y el debate público de la acumulación originaria, es decir, su papel en la centralización de la moneda necesaria para la inversión capitalista por medio de préstamos con intereses al estado repagados fuera de los impuestos, no parecía problemático. Los estudios de Marx sobre la experiencia del Crédito Mobiliario mostraron que ésta no era la intención del caso<sup>11</sup>. Por el contrario en el caso de la primera inversión del Banco Francés tanto como en su trabajo sobre el intercambio de acciones, Marx mostró cómo la separación temporal y espacial de las transacciones monetarias respecto de la inversión real para la construcción de fábricas y para poner gente a trabajar, conduce a una nueva forma de fetichismo: especulación sobre capital ficticio con la intención del enriquecimiento monetario. Mientras el Crédito Mobiliario reclama jugar un papel de intermediario financiero, centralizando dinero para que pueda ser conseguido por otras inversiones a gran escala (p. ej. ferrocarriles), sus acreedores y directores ya estaban jugando un papel de especulación financiera para incrementar el valor de sus acciones y enriquecerse ellos mismos. El mismo tipo de fetichismo en el uso del dinero, era rampante en los mercados financieros en el siglo XIX y el análisis de Marx de la dinámica asociada con ese tipo de especulación mostró como contribuía a la desestabilización y crisis del capitalismo de manera general.

Paralelo a este trabajo en la esfera de las finanzas "privadas" fue el estudio de Marx sobre políticas monetarias oficiales del estado. No obstante lo relativamente limitado de su estudio de las fluctuaciones del dine-

ro involucrado en la deuda pública, los impuestos y los gastos del estado, debemos notar su trabajo más extenso sobre los intentos abortados hechos por el estado inglés para intervenir constructivamente en el ciclo del dinero asociado con el patrón oro. Como ya hicimos mención, los escritos de Ricardo sobre el dinero apuntalaron los Actos de Banco que estaban dirigidos a imponer la disciplina sobre las finanzas domésticas inglesas. Los Actos de Banco tenían como objetivo amarrar en primer lugar el monto del circulante al monto de los lingotes para luego hacerlo fluctuar. Marx señaló las grietas teóricas en el corazón de esta doctrina (p. ej. que el monto de dinero en circulación es una función del valor de las mercancías y no de las reservas bancarias) y la imposibilidad práctica de probarse a sí mismo durante cada crisis cuando los Actos de Banco debieron suspenderse para satisfacer demandas urgentes de dinero y evitar la bancarrota del Banco de Inglaterra. Más aún, los escritos de Marx sobre historia y teoría de la crisis más general, le condujeron a argumentar que tal "boom" y parranda financiera fueron dolorosos para las bases más fundamentales de la industria, cuya inestabilidad fue cimentada primero por los conflictos de clase y no por el intercambio monetario. Marx mostró así, los límites del poder del estado inglés para regular directamente un sistema financiero que aparentemente estaba separado de sus bases clasistas.

Respecto de los obstáculos creados por la clase trabajadora al uso capitalista del dinero, Marx no solamente aportó una teoría de la clase trabajadora como un sujeto autónomo y crecientemente revolucionario, sino también los elementos de una teoría del salario como una expresión, no de la explotación, sino del poder de la clase trabajadora. En su propio trabajo político, esta confianza estaba implícita en su compromiso con la lucha salarial en contra de Weston<sup>12</sup>. Los trabajadores deben luchar por salarios más altos y resistir reducciones salariales, argumentó, para desarrollar su poder para derrocar al sistema. Aún más, habla en su formulación del ciclo de adquisiciones y gastos de la clase trabajadora (LP-M-C) una visión del dinero que, desde el punto de vista de los trabajadores (como opuesto al del capitalista), es para la vida por medio del consumo (en oposición a la reproducción de la vida como fuerza de trabajo)<sup>13</sup>. Sin embargo, también era claro en su trabajo que el veía limitaciones a corto plazo para la lucha salarial (p. ej. en la habilidad del capital para responder a las reducciones de las ganancias parando la inversión)<sup>14</sup>. Ciertamente sus otros argumentos bien conocidos, como los de sus compañeros de izquierda,



sobre las políticas monetarias también enfatizan el límite de las habilidades de la clase trabajadora para usar el dinero de acuerdo a sus intereses. El segundo debate fue con Proudhon y sus seguidores en torno a la idea del Banco del Pueblo. Ellos pensaron que si la clase trabajadora pudiera incrementar su control sobre los montos de dinero esto podría restarle poder al capitalista mientras construyesen su propio orden social alternativo. Marx criticó este esquema como ilusorio argumentando que ninguna manipulación de dinero podría hacerse en las relaciones sociales capitalistas (p. ej. la imposición de la dominación de clase por medio del trabajo) y que tendrían que ser derrocadas directamente<sup>15</sup>. Más allá de estos momentos de argumentación, sin embargo, había mucho en su teoría aún no desarrollado y tomaría una generación de luchas revelar y desarrollar esos elementos que podrían articular otros aspectos de los usos del dinero por parte de la clase trabajadora en contra del capital<sup>16</sup>.

Por el momento, quiero utilizar estos elementos del análisis de Marx sobre el carácter de clase del dinero en el análisis de un período posterior, el inmediatamente precedente a la crisis actual: un período al que muchos de nosotros llamamos era keynesiana y otros le llaman fordismo.

### El dinero en la era keynesiana.

Si la crítica teórica de Marx y su cuidadoso examen histórico no deja ninguna duda acerca de la tosquedad de los intentos del Bank of England de dirigir el monto del dinero en circulación, y por medio de ello el ritmo de desarrollo, esa crítica sólo proporciona un punto de partida para asir los esfuerzos más sofisticados del estado keynesiano. Primero en su encarnación estadounidense y después en su personificación mundial. Aunque el estado keynesiano surgió de las cenizas del Gran Ckeynescack del 29 -extraído en parte y precisamente por esa fiebre monetaria especulativa que Marx había identificado en los años de 1850 y en parte por otras fuentes de crisis que él también había localizado en las dinámicas de clase del desarrollo capitalista- tenía muchas más armas poderosas para el control de la fluctuación monetaria. Mientras podemos imaginar, fácilmente, la satisfacción de Marx por el espectáculo de la depresión, de las políticas contraproductivas del dinero que le siguieron y de la resultante explosión de las luchas de la clase trabajadora, es seguro que él hubiera hecho una evaluación seria del nuevo tipo de manipulación monetarias que Keynes sugirió y que vino a practicarse a raíz de su *General Theory of Employment*,

*interest and money.*

Lo que muestra el análisis de Marx sobre el dinero es que en el corazón de todos los "roles" jugados por el dinero, los actuales y los posibles, están las relaciones de poder de clase en cualquier período dado. En el período a mano, el que siguió la Gran Depresión, esas relaciones cambiaron en formas transcendental. En las bases materiales descansa una década antes Henry Ford (con el desarrollo de la producción masiva y los Trabajadores Industriales del Mundo -IWW por sus siglas en inglés con su amplia organización de trabajadores descalificados). Surgió una estructura totalmente nueva del poder de la clase trabajadora: una en que la masa de trabajadores impusieron el contrato de trabajo colectivo y un nuevo tipo de sindicato a nivel industrial en compañía de un poder social para imponer el empleo total, alza salarial, seguridad social, seguro de desempleo y otros pilares del estado de "bienestar". La consigna era por un verdadero "new deal" y era uno en el que sólo las instituciones estatales a nivel federal tenían el poder de responder. En el corazón de la teoría de Keynes, una política subsecuente del estado capitalista, había una nueva comprensión de la necesidad de responder positiva y cuantitativamente a los nuevos mandatos<sup>17</sup>. El vehículo de respuesta fue el dinero.

Mas allá de la división corriente de la política de Keynes en el reino "monetario" y "fiscal", no debemos perder de vista cómo es que ambos involucran una manipulación altamente sofisticada del contenido de clase del flujo de dinero. En ambos casos la respuesta básica de Keynes al estancamiento de la Gran Depresión fue la misma: permitir y simular una expansión del flujo de dinero de tal forma que simule no sólo el gasto, sino también inversión, empleo y producción total.

Del lado monetario, la política keynesiana construyó, sobre la base de estructuras institucionales establecidas, en reacción al tipo de especulación desestabilizadora que Marx había analizado. Como respuesta a las olas recurrentes de especulación financiera, de derrumbe y pánico bancario (y a las demandas populistas por la regulación bancaria en el siglo XIX). El Sistema de la Reserva Federal fue creada en 1913 para establecer prácticas bancarias, por medio de la regulación de las reservas y la emisión más flexible de billetes bancarios. En respuesta al "boom" especulativo del mercado accionario, que empezó a mediados de los años 20 y que se derrumbó estrepitosamente en 1929 (financiado en la mayor parte por el banco de crédito) con el resultado de miles de bancos en quiebra y el

debilitamiento de la Reserva Federal para contratacar el derrumbe, pasó una nueva legislación fiscal que desanimara futuras especulaciones y previniera la inestabilidad financiera. Se le dio poder al Sistema de la Reserva Federal para elevar o bajar los requerimientos de las reservas (y así controlar el monto del banco de crédito). El mercado accionario fue regulado por la Reserva Federal y una nueva Comisión de Seguros y Cambios. Fue creada la Aseguradora Federal de Depósitos Bancarios para asegurar la demanda de depósitos -por mucho tiempo el componente mayor del dinero suministrado- y aplicó nuevas y rigurosas políticas de registro bancario. Los bancos comerciales fueron listados de los mercados seguros. Estas medidas, con una variedad de nuevas facultades federales para el otorgamiento de préstamos, tales como la Administración Federal de Vivienda, expandieron la disponibilidad de dinero al sistema bancario y tasas de interés bajas, de manera tal que incrementaron la disponibilidad de dinero para la inversión real y no para la especulación. Mucho antes de que el incremento de los ingresos de la clase trabajadora pudiera dirigirse a futuras adaptaciones al financiamiento capitalista: el surgimiento y propalación del consumo de crédito, desde líneas de venta al menudeo y crédito bancario al omnipresente uso común de la tarjeta de crédito.

Tan importante fue este nuevo poder que impulsó una persecución fetichizada de ganancias monetarias sin que se correspondiera con una inversión real, que la inestabilidad de la especulación financiera de la especie que ha caracterizado a todo el siglo XIX y las primeras décadas del XX, virtualmente desaparecieron. El periodo del estado keynesiano fue quien vio a las políticas "monetaristas" (es decir, aquellas actividades de la Reserva Federal dirigidas a la regulación bancaria y fluctuaciones financieras) no preocupadas por evitar la especulación o el pánico, sino por alentar el financiamiento de la acumulación por medio de bajas tasas de interés, alcanzar el pleno empleo y dirigir los niveles de precios. Su éxito se manifestó parcialmente en las altas ganancias de las corporaciones, que hicieron posible una nueva era de inversión auto-financiada con recursos históricamente bajos al capital financiero foráneo<sup>18</sup>.

En el área fiscal, se recurrió a una política de corte keynesiano en el agregado, con el fin de estimular la acumulación capitalista por medio de la expansión del gasto público, topes a las tasas impositivas, y balances deficitarios cuando fuera necesario<sup>19</sup>. En términos más concretos, el presupuesto keynesiano se estructuró de manera que apoyara el consumo (des-

de seguridad y asistencia social, arbitraje laboral, hasta estructuras impositivas progresivas) mientras se expandía el gasto que apoyara la inversión e incrementara la productividad (desde un bien establecido financiamiento de la investigación y desarrollo en la agricultura, apoyo directo a la incipiente industria de la Guerra Fria y desarrollo de nuevas tecnologías, hasta la inversión en "capital humano").

El control que ejercía esta política sobre el dinero requería "afirmarse" en un sentido de clase: en el fondo de la expansión de la demanda agregada, yacía la lucha de la clase trabajadora por incrementar salarios y beneficios. Keynes sostenía que a partir de aquí los salarios se elevarían y las administraciones que siguieron a la de Roosevelt harían todo lo posible por institucionalizar esta dinámica. Sin embargo, estos incrementos se tendrían que mantener a la par con el crecimiento de la capacidad productiva. Condicionar el crecimiento en los salarios al de la capacidad productiva ataría la lucha salarial al desarrollo del sistema capitalista de una manera integral - una institucionalización de relativo superávit social. En el límite, una política fiscal y monetaria en el agregado incrementaría el flujo del dinero, generando la suficiente inflación como para mantener el salario real en línea con el crecimiento de la productividad, o lo reduciría con el objeto de incrementar el desempleo y desacelerar el crecimiento del salario nominal, según fuera el caso.

A nivel micro, esto significó una formalización de los "acuerdos de productividad" en los contratos sindicales<sup>20</sup>, y a nivel molecular significó que los salarios ascendentes (mayor flujo de dinero hacia los trabajadores) tendrían que convertirse en consumo que generara más actividad económica. Así, salarios más altos y la facilidad del crédito al consumidor tendrían que ser canalizados hacia la reproducción de la fuerza de trabajo; más dinero compraba más automóviles para conducir al trabajo, más educación representaba más capacitación, y con unos medios de comunicación masiva que emitían normas y valores consistentes con la dinámica de acumulación<sup>21</sup>. De igual manera, los recursos destinados al desempleo no estaban dirigidos a apoyar vidas de ocio o de búsqueda auto-gestionaria: estaban condicionados a la búsqueda de empleo y al funcionamiento del mercado de trabajo. Los fondos destinados a la asistencia social y la educación no significaban meros "otorgamientos", sino que representaban inversión en la creación de "capital humano" y niveles más altos de productividad<sup>22</sup>. De esta manera, el control del estado keynesiano buscaba permear

y dirigir virtualmente todas las esferas de la sociedad regulando la magnitud de los flujos monetarios así como sus restricciones. Este complejo sistema de manipulación no ha sido siempre visible debido a la división del trabajo entre economistas macro-economistas que tratan sólo el flujo agregado, los de las finanzas públicas con el balance fiscal, y especialistas de diversas disciplinas que manejan aspectos particulares monetarios de la elaborada fábrica social<sup>22</sup>.

La victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, el ocaso del colonialismo y la preminencia de los Estados Unidos impusieron una nueva Pax Americana en Occidente. Esto significó que la solución keynesiana a las contradicciones sociales en los Estados Unidos se convertirían en la norma en todo el mundo occidental. En las negociaciones de Bretton Woods, el estado norteamericano logró imponer (contra los deseos del propio Keynes en el sentido de implantar una moneda y una banca internacionales) una paridad cambiaria fija, una hegemonía del dólar y la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI) como piezas clave en un nuevo orden internacional monetario. Ese orden dependería de la capacidad del estado-nación keynesiano de manipular sus flujos monetarios internamente, al grado de lograr cualquier ajuste necesario a sus cuentas internacionales. Por ejemplo, un exceso de importaciones sobre exportaciones se podría financiar de una manera temporal con las reservas de divisas extranjeras o con crédito del FMI. Sin embargo a la larga el estado tendría que imponer ajustes correctivos como contracción y deflación -e.g. golpeando los salarios- con el propósito de disminuir las importaciones e incrementar las exportaciones. Así, la regulación a nivel internacional del sistema de estados naciones dependía de la capacidad de cada uno de regular internamente el balance del poder de clase en términos monetarios. Cualquier colapso importante de esa capacidad, amenazaría a el sistema global.

Con el paso del tiempo, el dominio de la economía norteamericana, junto con el rápido crecimiento del comercio e inversión asociado a la reconstrucción de Europa y Japón (aunado al mucho menor crecimiento de la reserva monetaria de oro), significó no sólo el surgimiento de un efectivo estándar del dólar, sino poco después un amplio mercado de Euro-dólares también. Esta evolución de la liquidez internacional confirmó, no sólo en el caso del circulante sino también en el del estándar metálico, y una escala global, una de las tesis más sostenidas por Marx: que la canti-

dad de circulante es primordialmente determinada por la expansión del intercambio de mercancía y las transacciones financieras<sup>24</sup>. Manejada por el creciente número de corporaciones y bancos multinacionales, ésta liquidez del dólar que había inundado el mundo a través de las exportaciones e inversiones norteamericanas, devino en un instrumento de accesibilidad generalizada para financiar la mayoría de los intercambios monetarios a nivel global. En relación a esta rápida expansión del dinero privado internacional, el papel del FMI se redujo aunque continuó representando un apoyo clave para los países que no podían resolver sus problemas de ajuste lo suficientemente rápido para evitar las crisis.

### **La crisis del control monetario keynesiano.**

El fracaso final de la circulación monetaria keynesiana, que había iniciado tan poderosamente en los treintas y en los cuarentas y había sido tan exitosa a escala global en los cincuentas y principios de los sesentas, tuvo su origen en procesos de recomposición social en los que los trabajadores, tanto asalariados como no-asalariados, opusieron nuevas formas de lucha a las cuales ni la actual política monetaria ni otras estrategias de estado podían resolver. Por "recomposición política", me refiero a los cambios en la distribución del poder de clase de los trabajadores, y consecuentemente entre los trabajadores como un todo y el capital<sup>25</sup>. En relación a Estados Unidos, que todavía a finales de los sesentas dominaba el escenario mundial, el más importante de estos procesos de recomposición social se había iniciado con una nueva ola de luchas de los no-asalariados, que desde orígenes dispersos a finales de los cincuentas, llegó a constituirse en movimientos masivos incontrollables capaces de movilizar a los trabajadores asalariados para mediados de los sesentas. Uno de los más importantes fue el Movimiento por los Derechos Civiles que después derivó en el Movimiento del Poder Negro; posteriormente surgieron los movimientos por asistencia social y las insurgencias urbanas en varias ciudades norteamericanas que dieron lugar al desarrollo de los movimientos de estudiantes de minorías étnicas en las universidades del país. Desde otra orientación, enarbolando una causa extranjera, la de las luchas campesinas en el sudeste asiático, surgió otro grupo de movimientos en las universidades norteamericanas, dando lugar a la movilización de estudiantes blancos que ya se encontraban activos en respuesta a las estrategias de "capital humano" que habían convertido a las universidades en fábricas. El resul-

tado fue el movimiento anti-bélico que inundó a la sociedad, que a su vez fue importante en el surgimiento de los movimientos ecologistas y de mujeres.

Muchas de las luchas de los no-asalariados se extrapolaron a su vez hacia las fábricas y las oficinas de la economía norteamericana, tanto directamente a través de las actividades de sus militantes, como indirectamente como resultado de los cambios materiales que éstos traían. Por ejemplo, la juventud negra con experiencia en peleas callejeras, reorientó su militancia hacia las fábricas que ya en ese entonces ebullían con trabajadores negros que habían llegado del norte del país en los cuarentas, y formaron grupos con la Liga de Trabajadores Negros Revolucionarios que encabezaron la lucha de las bases contra la dominación de la burocracia sindical<sup>26</sup>. Al mismo tiempo, el movimiento por la asistencia social y la insurgencia urbana habían provocado una enorme expansión de la inversión en "capital humano" que dio lugar a una elevación global de la base salarial, y fortaleció las luchas de los trabajadores fabriles por incrementos salariales y mejores beneficios<sup>27</sup>.

Lo que es importante ver en el contexto de esta discusión de la crisis de la estrategia monetaria keynesiana, es cómo estas diversas luchas acabaron por romper en gran parte lo que había sido un organismo social cuidadosamente tejido con los poderosos lienzos monetarios. En el caso de los no asalariados, los diversos movimientos se apropiaron de las cantidades crecientes de los fondos invertidos en respuesta, para ir más allá y mejorar el "capital humano", convirtiéndolos en recursos para la lucha. Los fondos de asistencia social derivados de la "Gran Sociedad" que habían sido erogados para pacificar a las ciudades y mejorar la producción en la fuerza de trabajo, en realidad financiaron luchas amplias; grandes cantidades de recursos que se orientaron hacia la educación, se desviaron hacia la lucha contra la subordinación de las universidades al capital, y a financiar el desarrollo de una contracultura anticapitalista y anti-estado. La férrea resistencia de los campesinos del Sudeste Asiático, que casi inmediatamente fue apoyada por el movimiento anti-bélico norteamericano, obligó al capital a desviar cientos de miles de millones de dólares del rubro inversión hacia el trabajo policiaco en ambos lados del pacífico<sup>28</sup>.

En la fábrica, un nuevo ciclo de luchas de las bases por mejores salarios y beneficios, ya fortalecidos como hemos visto por el incremento de la base salarial y la militancia en las calles, minó considerablemente el

control de la burocracia sindical; como es el caso de los importantes "acuerdos de productividad" keynesianos que ellos estaban encargados de manejar. Esto era cierto no sólo en el sector privado, sino conforme creció la ola de lucha, también influyó en los trabajadores del sector público, que lanzaron sus propias batallas por la auto-organización y mejor compensación<sup>29</sup>. Más aún, la proliferación del acceso al crédito al consumidor minó la fuerza de la relación entre el consumo y el trabajo<sup>30</sup>. Este tipo de manifestaciones tenían como resultado el acelerar el crecimiento del salario (y el consumo que creció todavía más rápido gracias a crédito y de declinar el crecimiento en la productividad. Mejoras salariales se estaban revirtiendo hacia nuevas luchas y hacia la participación en la naciente contracultura. Los resultados fueron utilidades declinantes, en inflación, deuda corporativa y crisis fiscal crecientes<sup>31</sup>. Mientras que el incremento general de precios y las políticas monetarias de la Reserva Federal que lo hizo posible pudieron hasta cierto punto limitar el crecimiento del salario real, no era este un caso de afinación de la estrategia Keynesiana, sino en realidad una espiral inflacionaria fuera de control. Independientemente de si los análisis de los economistas hablaban de una inflación originada por la demanda u originado vía costos, el significado era el mismo: el estado keynesiano había perdido la capacidad de esgrimir el dinero de manera compatible con una acumulación estable. En el corazón de la creciente crisis económica y monetaria, se encontraba una partida del poder capitalista. Y, como acabo de explicar, no sólo en una economía formal, sino en toda la fábrica social. Por todos lados el dinero que hasta ahora había actuado como un instrumento del capital estaba sirviendo para financiar actividades autogestionarias de los trabajadores.

Estas rupturas en la estrategia keynesiana del uso del dinero a nivel doméstico, tuvieron ramificaciones igualmente profundas a nivel internacional. El sistema monetario internacional, como hemos visto, dependía para su funcionamiento en que el estado-nación keynesiano pudiera manejar la mayoría de los problemas de ajuste internamente, teniendo capacidades limitadas para remedios supranacionales. Las crisis monetarias nacionales no sólo tenían sus manifestaciones a un nivel internacional, sino que estaban destruyendo la capacidad de las instituciones nacidas de el sistema de Bretton Woods para resolver esos problemas.

Uno de estos, crecientemente un resultado directo de la crisis norteamericana interna y externa, era el de una liquidez del dólar rápidamente



expansiva. Mientras que una "escasez del dólar" había caracterizado al período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, en donde la confiable moneda norteamericana era enormemente codiciada para financiar la regeneración de Europa y el Japón, una creciente inflación en Estados Unidos, aunada a los gastos norteamericanos en el extranjero asociados a la guerra de Vietnam (que contribuyeron a un creciente balance de pagos deficitario), llevó a los gobiernos extranjeros (cuyos sistemas bancarios tenían acumulada una cantidad considerable de Eurodólares) a hablar de un estancamiento del dólar, a culpar al estado norteamericano de exportar su inflación, y a quejarse de tener sus propias políticas monetarias subordinadas a la neutralización de la inflación norteamericana.

Al mismo tiempo, el crecimiento del mercado de Eurodólares, sin regulación alguna por instituciones supranacionales, había recreado a una escala global algunos de los antiguos peligros de especulación financiera e inestabilidad que se habían controlado en gran medida a nivel local. La existencia de grandes cantidades de dinero no-regulado en los bancos comerciales hizo posible una alta inestabilidad en el mercado de Eurodólares. Las corporaciones multinacionales, así como los propios bancos, pudieron movilizar los fondos con mayor facilidad de país a país, o de divisa a divisa, en un juego de especulación que involucraba inclusive futuros cambios en políticas nacionales o condiciones mercantiles (que bien podrían ser resultado de una anticipación de futuros cambios en el balance local de poder de clase). Así, por ejemplo, si algún estado nación se encontraba con dificultades para imponer una especie de "enfriamiento" a su economía (e.g. desempleo creciente y menor crecimiento del salario real) debido a la resistencia de los trabajadores, el resultado podría ser una fuga masiva de divisas que podría provocar una crisis de devaluación. De esta manera, este tipo de movimientos internacionales de dinero estaban minando el marco de trabajo keynesiano creado en Bretton Woods que había dejado el ajuste en manos de autoridades locales. Cambios en paridades se hicieron menos frecuentes y más dramáticos, y la capacidad declinante de las autoridades nacionales monetarias para acoplarse a sus propios problemas de clase dio lugar a una creciente insatisfacción entre ellos. El resultado fue un antagonismo ascendente entre los estados-nacionales, como por ejemplo el de los países europeos encabezados por el presidente francés De Gaulle, y empezaron a demandar no sólo que Estados Unidos dejara de exportar dólares a la economía mundial, sino que el sistema monetario

internacional fuera radicalmente cambiado<sup>32</sup>.

Todas estas crisis, originadas como hemos visto en una recomposición del poder de clase, llegaron a un punto álgido en 1971. El fracaso de una recesión inducida por vías keynesianas para reducir el crecimiento del salario, aunado al surgimiento de un déficit comercial norteamericano y un desliz del dólar en la primavera de 1971, obligaron a la administración Nixon a llevar a cabo cambios fundamentales. La acción resultante fue un fin a la convertibilidad del dólar en oro (y consecuentemente a los tipos de cambio fijos del sistema de Bretton Woods), una intervención del estado en las negociaciones sindicales y en la fijación de precios (congelamiento), y un impuesto del 15% en importaciones que, junto con una devaluación inminente del dólar, redujo el salario real en los Estados Unidos y transfirió el costo del ajuste a sus socios comerciales. En el fondo se ocultaban cambios más profundos, menos visibles pero no menos importantes, en la intervención del estado en el flujo monetario -incluyendo el inicio del retiro norteamericano de Vietnam y el abandono del gobierno federal de la guerra contra la pobreza.

### **Contra ataque: nuevos enfoques en el uso del dinero capitalista.**

Visto en términos de un conflicto de clase obrera sobre el dinero, el período actual en realidad tiene sus orígenes a finales de los sesentas o a partir de 1971, dependiendo si se pone el énfasis en la subversión de la clase trabajadora hacia el dinero, o en el contraataque capitalista a la crisis que ello causó. Para los efectos de este trabajo, he seleccionado el segundo enfoque; y en esta sección final, trataré el período de los últimos veinte años; período en el cual la política del estado capitalista, tanto en su forma nacional como supranacional, ha repetidamente buscado y ha sido repetidamente frustrado en el intento de retomar el control sobre el dinero, y crearse un papel efectivo para manejar la acumulación del capital.

El elemento central y hasta ahora el más exitoso de este esfuerzo capitalista, ha sido el intento de retirar el dinero del control de los trabajadores, directa o indirectamente. Durante la primera década del período en consideración, este impulso tomó la forma de ataques directos a los subsidios, e indirectamente por vías inflacionarias, de un ataque al salario real. En la segunda década, mientras que los intentos de menores subsidios persistieron e inclusive se intensificaron, el uso de la inflación se abando-

nó en favor del desempleo masivo y ataques sobre el salario nominal. En ambos periodos, la política del estado, tanto monetaria como fiscal, jugó un papel activo a todos los niveles: local, nacional e internacional.

El otro elemento, y hasta ahora sólo parcialmente exitoso de este esfuerzo capitalista, ha sido el intento de reorientar los flujos de dinero hacia una nueva imposición de trabajo bajo condiciones lo suficientemente rentables para generar un nuevo ciclo de acumulación. Los mecanismos de esta reorientación han sido tanto financieros como de otra índole a nivel nacional e internacional. Esta se ha instrumentado por los bancos, las multinacionales, las agencias gubernamentales e instituciones internacionales. Examinemos ahora algunos ejemplos de ambos esfuerzos y qué ha sido de ellos.

En primer lugar, en los setentas, la política gubernamental capitalista buscó convertir dos de sus problemas monetarios en soluciones a un problema real de erosión de poder de clase. Uno de estos problemas fue la inflación creciente; el otro, el derrumbamiento de la paridad cambiaria fija. La conversión de estos dos problemas en soluciones fue perseguida simultáneamente durante gran parte de la década. En los dos casos, la dimensión internacional fue esencial.

Esfuerzos que se iniciaron a finales de los sesentas para trabajar y llegar a un acuerdo formal sobre un nuevo sistema monetario internacional, se abandonaron bajo la presión de crisis y de desacuerdo. Entre 1971 y 1993, la abrogación unilateral del sistema de Bretton Woods por el gobierno de Estados Unidos fue seguida por una vacilante y antagonicamente negociada transición hacia un régimen ad hoc de paridad cambiaria flexible -una solución que finalmente sería legalizada en las reuniones del FMI de 1976 en Jamaica<sup>31</sup>. Enfrentándose finalmente a una crisis del control keynesiano a nivel de relaciones de clase nacionales, los gobiernos occidentales más importantes optaron por un mecanismo monetario internacional de ajuste que, en principio, ocurriría automáticamente sin que ellos tuvieran que intervenir abiertamente con medidas de política doméstica sujetas al ataque de la clase trabajadora. Dificultades internacionales, como el déficit comercial norteamericano cuyo surgimiento a principios de 1971 había ayudado a precipitar la crisis del régimen anterior, serían resueltas por el ajuste en la paridad cambiaria que automáticamente flotaría al nivel requerido, e.g. una depreciación en el valor del dólar en relación a otras monedas haría que las importaciones

fueran más costosas y las exportaciones más accesibles, así tendiendo a corregir el imbalance. Al mismo tiempo, esos mismos gobiernos nacionales acordaron otorgarle un gran poder al supranacional FMI para ejercer "vigilancia" a las prácticas cambiarias, así como recursos adicionales que afianzaron el papel de este organismo para manejar el ajuste financiero. De esta manera, los gobiernos nacionales buscaban aislarse de los conflictos de clase sobre política económica en su país, utilizando mecanismos de ajuste internacionales que serían prácticamente invisibles para el trabajador promedio.

Los recursos adicionales otorgados al FMI eran necesarios también para ayudar a manejar la otra estrategia monetaria del período: el financiamiento de una rápida aceleración en la inflación que iría más allá de sólo limitar el crecimiento del salario real para reducirlo y transferir valor de los trabajadores hacia el capital. Los vehículos fueron proporcionados por ciertos cambios en la política doméstica norteamericana y por la aceptación de ciertos cambios de política monetaria de otros estados-nación. El primero involucró un esfuerzo bien conciente de la administración de Nixon para elevar dramáticamente los precios agrícolas por vías de una reducción en la producción y expandiendo la demanda de las exportaciones (básicamente a través de la notoria negociación del grano ruso de 1971). El propósito ostensible de estos esfuerzos era incrementar el valor de las exportaciones norteamericanas para así poder manejar el nuevo déficit comercial. El resultado, un incremento también dramático en el precio de los alimentos que causaría una reducción efectiva en el salario real, tanto en el país como en el extranjero<sup>34</sup>. La aceptación de cambios de política en el exterior se anunció con una reacción pasiva norteamericana ante el incremento dramático de los precios del petróleo impuesto por la OPEP en 1974. A pesar de las protestas públicas al respecto, el gobierno norteamericano sancionó los incrementos de precios, y el capital internacional buscó utilizarlos para lograr una transferencia gigantesca de valor de los consumidores de petróleo hacia las empresas, a la vez que los superávits de la OPEP eran depositados en el sistema comercial bancario. El petróleo, como los alimentos, es un producto básico cuyos incrementos de precios tendían a rebajar el salario real conforme se difundían en toda la economía en los precios de todos los bienes de consumo producidos a base de éste -ya sea directamente como insumo (gasolina, fertilizantes, plásticos), o indirectamente (como insumo energético en prácticamente

toda la producción)<sup>35</sup>. Así, a la vez que los gobiernos nacionales satanizaban a los árabes, los culpaban por este ataque inflacionario sobre los salarios occidentales y utilizaban la inflación del petróleo como un pretexto para imponer una recesión restringiendo el circulante y el capital internacional discretamente iba al banco a gestionar créditos en petrodólares de la OPEP para financiar nuevas inversiones<sup>36</sup>.

Desafortunadamente para el capital, ninguna de estas manipulaciones del flujo monetario funcionaron como se habían planeado. En lugar de traer un ajuste internacional en maneras que preservaran a los gobiernos nacionales de la reprimenda pública, la paridad cambiaria flexible no sólo resultó ser sumamente volátil e inestable para el coma internacional de inversiones ante la enorme cantidad de Euromoneda altamente líquida, sino que los estados nacionales fueron repetidamente forzados por la presión popular a intervenir en el mercado cambiario, comprando y vendiendo sus divisas, para aislar a sus clases trabajadoras de los efectos de una flotación libre. Tales intervenciones repetidas ocasionaron que el sistema fuera llamado uno de "flotación sucia", y obligaron a los estados nacionales a revertir la estrategia y entrar en confrontación con sus problemas domésticos de clase. La insatisfacción también llevaría a las autoridades monetarias de varios países europeos a que se retractaran y que cambiaran a un sistema cambiario fijo, a través de la "víbora" (the snake), y al sistema monetario europeo a las negociaciones recientes para la creación de una sola moneda europea.

En el caso de la inflación causada por incrementos en alimentos y petróleo, las clases trabajadoras del mundo consumidor de petróleo resultaron ser más poderosas que lo anticipado, y fueron capaces, a pesar de la recesión y del alto desempleo de 1974-75, de obligar a una elevación en el salario lo suficientemente grande para evitar una caída en su valor real. El resultado fue la continuación de una inflación acelerada que no hizo nada para restaurar las utilidades, la estabilidad empresarial, o los crecientes déficits comerciales, ya que la demanda sostenida mantuvo las importaciones a un nivel alto, y la recesión limitó las exportaciones. La necesidad de financiar estos déficits comerciales, a su vez, significó que grandes cantidades de los petrodólares que se esperaba estuvieran disponibles para inversión, tuvieran que ser reciclados para apoyar la balanza de pagos -en parte con la ayuda de un nuevo mecanismo del FMI que se creó en torno al petróleo. En suma, ninguna de las dos estrategias pudo conllevar a una

dramática reducción del salario real, tendiente a una restauración del paralelo con la productividad, o hacia una era anterior keynesiana en cuanto a utilidades.

Más exitoso en este periodo de los setentas fueron los esfuerzos del estado de reducir el flujo del dinero hacia los no-asalariados y hacia los trabajadores del sector público a través de ataques aislados sobre programas particulares, o de una austeridad más general por medio de un mecanismo de "crisis fiscal". Mientras que algunos ataques fracasaron, tales como el de los cupones alimenticios, que se habían iniciado bajo la administración de Nixon, y fueron renovados bajo Ford y Carter, otro sí fueron más exitosos<sup>37</sup>. En retrospectiva, la crisis fiscal de 1974-75 de la ciudad de Nueva York demostró ser la punta de lanza de una estrategia estatal más generalizada de utilizar imbalances presupuestarios (así como internacionales) y deuda pública como cuñas para atacar toda forma de ingreso de la clase trabajadora. La "crisis" en el presupuesto de la ciudad de Nueva York derivó de tres fenómenos: primero, las luchas de la clase trabajadora que desviaron los gastos de la ciudad hacia programas sociales y mejores salarios y beneficios para los trabajadores del sector público que tendrían que ser financiados en parte vía incremento de impuestos; segundo, una base impositiva que se erosionaba como resultado de la fuga fuera de la ciudad de negocios y trabajadores blancos de altos ingresos que escapaban al creciente poder de otros trabajadores; y tercero, un recurso crecientemente utilizado que era la adquisición de deuda para financiar déficits. El desarrollo de estas tendencias desde mediados de los sesentas hasta mediados de los setentas prepararon el camino para un contraataque de los bancos y del estado contra la clase trabajadora de la ciudad. Este vino con el rechazo de los bancos de reestructurar la deuda de la ciudad si ésta no tomaba medidas de austeridad; como por ejemplo, recortes en el salario de los trabajadores públicos y reducción de los servicios. Al mismo tiempo, la supervisión del gobierno de la ciudad fue otorgada a una serie de comisiones de control especialmente creadas, minando aún más la capacidad de respuesta de los trabajadores<sup>38</sup>.

La aplicación por el capital de los métodos usados en Nueva York se difundió a otras partes del mundo, e.g. Egipto y Polonia en 1976 en donde otras "crisis fiscales" y la presión de los cuerpos financieros (el FMI) fueron usados para atacar los salarios y las condiciones de vida, finalmente generalizándose a través de la crisis de la deuda internacional que empezó

en 1982. Debido a que he tratado la crisis de la deuda en otros escritos<sup>39</sup>, aquí solo quiero indicar que, como en la ciudad de Nueva York, esta crisis involucró frecuentemente tanto a la subversión de la clase trabajadora hacia la deuda como al uso del terrorismo monetario del estado (tanto nacional como supranacional) para finiquitar esa subversión, reduciendo tanto el flujo monetario hacia los trabajadores como su valor real. Todos los "programas de ajuste" del FMI que han sido impuestos como condición para la reestructuración de la deuda, no sólo han exigido una reducción del gasto público que pone dinero en manos de los trabajadores (subsidios alimenticios, salarios de los empleados públicos en inversión en educación superior), sino que también han impuesto devaluaciones, privatizaciones, drásticos recortes en importaciones de bienes de consumo, recesión y alto desempleo -todos los cuales han efectivamente minado la capacidad de los trabajadores de obtener dinero.

Históricamente, sin embargo, la generalización de la estrategia de austeridad monetaria se originó no sólo por medio de instituciones de crédito particulares, como se hizo en el caso de Nueva York, sino en los más altos niveles de la política capitalista: el FMI y la administración norteamericana. Durante finales de los setentas, el FMI repetidamente hizo llamados a la subordinación de la política macroeconómica a un ataque concertado sobre la inflación -otra manera de llamar a un ataque sobre la clase trabajadora, cuyo poder correctamente percibió que estaba en la base de los precios ascendentes. Jimmy Carter y la Reserva Federal respondieron a éste llamado cuando adoptaron un monetarismo militante contra la clase trabajadora a finales de 1978<sup>40</sup>.

Monetarismo se entiende aquí como teoría económica y como política económica. Durante el período keynesiano, cuando el dinero era esgrimido con delicadeza para manejar los conflictos de clase dentro del crecimiento global, la teoría económica del monetarismo existía al margen de las discusiones teóricas y políticas, y básicamente dentro de las paredes de la Universidad de Chicago en donde estaba siendo diseñada por Milton Friedman y sus colegas. Mientras la inflación fuera un fenómeno menor, efectivamente se podría ver como útil para lubricar los engranajes de la economía, y moderar el salario real. El deseo monetarista de limitar el papel de la Reserva Federal al manejo de un crecimiento lento y estable de la oferta del circulante recibió poca atención de aquéllos que eran responsables de "afinar" las relaciones de acumulación dentro de las relaciones

de clase. Cuando, sin embargo, el acuerdo de productividad fue roto y la inflación empezó a crecer a finales de los sesentas, acelerándose para mediados de los setentas con el incremento en los precios de los básicos y en los salarios, los fracasos de las políticas keynesianas (y de sus teorías) abrió el espacio para un rápido incremento en la influencia de las teorías y políticas monetaristas. Si el keynesianismo había devenido hegemónico por su capacidad para acoplarse con la deflación de la Gran Depresión, el monetarismo lo sustituyó al ofrecer un análisis y una cura para la inflación<sup>41</sup>.

La cura, claro, era una restricción monetaria y un cambio en la política de la Reserva Federal que iba de la moderación de los incrementos del salario y la promoción de la inversión, a la restricción en el crecimiento de la oferta monetaria para hacer que una inflación acelerada fuera imposible. Este cambio ocurrió en 1979 cuando Carter asignó a Paul Volcker para encabezar la Reserva Federal. Este inmediatamente impuso una reducción dramática en la oferta del circulante que impulsó a las tasas de interés a niveles estratosféricos, lanzando al país y al mundo a la depresión. La teoría económica del monetarismo -que incluye una variante moderna de la teoría cuantitativa- estaba casi tan llena de fetichismo del dinero como el pensamiento mercantilista tan atacado por los economistas políticos clásicos. Pero mientras que esto proporcionaba a los keynesianos que aún sobrevivían material abundante para la crítica, insistiendo en que la teoría debía explícitamente englobar las relaciones económicas reales de las cuales el circulante es solo una parte, la política monetarista tuvo un contenido mucho más evidentemente clasista: la depresión y el alto desempleo no sólo atacaron el salario de la clase trabajadora directamente al lanzar a millones de sus puestos de trabajo e indirectamente a través del crecimiento dramático del ejército de reserva, sino que parte de la restricción del crédito estaba dirigida directamente a reducir la disponibilidad del crédito al consumidor, y de esta manera, revincular el consumo más directamente al trabajo<sup>42</sup>. Las advertencias de antaño de Marx sobre la capacidad del capital para limitar el crecimiento del salario a través de la crisis y el desempleo de pronto se convirtieron en relevantes de una manera que no lo habían sido desde los treinta.

Este contenido de clase se hizo aún más visible por las estrategias presupuestarias de la "crisis fiscal" que discutimos anteriormente. El ataque monetarista sobre el salario se complementó con medidas presupues-



tarias para transferir el valor dinero de la clase trabajadora hacia el capital. Aunque este proceso empezó durante la administración de Carter, se aceleró y recibió una articulación mucho más clara bajo la nueva administración de Reagan en los ochentas. La economía de oferta, junto con el monetarismo, devinieron la nueva doctrina estatal económica definitivamente desplazando al keynesianismo. La desregulación para bajar los costos industriales, las reducciones de tasas impositivas y un cambio en la composición del gasto gubernamental, de favorecer a los trabajadores a beneficiar al capital, fueron, junto con un circulante restringido, las políticas explícitas del nuevo régimen<sup>43</sup>.

Así como hubo éxitos al recortar programas sociales en los setentas, especialmente en el primer año de la administración Reagan, también hubo fracasos. La contramovilización defensiva de una gran variedad de grupos, desde aquéllos que defendían los cupones alimenticios para los pobres, hasta aquéllos que defendían la seguridad social para la clase media, tuvieron éxito en prevenir mucho de lo que el programa monetarista de Reagan había proyectado eliminar<sup>44</sup>. Dada la resistencia exitosa a estos recortes, el programa de Reagan de reducir tasas impositivas produjo un déficit presupuestario sin precedentes, que sólo podría ser financiado a través de deuda externa masiva de Europa y Japón. El resultado fue que ante el descontento empresarial sobre la depresión y sobre el dominio gubernamental en el mercado monetario, aunado a la amenaza de México de incumplimiento de pagos, Volcker se vio forzado a disminuir las restricciones sobre política monetaria y a bajar las tasas de interés en el otoño de 1982. Cuando hizo ésto, el énfasis explícito era estimular el consumo, no la inversión. La larga y lenta recuperación que le siguió tuvo algo de un sabor keynesiano, para el disgusto de monetaristas y economistas de la economía de oferta. El hecho de que el patrón de desempleo, los recortes en las tasas impositivas y la desregulación financiera, habían tenido el efecto de transferir los ingresos de los trabajadores asalariados hacia empleados y gerentes -financiando la generación yuppie- significó que esta recuperación guiada por el consumo estaba basada en una nueva composición de clase, pero no era el crecimiento dirigido por la inversión avizorado por los propulsores de la política de una economía de oferta.

Esta historia de conflictos de clase a nivel estatal ocurría en medio de un grupo más amplio de conflictos en la esfera privada entre trabajadores y patrones individuales, aunque al inicio de la época de Reagan el ataque

sobre los controladores aéreos significó el inicio de un ataque amplio sobre los sectores más fuertes de la clase trabajadora norteamericana -en donde la fuerza es medida en términos de dinero. Junto con un alto desempleo inducido por el estado, y ataques sobre la asistencia social diseñada para eliminar la base de la jerarquía salarial, la desregulación -que había sido impulsada con la lógica de "quitarnos la carga del gobierno"- jugó un papel crucial en los esfuerzos del sector privado para reducir salarios y beneficios. No sólo redujo los costos indirectamente al sector empresarial, que se habían elevado por las luchas de los trabajadores (mayor seguridad en el empleo, mejoras en el medio ambiente) sino que se hizo posible que las empresas se reorganizaran, tanto a nivel corporativo como industrial. El capítulo 11 (estatuto de bancarrota) fue frecuentemente utilizado para exigir concesiones en cuanto a recortes en salarios y beneficios, y una mayor facilidad de entrada en muchas industrias, como en las aerolíneas, facilitando al capital la reorganización en nuevas empresas libres de sindicatos -y libres también de la negociación contractual formal keynesiana. Allí donde los sindicatos se habían demostrado incapaces de contener a los trabajadores dentro de límites compatibles con las ganancias, los sindicatos eran evadidos y la amenaza de desempleo esgrimida para mantener los salarios y los beneficios a niveles bajos.

Al mismo tiempo, muchas corporaciones tomaban ventaja creciente de los salarios declinantes en el Tercer Mundo, también impuestos por una especie de terrorismo monetarista (en este caso manejado directamente por el FMI), para provocar conflictos entre sus mismos trabajadores, los de altos ingresos vs los de menores salarios, amenazando con cambiarse y de hecho cambiando sus operaciones de producción al extranjero, e.g. las empresas norteamericanas se mudaban a México, las del norte de Europa al área mediterránea, y las japonesas y sudcoreanas al sudeste asiático. En la medida en que se iban cerrando las fábricas y los trabajadores altamente pagados se veían desplazados de sus puestos en la jerarquía salarial en Detroit, Liverpool, Lille, Hamburgo, Kyoto y Seul, nuevas fábricas se habrían en México, en España, en Bangkok y Singapur, en donde considerablemente menos dinero o cualquier otra forma de ingresos se concedían a la clase trabajadora a cambio de trabajo exhaustivo, peligroso, y jornadas más largas.

Facilitando tal descomposición de la estructura global del poder de clase, tenían un importante papel las reducciones a los obstáculos al co-

mercio (tanto de mercancías como de servicios) y a los flujos monetarios (tanto a través de acciones bursátiles como inversión directa). Necesarias para el éxito de la reorganización geográfica, éstas reducciones fueron parcialmente logradas a través de la presión que le FMI ejercía sobre los gobiernos nacionales enfrentados a la necesidad de reestructurar su deuda. Junto con los recortes presupuestarios, devaluaciones y privatizaciones anteriormente mencionadas, los gobiernos también fueron obligados a abandonar tanto medidas proteccionistas que habían sido utilizadas para apoyar a la industria doméstica, como restricciones sobre los movimientos de capital que habían sido diseñadas para limitar la repatriación de las ganancias de la inversión extranjera. En suma, la libertad que el capital requería para relocalizar fondos de manera que le permitieran retomar el control sobre la clase trabajadora, implicaba "mercados libres" de todo tipo<sup>45</sup>. Esta es también la fuente de la fuerte presión del Grupo de los Siete en las negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT, y la actual presión de Estados Unidos por lograr un Tratado de Libre Comercio Norteamericano como un primer paso hacia un mercado común hemisférico<sup>46</sup>.

A estas alturas, quisiera pasar de los esfuerzos por retirar dinero de la clase trabajadora, a los esfuerzos de la clase capitalista para reorientarlo hacia la acumulación. Parte de esta historia ha sido necesariamente mencionada ya: los esfuerzos de convertir los precios más altos del petróleo en capital de inversión que en gran parte fracasaron; la relocalización geográfica de la inversión que en gran parte ha tenido éxito; y las reorganizaciones industriales que han tenido resultados mixtos. Pero más allá de estos esfuerzos particulares, hay una cuestión mucho más amplia que es el grado en que el capital ha tenido éxito en usar el dinero de una manera tal que le permita encontrar un nuevo ciclo de acumulación de base amplia, comparable, aunque manejado diferentemente, a aquél organizado por el estado keynesiano. La respuesta a esta pregunta creo que debe ser negativa. No sólo la recuperación de la depresión monetarista de Reagan fue larga y débil, y no sólo se colapsó finalmente en una nueva depresión en los albores de la Guerra del Golfo en 1990, sino que todo el intento para fundar un nuevo ciclo de acumulación fue minado por dos fenómenos, uno tradicional, y uno nuevo. El fenómeno tradicional tomó la forma de luchas persistentes de la clase trabajadora, tanto defensivas como ofensivas; y tanto dentro de los Estados Unidos como en otras partes del mundo. Hemos discutido ya la fuerte y más o menos éxitos a resistencia que se formó

contra los esfuerzos del equipo Reagan-Bush para recortar programas sociales que contrarrestaban las reducciones que se habían logrado, manteniendo así miles de millones de dólares en las manos de la clase trabajadora. Pero también debemos tener en cuenta que aparte de intentar mantener un estándar de vida que se había ganado en pasadas épocas (en términos de dinero, esta área si ha sido golpeada), la clase trabajadora también ha invertido considerables cantidades de recursos en la persecución de sus propios fines. Durante los ochentas, los más notables fueron el fin al apartheid en Sudáfrica, la defensa de la revolución en Centroamérica, la búsqueda de una agenda ecológica que requiere (independientemente de si todos los que participan lo ven o no) la eliminación del capitalismo, la expansión de las mujeres, la expansión de los derechos de las minorías étnicas y de los pueblos indígenas, innovación cultural, etc. etc. Todo esto representó una subversión continua y de muchas maneras creciente contra el dinero, alejada de los propósitos del capital y enfocada hacia la lucha.

El nuevo fenómeno fue la enorme desviación de dinero fuera del terreno de la producción y hacia el terreno de la especulación, súbita y enormemente expandido como resultado de la desregulación financiera, que removió muchas de las restricciones que se habían instrumentado en la época keynesiana. Esa desregulación que empezó con Carter, se aceleró bajo Reagan, y no ha sido revertida bajo la administración de Bush, hizo posible el desarrollo rápido de un gran espectro de nuevas prácticas financieras, muchas bien adaptadas para propósitos especulativos (e.g. los bonos basura). Cuando éstos son combinados con un nuevo ethos de la Casa Blanca (muy publicitado por los medios masivos de comunicación) de riqueza y avaricia, el resultado es una explosión de la actividad especulativa no vista desde los veinte. En lugar de ser revertidos hacia inversiones que pudieran resolver los antagonismos de clase por mucho tiempo inexistentes, grandes cantidades de dinero, talento humano y esfuerzo organizacional fueron reorientados hacia las tretas más rápidas y más lucrativas disponibles. Con tasas de retorno en inversiones en papel en las alturas, en parte debido a políticas de dinero restringido de la Reserva Federal que alentaban altas tasas de interés, y tasas industriales de retorno tan bajas como cuando hay depresión, lo inevitable ocurrió. El "capital" monetario devino en papel y en inversiones especulativas que dieron lugar a un mercado accionario agresivo y a una aún más profunda participación de los bancos y las instituciones de ahorro en un mercado de bienes y

raíces expansivo e igualmente especulativo. Los resultados, como ahora sabemos, han incluido el crash del mercado accionario de 1987, el colapso amplio de las instituciones de ahorro, y la actual crisis en el sistema bancario norteamericano. Todas estas manías y pánicos fantásticos que habían fascinado a Marx en 1850, pero cuyo estudio había desaparecido completamente de las teorías tanto neo-clásica como marxista durante la era keynesiana, repentinamente renacieron en lo que la revista *Businessweek* denominó, con evidente decepción, una "economía de casino"<sup>47</sup>.

Este resurgimiento a finales del siglo XX de la búsqueda muy fetichista del dinero en perjuicio del manejo de las relaciones de clase, ha indudablemente empañado la resolución de la crisis de esas relaciones por el capital. Al facilitar la desviación de grandes cantidades de recursos de experimentos más serios concernientes a la reestructuración de la composición de clase, la economía Reaganiana minó la misma revolución de economía de oferta que buscó llevar a cabo. La gravedad de la manera en que estas políticas han subvertido intentos más constructivos de acoplarse a la crisis puede ser medida sólo parcialmente al ver la cantidad de fondos desviada. Más importante es reconocer y estudiar los esfuerzos serios y sustantivos de parte del capital para reorientar el dinero en la dirección de una acumulación real.

Estos esfuerzos han incluido inversiones sustanciales en el desarrollo y utilización de nuevas tecnologías que elevan la composición orgánica del capital y permiten una reorganización de la producción y la descomposición del poder de la clase trabajadora. Las más importantes de tales inversiones han sido aquéllas que se orientan sobre líneas tradicionales, pero que han sido llevadas más allá, como la mecanización manufacturera en la forma de una robotización computarizada, que ha permitido la sustitución de la producción en línea, por una producción pequeña, justo a tiempo, flexible, y manejada por un nuevo tipo de trabajador<sup>48</sup>. Tales nuevas tecnologías están siendo introducidas ahora no sólo en plantas tradicionales de trabajo calificado, a quienes se les ha permitido liquidar a trabajadores redundantes, sino también en las nuevas plantas manufactureras desplazadas al Tercer Mundo en donde una fuerza de trabajo de menor salario se está mostrando bastante capaz para manejar tales procesos de producción. Menos tradicional, pero de creciente importancia, es la reorganización de los flujos de información (incluyendo aquéllos relacionados con la génesis de la ciencia y la tecnología en sí) a través de la comu-

nicación crecientemente descentralizada pero compleja de redes de comunicación computarizadas<sup>49</sup>. Este tipo de comunicación ha incluido intentos de revincular a la industria privada con la educación pública como un medio para reiniciar el crecimiento en la productividad<sup>50</sup>. Ambas orientaciones en la inversión capitalista convergen en la utilización de redes descentralizadas de producción en gran parte automanejables y altamente flexibles en donde el producto y la tecnología de su producción están siendo constantemente modificados por los trabajadores en si. En ninguna parte es esto más evidente que en la industria de los programas computacionales que ha crecido tan dramáticamente en los años recientes<sup>51</sup>. Tales nuevos desarrollos son respuestas creativas al surgimiento de la poderosa y diversa subjetividad de la clase trabajadora que lanzó a la forma keynesiana del capital hacia la crisis. Su diseminación y desarrollo requiere recursos considerables, muchos de los cuales continúan siendo desperdiciados por agentes del sector privado que han olvidado que el "negocio del negocio" no es solamente ganancias, sino la organización de la sociedad a través de la imposición y el manejo del trabajo.

### **Conclusión.**

Dentro del contexto de las persistencia de la crisis y los fracasos de las pasadas medidas políticas para lograr su solución, el papel que más exitosamente ha jugado el dinero capitalista ha sido represivo en lugar de creativo. Las victorias del terrorismo monetario en los países capitalistas centrales y en el Tercer Mundo, no han sido compensadas por una reorientación del dinero hacia una reestructuración de las relaciones de clase capaces de reestablecer el poder capitalista y de replantear un nuevo ciclo de acumulación. El complejo tejido de las relaciones monetarias establecidas dentro de un contexto de la fábrica social keynesiana, roto por las luchas de los trabajadores asalariados y no asalariados, no ha sido reparado y ningún nuevo tejido de tales relaciones monetarias ha sido elaborado.

Al tiempo que hay una variedad de nuevos acercamientos y experimentos que intentan contener las nuevas características de la subjetividad de la clase trabajadora, éstos ni han sido implantados a una escala lo suficientemente amplia, ni han producido resultados lo suficientemente estables para constituir una respuesta exitosa a la crisis en las relaciones de

clase keynesiana que empezó hace más de veinte años. La persistencia de la crisis, incluyendo la crisis en el uso capitalista del dinero, ha sido tal que no nos ha permitido hacernos una serie de nuevos y profundos planteamientos. ¿El resultado final de la crisis será una especie de reestabilización de las relaciones sociales del capitalismo?, ¿o tendremos la capacidad para actuar como sujetos, cuyas actividades autogestionarias finalmente lograrán el derrumbamiento histórico del capitalismo y el diseño de nuevos mundos pos-capitalistas? A través del mundo, desde las calles de Los Angeles hasta las de Europa del Este, desde Brixton en Londres hasta Tepito en México, el futuro del dinero está en el aire. ¿Podrá ser convertido en capital? Hemos visto las dificultades. ¿Podrá ser usado por la clase trabajadora? Hemos visto algunas de las formas. Y finalmente, ¿se podrá dispensar de él, junto con todas las otras formas de capital y todas las otras formas de medidas unidimensionales, en favor de un mundo en donde nos juzguemos a nosotros mismos, y los unos a los otros, por un sistema de valores que estén constantemente reinventados, en una diversidad de ambientes culturales libres, tejidos por un nuevo tipo de política democrática?

#### Notas:

1. Sobre el papel del dinero en la "civilización" de los escoceses de las tierras altas después del levantamiento de 1745 y la contribución de David Hume, ver George Caffentzis: "Hume, Money and Civilization, or, Why was Hume a Metallist?". (mecanografiado), 1992.
2. Linebaugh, Peter. *The London Hanged*, Cambridge University Press, 1992.
3. Marx, Karl. *El Capital*, vol. I, cap. 31, New York: Vintage, 1977.
4. Semejante escapatoria debe tomar la forma de ausencia laboral en una semana regular de trabajo asalariado, como aquél rampante a finales de la década de los 60, o podría tomar solamente la forma de empleo periódico pagado, cuando se puede ganar suficiente dinero para mantenerse libre en un periodo subsiguiente, en el mercado de trabajo. Dentro de la familia tradicional, en donde algunos (generalmente los hombres) trabajan por un salario y otros (generalmente mujeres y niños) no, quienes realizan el trabajo no pagado de la reproducción en la casa deben ser capaces de canalizar suficiente salario en usos de ahorro de trabajo (desde lavadoras hasta comidas fuera) hasta liberarse, por lo menos parcialmente, de este tipo de trabajo. Modos similares se dan con otras formas de entradas además del salario incluyendo la entrada en el mercado de los campesinos y el seguro de desempleo -ambos podrían ser suficientes para cubrir periodos considerables del trabajo para el capital.
5. Esos proyectos de auto valoración, por su otredad respecto del capital, implican su negación. El asunto aquí es diferenciar aquellos proyectos de lucha que simplemente resisten o atacan a la dominación capitalista, de aquéllos que buscan establecer un nuevo orden.

6. El análisis de Marx sobre estos desarrollos pueden encontrarse en varios artículos en el *English financial problems* publicado en el período de 1857 a 1858 y en el Capítulo 2, Parte C de su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, publicada en 1859.
7. Linebaugh. *The London Hanged*, op. cit., pp. 210-213. La solución de Hume a esos problemas, como Caffentzis (op. cit.) muestra, fue la imposición de un patrón de moneda metálico único -no ajeno a ningún fetichismo dorado sino como un medio de reforzar la disciplina monetaria.
8. Esta historia se reexamina y es reinterpretada en términos de clase por George Caffentzis en *Clipper coins. Abused Words and Civil Governmen: John Locke's Philosophy of* ""
9. "No hay nada más frecuente", se preocupa Defoe, "que un inglés trabaje hasta que su bolsillo rebosa de dinero, para después irse y estar ocioso". Citado por Linebaugh, op. cit., p. 54.
10. El recuento de Marx aparece en su trabajo *Class Struggles in France* y ha sido analizado detenidamente en Joseph Ricciardi, *Essay on the rol of money and Finance in Economic Development*, Tesis de doctorado, Universidad de Texas, 1985, Cap. 4.
11. Los comentarios de Marx sobre el papel de los bancos en la acumulación originaria aparecen en *El Capital*, Vol. I, Cap. 31, en "La génesis del capitalismo industrial". Sus escritos sobre el Crédito Mobiliario, consisten en primera instancia de una serie de artículos periodísticos de 1857, muchos de ellos aparecen en el Vol. 15 Karl Marx and Frederick Engels, *Collected Works*. Su importancia para el análisis marxista del capital financiero está bien desarrollado en Ricciardi, ibid., Cap. 5.
12. La referencia es el discurso hecho por Marx en 1865, dirigido a los trabajadores, y que fue la respuesta a los argumentos de Weston contra la lucha salarial. Ver Marx, Karl. "Valor, precio y ganancia", en Marx, Karl and Frederick Engels. *Collected Works*, Vol. 20, pp. 101-149.
13. Marx, Karl. *El Capital*, Vol. II, Cap. I.
14. Además de sus comentarios en "Valor, precio y ganancia", está también su discusión en el Cap. 25 Vol. I de *El Capital*, en donde plantea los salarios en el contexto del ciclo de los negocios.
15. Ver esta discusión de Marx en el capítulo sobre el dinero en *Grundrisse*. A la luz del carácter del argumento de Marx contra Weston, tendría que haber sido más generoso en su tratamiento a Proudhon -si no hubiese estado tan involucrado en la lucha política contra él. Mientras se incrementa el acceso de la clase trabajadora al crédito no podremos tirar al capitalismo sino incrementar salarios. Marx habría hecho bien en reconocer al crédito como más salario, y cómo la lucha por crédito, como la lucha por salarios, podía jugar un papel útil en el desarrollo del poder de la clase trabajadora si los persiguiese en una forma no utópica.
16. Esa generación fue la de la década del 60 y 70 en Italia que se desarrolló con las luchas masivas de trabajadores y que después se expandieron hacia los trabajadores y estudiantes sin salario, amas de casa y campesinos. Teóricamente la articulación marxista de la teoría del crecimiento del salario se desarrolló de una preocupación por la demanda de autonomía política para la clase trabajadora, al reconocimiento del proyecto práctico de autovalorización "financiado" con dinero cada vez más separado del trabajo capitalista.



17. Un trabajo cercano a esta interpretación es el de Antonio Negri, "John M. Keynes e la teoria capitalista dello stato nel '29", *Contropiano*, Reprinted in S. Bologna, et. al., *Operai e stato: Lotte operaie e riforma dello stato capitalistico tra rivoluzione d'Ottobre e New Deal*, Feltrinelli, Milan, 1972.

18. Este cambio fue anunciado por los economistas socialistas Paul Baran y Paul Sweezy como el advenimiento de una era de corporaciones, "capital monopólico", y la finalización de una era temprana del "capitalismo financiero". Ver su libro *Monopoly Capital*, New York: Monthly Review Press, 1964 en donde desarrollan un análisis más bien basado en una teoría neoclásica y en macroeconomía keynesiana que en una teoría marxista.

19. La concentración del dinero en manos capitalistas por medio de deuda pública e impuesto que Marx había observado en el período de acumulación primitiva, hacía ya mucho tiempo que se había constituido en norma en los actuales patrones de acumulación. La recién creada Reserva Federal había facilitado este proceso durante la Primera Guerra Mundial y continuaba haciéndolo en la época keynesiana.

20. La crítica dirigida a la colaboración entre los sindicatos y el desarrollo capitalista se mantuvo muchos años en la cultura de la izquierda marxista extraparlamentaria, a pesar de la sanción por parte de los poderosos partidos comunistas o laboristas. Algunos ejemplos en los Estados Unidos se encontrarán en los escritos de la corriente Johnson-Forest en los cincuentas, y en Italia en los de la Nueva Izquierda en los sesentas.

21. El reconocimiento de la función integradora del gasto ha estado claro en la mayoría de los discursos críticos sobre el "consumismo", aún cuando éstos no contenían un análisis de clase. Nótese que aquí el énfasis es a la inversa de la perspectiva común sobre el consumismo: en lugar de ver al trabajo como desplazado por la organización de la vida alrededor del consumismo, el argumento es que el "consumismo" significó una estructuración del consumo de manera que conllevara a más trabajo. Ser inducido a comprar el coche de último modelo significaba ser inducido a trabajar más para obtener mayores ingresos para poder pagarlo (o para poder pagar la deuda). Efectivamente, como veremos más adelante, el momento en que los trabajadores realmente empezaron a romper este ciclo es cuando significó una crisis para el capital.

22. Para una lectura marxista relacionada a la inversión en "capital humano" véase "Throwing Away the Ladder: The 'Crisis in Higher Education'", *Zerowork* #1, 1976.

23. El concepto de "fábrica social" se origina en el trabajo de Mario Tronti a principios de los sesentas en Italia. Su versión norteamericana es originada por el grupo "Modern Times" de Cleveland en 1974 y por *Zerowork* en 1975. Véase Mario Tronti, "Social Capital" *Teles* #17, Otoño de 1973, y "The Social Factory" en *Falling Wall Review*, N° 5, 1976, pp. 1-7.

24. Es verdad que basar el orden monetario internacional de la posguerra en el dólar hizo posible un crecimiento monetario que rebasaba el requerido para el crecimiento del comercio y el capital, crecimiento que se aceleraría a partir de finales de los sesentas. Lo que es interesante, sin embargo, es como el asunto de la "liquidez" fue conceptualizado y manejado por muchos años: que el dinero crecía de acuerdo a las necesidades de la economía internacional, sin generar deflación o inflación disruptiva. Y así, indirectamente, por la expansión del trabajo que produce las mercancías y que se financia con inversión. Como veremos más adelante, la crisis de liquidez del dólar que preocupó tanto a los estados era

una manifestación de una crisis subyacente de las relaciones de clase.

25. Véase la introducción a *Zero work* #1, 1965 y Yann Moulier, "L'Opéraisme Italien: Organisation - Representation-Ideologie, ou la Composition de Classe Revisitée", in Marie Blanche Tahon et André Corten (eds) *L'Italie: Le Philosophe et Le Gendarme*, Montréal: Editeur VLB, 1986.

26. Véase Paul Romano y Ria Stone, *The American Worker*, Detroit: Bewick, 1947, *Facing Reality*, *Negro Americans Take the Lead*, Detroit: Facing Reality, 1964, Dan Georgakas and Marvin Surkin, *Detroit: I Do Mind Dying, A Study in Urban Revolution*. New York: St. Martin's Press, 1975 y Dan Georgakis, "Young Detroit Radicals, 1955-1965", *Urgent Taks*, #12, Verano 1981.

27. Véase Paolo Carpgnano, "U.S.A Class Composition in the 1960s", *Zero work* #1, 1975 y Frances Fox Piven y Richard A. Cloward, *Poor Peoples Movements*, New York: Pantheon Books, 1977.

28. Evidentemente, mucho dinero que se orientó hacia el complejo militar-industrial para maquinaria bélica financió inversión y empleo en la industria, y mucho se ha hecho de este aspecto de la "economía de guerra permanente" como un punto central del capitalismo de estado keynesiano. Sin embargo, en retrospectiva, no sólo una gran parte del dinero se gastaba en valores no durables en lugar de en inversión, sino que el desvío de la inversión de la industria civil hacia la bélica, minó la capacidad de los capitalistas norteamericanos de responder a la creciente demanda de incrementos salariales, incrementando la productividad.

29. Sobre estas luchas de los trabajadores del sector público y su relación con los conflictos en la esfera privada, y en las calles, véase Jim O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State*, Nueva York: St. Martin's Press, 1973, Donna Demac y Philip Mattera, "Developing and Underdeveloping New York: The 'Fiscal Crisis and the Imposition of Austerity'", *Zero work* #2, 1977 y Eric Lichten, *Class, Power and Austerity: The New York City Fiscal Crisis*, South Hadley: Bergin & Garvey, 1986.

30. Para una interesante meditación sobre las implicaciones de este debilitamiento, véase: Pascal Nicolas-Le Strat, "La monétarisation des rapports sociaux." *Future Antérieure* #9, 1992/1, pp. 83-97.

31. La necesidad creciente de las corporaciones no-financieras de adquirir deuda en el exterior demuestran lo poco que el "capital" monopólico de Baran y Sweezy estaba basado en el monopolio en sí, y qué tanto en la composición particular de las relaciones de clase características del keynesianismo. Con la crisis de ésta última, vino la crisis de la primera. Así, no era sorprendente que el crecimiento de la deuda corporativa generara un nuevo interés en el trabajo de Hilferding entre los marxistas, y una nueva preocupación con un supuesto renacimiento del "capital financiero". Véase los artículos de Robert Fitch y Mary Oppenheimer en *Socialist Revolution* en 1970 y la respuesta de Sweezy. Todo este debate, al separar el análisis de las relaciones entre los sectores del capital del de la crisis de las relaciones de clase, ayudó poco en la comprensión del nuevo papel del dinero en la crisis.

32. El ministro francés de finanzas Jacques Rueff fue uno de los principales voceros de cierta parte de la clase capitalista que abogaba por una restauración de la centralidad del dinero oro como moneda internacional en reacción a la incapacidad del gobierno

de Estados Unidos para limitar la oferta del dólar a niveles compatibles con precios estables. En parte era una especie de fetichismo hacia el oro, y en parte era el mismo tipo de preocupación por la disciplina monetaria que motivó a Hume en el siglo XVIII, (arriba mencionado) y que regresaría con los "Fanáticos del Oro de Reagan" en los ochentas, en el amanecer de la inflación de los setentas. Hay un paralelo interesante en la historia de los economistas marxistas, que ha tenido su ración de fetichistas del oro, totalmente convencidos que el sistema capitalista estaba condenado porque ¡había abandonado el dinero "real"!

33. Una visión global útil, desde una perspectiva capitalista, de estos desarrollos se encuentra en: Tom de Vries. "Jamaica, or the Non-Reform of the International Monetary System", *Foreign Affairs*, April 1976. Un análisis marxista se encuentra en: Christian Marazzi, "Money in the World Crisis: The New Basis of Capitalist Power", *ZeroWork* #2, 1977, pp. 91-112.

34. Para una discusión de estas políticas en términos de clase, véase: Harry Cleaver, "Food, Famine and International Crisis", *ZeroWork*, #2, 1977, pp. 35-40.

35. Esta estrategia "Stratfiana" de transferencia de valor por medio de inflación en los precios de los bienes básicos, fue analizada en Midnight Notes, *The Work/Energy Crisis and the Apocalypse*, 1981.

36. Para un análisis de clase de un ejemplo temprano del tipo de restricción monetarista anti-clase que subsecuentemente sería impuesto al mundo por los Estados Unidos, véase Lapo Berti, "Inflazione e recessione. La politica della Banca d'Italia (1969-1974). *Primo Maggio*, primavera 1975, pp. 3-17.

37. La resistencia exitosa a esos ataques al programa de cupones alimenticios, está documentada en Tim Reynolds, *The Food Stamp Explosion*, M. A. Thesis, University of Texas, 1980, Chapter 3.

38. Esas comisiones incluyeron la Corporación de Asistencia Municipal y la Junta de Emergencia de Control Financiero que hizo posible desplazar el control sobre las finanzas públicas al nivel estatal y federal. Para la historia de la crisis fiscal de Nueva York en términos de clase, véase: Demac y Mattera, op. cit., y Lichten, op. cit.

39. Véase Harry Cleaver, "Close the IMF, abolish debt and end development: a class analysis of the international debt crisis", *Capital & Class*, #36, Invierno 1989.

40. Al contrario de un caso anterior en Italia citado arriba, la adopción de esta estrategia por la Reserva Federal norteamericana impuso tasas de interés más altas en todo el mundo al tiempo que otras autoridades monetarias fueron obligadas a seguir los mismos pasos para evitar fugas masivas de capital hacia tasas más altas en Estados Unidos. A pesar de estos esfuerzos, como veremos, los Estados Unidos serían capaces de financiar gran parte de su déficit presupuestario, aún en las profundidades de la depresión de Reagan, con fondos extranjeros.

41. Está más allá del objetivo de este escrito discutirlos todos, pero si se debería notar que el monetarismo, en un sentido estricto, fue sólo un elemento del ataque "neoclásico" sobre la teoría y política keynesianas que ha racionalizado toda una serie de cambios en política en este periodo orientados por el "mercado", desde la des-regulación hasta el libre mercado.

42. Para un caso de la decisión de atacar el crédito al consumidor directamente, véase William Greider, *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country*, New

York: Simon & Schuster, 1987, pp. 181-187. De acuerdo con Greider, el impulso vino del presidente, en lugar de Volcker. Esto era ciertamente consistente con los ataques recientes de Carter sobre la auto-indulgencia y el consumo, y su llamado a una especie de auto-negación y sacrificio. Véase el texto de su famoso discurso del 15 de julio en el *New York Times*, julio 16, 1979.

43. Para un análisis del contenido de clase de la economía de oferta, véase Harry Cleaver, "Supply-side economics: Splendori e miserie", *Metropoli* #7, Anno 3, Dicembre 1981, pp. 32-48 (Una versión en inglés se puede adquirir directamente con el autor). Así que, evidentemente, la clase trabajadora era tan obviamente el enemigo central de la administración Reagan, a pesar de toda su retórica antisoviética, que Francis Fox Piven y Richard A. Cloward denunciaron sus políticas en el libro: *The New Class War: Reagan's Attack on the Welfare State and its Consequences*, New York: Pantheon Books, 1982.

44. Véase Harry Cleaver, "Reaganisme et rapports de classe aux Etats-Unis", en Marie-Blanche Tahan et André Corten (eds) op. cit., y Karen Palazzini, "Supply Side Economics, A successful Counterattack?" (manuscrito) abril 1992 cuyo tema son las batallas sobre los cupones alimenticios y la seguridad social.

45. La excepción evidente a esta búsqueda de "libres mercados" internacionales, ha sido el de la fuerza de trabajo. Mientras que todos los esfuerzos se han hecho para reducir las restricciones sobre el movimiento del capital de dinero y mercantil, los trabajadores han sido sujetos a lo diametralmente opuesto. Severas restricciones recientes sobre la migración y la movilidad de refugiados, tanto a través de políticas oficiales (e. g. los controles fronterizos) como a través del racismo no-oficial antiinmigrante. La presencia de estos controles es testimonio vivo de la autonomía de la movilidad de la clase trabajadora y la amenaza que ha planteado al poder capitalista. Si los trabajadores se pudieran mover hacia donde son requeridos como fuerza de trabajo, tales controles no se requerirían. Sobre las restricciones en Europa en reacción a la autonomía inmigrante, véase Yann Moulier-Butang y Pierre Ewencyck, "Immigration: The Blockade of Mobility in the Mediterranean Basin", (manuscrito en inglés) originalmente en francés en *Critique de l'Economie Politique*, Nouvelle Serie, N°3, septembre 4, 1978. Sobre las restricciones sobre la movilidad de los trabajadores no-documentados en Norteamérica, véase: Estevan Flores, *A Call to Action: An Analysis of Our Struggles and Alternatives to Carter's Immigration Program*, folleto, octubre 38-30, 1977.

46. Los paralelos con los argumentos de la política económica clásica de los siglos XVIII y XIX por un libre mercado, parecerían ser evidentes. Desafortunadamente estos argumentos anteriores normalmente han sido vistos por los marxistas como expresiones del imperialismo británico en lugar de como respuestas a las presiones de la clase trabajadora. Una excepción es el trabajo de Ricardo Salvatore sobre el mercado de los siglos XVIII y XIX entre Argentina, Inglaterra y los Estados Unidos, lo cual él analiza en términos de la dinámica de la lucha de clases en cada país, y la manera en que el libre comercio en sí transmite y circula los antagonismos de clase. Véase: Ricardo Salvatore, *Class Struggle and International Trade: Rio de la Plata's Commerce and the Atlantic Proletariat, 1790-1850*, Tesis doctoral, Universidad de Texas en Austin, 1987.

47. Pocos economistas fueron los que prestaron atención alguna a la cuestión de los "booms"

y "crashes" especulativos antes de los ochentas, tanto convencionales como marxistas. Una notable excepción fue Hyman Minsky. Algunos de éstos estaban básicamente interesados en la "fragilidad financiera" como una cuestión histórica, e.g. Charles Kindleberg, *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*, New York: Basic Books, 1978.

48. Véase: Benjamin Coriat, *L'atelier et le robot: essai sur le fordisme et la production de masse à l'âge de l'électronique*, Paris: Christian Bourgois, 1990. Sobre el debate de estos patrones de reestructuración capitalista "pos-fordista", véase: Guiseppe Coco y Carlo Vercellone, "Les paradigmes sociaux du post-fordisme", *Futur Antérieur*, N° 4, invierno 1990, Werner Bonefeld y John Holloway (eds) *Post-Fordism & Social Form: A marxist Debate on the Post-Fordist State*, Londres: Macmillan, 1991.

49. Véase: Maurizio Lazzarato y Toni Negri, "Travail immatériel et subjectivité", *Futur Antérieur*, N° 6, été 1991 y Paolo Virno, "Quelques notes a propos du general intellect", *Futur Antérieur*, N° 10, 1992/2.

50. El grado de intervención estatal en tales esfuerzos para resolver la "crisis de la educación" ha variado enormemente de país a país; desde países como Japón y Alemania en donde el estado juega un papel crucial, hasta aquéllos como los Estados Unidos en donde, en la ausencia de una política federal coherente, el papel del estado ha sido limitado en gran parte a que los gobiernos locales constituyan sus sistemas escolares al sector privado en un esfuerzo competitivo por atraer una mayor porción de inversiones, trabajos e impuestos.

51. A pesar de la existencia de la administración corporativa a gran escala de una parte de la industria de la programación, lo que ha sido más impactante de ella ha sido el papel de la programación autónoma y descentralizada, así como una circulación, modificación, y utilización igualmente desorganizada. Las dificultades del control capitalista de este tipo de actividad productiva, sin embargo, han sido claras desde el principio puesto que la mayoría de los miembros de esta comunidad creciente de trabajadores ha insistido en su propia independencia -al punto de impedir que sus productos sean convertidos en mercancías y adoptando una ideología de libre acceso a la información.



# **DINERO Y LIBERTAD. EL PODER CONSTITUTIVO DEL TRABAJO Y LA REPRODUCCION CAPITALISTA**

Werner Bonefeld

## **I - Introducción.**

Una de las mayores dificultades para el análisis de la crisis actual del capitalismo descansa en ver cómo los cambios en el sistema monetario internacional se ajustan con la imposición capitalista del trabajo. Para acercarnos a esta cuestión, debemos comprender dos aspectos: la constitución del dinero como una relación de poder y su existencia como una forma objetiva del poder constitutivo del trabajo. En otras palabras, tenemos que entender el modo de existencia auto-contradictorio del dinero. En el transcurso del trabajo discutiré la constitución auto-contradictoria del dinero, entendiendo al "dinero" como la forma elemental y menos significativa del capital.

La categoría dinero no puede ser comprendida solamente en términos de "teoría económica" -sea "marxista" o no. La contradicción constitutiva de la reproducción social capitalista no es entre el capital financiero y el capital productivo, sino entre capital y trabajo.

Proponer una conceptualización del modo de existencia auto-contradictoria del dinero es el propósito de este trabajo. Argumentaré que es por el poder sustantivo del trabajo, y a través de él, que el dinero existe de forma auto-contradictoria. El trabajo aporta una contribución para la comprensión de la constitución política del dinero.

El trabajo inicia con algunas notas sobre el "poder sustantivo" del trabajo. Después, hay una conceptualización del "dinero". En la parte final se hace un recuento del argumento con respecto a la subordinación del estado al movimiento global del dinero.

## **II. Algunas notas sobre el poder constitutivo del trabajo.**

La literatura marxista sobre el "dinero" es, en su mayoría,

marcadamente estéril, particularmente cuando se contrasta con los escritos de Marx. Esto es, porque los escritos marxistas sobre el "dinero" se han centrado en una comprensión meramente formal del "dinero", dejando de lado la integración contradictoria de la producción social con la reproducción del capital. La conceptualización de esta integración contradictoria nos permite entender al dinero como un fenómeno contradictorio de relaciones humanas.

Esta visión contrasta con los acercamientos que "definen" al dinero de acuerdo a sus determinaciones específicamente institucionales (ver Aglietta 1979; Harris 1981; Innes 1981; Coakley & Harris 1983) y con aquéllas que conceptualizan al "dinero" en términos meramente formales (de Brunhoff 1976; Renten 1988). En todos estos acercamientos, la realidad social se constituye en términos de un sistema formal de reglas y leyes desconectadas de las relaciones humanas. Las relaciones humanas aparecen como dependiendo meramente de leyes estructurales. El carácter contradictorio del capitalismo se constituye en términos de contradicciones estructurales, la particular integración y desintegración de aquéllo que se ve como resultado de una falta de desarrollo de las leyes objetivas del capitalismo. No obstante que hay diferencias entre los autores, comparten los mismos problemas: entendiendo fetichizadamente al capital, en términos de un sistema lógico. Así la categoría de dinero es conceptualizada de tal forma que fetichiza la existencia humana como una cosa; la conceptualización de la realidad social reporta algo muerto, pesado, ya dado. Entender al trabajo como lo sustantivo, y al trabajador como creador de valor, y de aquí de plusvalía, es algo visto como existente fuera del marco de las leyes objetivas del desarrollo capitalista.

El punto de partida de Marx es la determinación social del trabajo. El trabajo fue visto por Marx (1973, p. 361) como "el fuego vivo generador de forma; es transitoriedad de cosas, su temporalidad, de su formación en el tiempo de vida". El trabajo es la posibilidad sustantiva de la existencia social. La autoproducción del ser humano es a través del trabajo. Entender a la producción como conteniendo un "cierto cuerpo social, un sujeto social" (*Ibid.*, p. 86) connota, para Marx, la característica común de la existencia humana. Desde este significado general, la producción es siempre el "intercambio con la naturaleza" (Marx 1966, p. 815). El proceso actual de trabajo es la producción de relaciones humanas en y por medio de la "apropiación de la naturaleza por parte de un individuo en y por medio de



una forma específica de sociedad" (Marx 1973, p. 87). Esta caracterización del trabajo se da "independientemente de su forma social concreta históricamente determinada, o incluso independientemente de *cualquier* forma social" (Marx 1966, p. 824). Entender al trabajo como la apropiación de la naturaleza, como actividad social, sensorial, es la condición de la existencia humana que "todos los estadios de la producción tienen en común, y que la razón establece como las generales; pero las así llamadas precondiciones de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no pueden ser tomados con las etapas históricas reales de la producción" (Marx 1973, p. 88). La determinación general del trabajo como actividad humana necesita, en general, ser especificada en su forma históricamente concreta. No obstante y al mismo tiempo "el sujeto, la sociedad, deben permanecer en mente como las precondiciones" (*ibid.*, p. 102). Mientras que en cualquier sociedad los seres humanos juegan el papel de productores, la categoría más simple, es decir el trabajo, se transforma, en la sociedad capitalista, en un carácter mistificante porque los elementos materiales de la riqueza son transformados de productos del trabajo en propiedad de mercancías, y aún más todavía, ellos transforman las relaciones de producción en sí mismas en una cosa (dinero). El potencial productivo del trabajo social aparece como la forma "perversa" del valor. La "objetividad" o existencia material del "capital" no puede ser tomada de ese modo como punto de partida conceptual, como en los acercamientos ya mencionados líneas arriba. Esto es, porque aquéllo que se afirma a sí mismo como objetividad para la racionalidad económica, u "objetivamente lógico", o "ser objetivo" es, en Marx, entendido como una subjetividad enajenada (ver Backhaus 19-92). Cualquier conceptualización del dinero que se centre en su determinación institucional o en su aparente forma lógica, deja de lado el aspecto distintivo de la teoría de Marx y adopta, en su lugar, el mundo capitalista fetichizado como el objeto y propósito de la teoría. El punto distintivo de la teoría de Marx descansa en entender lo esencial de la relación social, de "la acción del trabajo en la sociedad capitalista" (Psychopedis 1984).

De acuerdo con Marx, "los mejores puntos en mi libro son: 1) el carácter de doble desenvolvimiento del trabajo, dependiendo de que se exprese en valor de uso o valor de cambio (toda la comprensión de los hechos dependen de eso), lo que se enfatiza inmediatamente en el primer capítulo; 2) el tratamiento de la plusvalía independientemente de sus for-

mas particulares como ganancia, interés, renta de la tierra, etc. (Marx 1867, citado por McLellan 1990, p. 225). Marx determina así el concepto de "valor" cualitativamente: como un equivalente general (valor de cambio) debe tener un valor de uso. La revolución marxiana está vinculada a la crítica del valor como concepto fetichizado que aparenta poseer un valor sobrehumano. La crítica a la economía política muestra al "valor" como una relación social, como una forma de existencia del trabajo en el capitalismo. La crítica a la fetichización permite una comprensión del "valor" *ad hominem*, y en consecuencia la integración contradictoria del trabajo a las relaciones capitalistas de producción.

Una conceptualización que va de la indiferenciación (trabajo como apropiación de la naturaleza) a la determinación (forma social de apropiación) y desde lo informal (carácter general del trabajo) a lo formal (forma histórica y socialmente específica del trabajo), Marx comprendió al trabajo, dentro de la sociedad capitalista, como trabajo específicamente abstracto. El trabajo individual es trabajo abstracto en el sentido de que es parte del trabajo de la sociedad en su conjunto, y , más aun, deriva su significado de este hecho. El trabajo abstracto es la categoría más simple que "hace su aparición histórica con toda su intensidad, sólo en las condiciones más desarrolladas de la sociedad" (Marx 1973, p. 103). La categoría abstracta del trabajo es lo general, determinación abstracta de la existencia social, que se obtiene en todas las formas de la sociedad de una manera particular. Las relaciones sociales capitalistas se distinguen por la "integración de la forma del valor con el trabajo abstracto como lo esencial del valor, del proceso del trabajo con la valorización del capital, como la apropiación y distribución del excedente de trabajo se logra a través del intercambio de mercancías" en la forma de dinero (Clarke 1989, p. 136, véase también Clarke 1980; Elson 1979). Si el capital aparece como un sistema de leyes, como en los acercamientos antes mencionados, se entiende, aquí, como la conversión (o inversión) de las relaciones sociales en cosas. La "unión directa de las relaciones materiales de producción con su determinación histórica social... son un mundo de encanto, pervertido, patas arriba, en donde Monsieur le Capital y Madame la Terre hacen sus recorridos fantasmas como caracteres sociales y, a la vez, directamente como meras cosas" (Marx 1966, p. 830).

En el capitalismo existe la categoría de trabajo abstracto a través del intercambio de mercancías. La especificidad histórica del trabajo tiene que

ver con la unidad contradictoria de intercambio y producción, esto es, el intercambio de mercancías a través del cual los trabajos privados son reducidos en su sustancia común como trabajo abstracto. La sustancia del valor es el trabajo vivo bajo el mando del capital teniendo como propósito la explotación. El trabajo es creación de valor. "Y, en general, cuando establecemos al trabajo como creador de valor, no lo consideramos en su forma concreta como condición de la producción, sino en su determinación social que difiere de la que tiene el trabajo asalariado" (Marx, p. 823). El trabajo es la condición de la existencia social, una condición de la que el capital no puede prescindir. El capital depende del trabajo y vive de tornar al trabajo contra sí mismo sobre la base de la existencia de la mercancía fetichizada, esto es a través de la descomposición del "trabajo" en términos de trabajo asalariado, de una mercancía creadora de valor.

### III. El dinero y el poder del trabajo.

La integración de los procesos de trabajo con los procesos de valoración sujeta el desarrollo de la reproducción social al desarrollo de su forma social. El trabajo individual concreto debe ser intercambiado como trabajo social, es decir abstracto. En su papel de equivalente universal, el dinero muestra que todas las mercancías tienen una propiedad en común: todas ellas son producto de la "fuerza de trabajo socialmente productiva" (Marx 1966, p. 827). Como medio de circulación, el dinero actúa como esa propiedad común. Esto es que, en y por medio del dinero el trabajo concreto particular individual se afirma a sí mismo como trabajo social: como trabajo abstracto. "Es decir, es el medio a través del cual el trabajo concreto deviene trabajo abstracto. En una palabra el dinero es la forma de existencia del trabajo abstracto" (Kay 1979, p. 58). El dinero es la representación de la forma del valor. "La plusvalía extraída por el capital en los procesos actuales de producción... debe realizarse primero en el proceso de circulación" (Marx., p. 827). Los "valores" corresponden a su carácter general a través de la intercambiabilidad del trabajo concreto en dinero. El dinero es "la medida material en la que el intercambio de valores se sumerge" (Marx 1973, p. 167). La interrelación entre la producción y la circulación es alcanzada a través del dinero al mismo tiempo que es oscurecida por él. Y se oscurece porque, en el dinero, la fuerza productiva del trabajo enfrenta al trabajo como una "cosa" independiente. En el dinero, la condición del "valor", es decir la inutilidad de la producción, es desplazada al trabajo abs-

tracto *sans phrase*. "Considerado como valor, todos los bienes son cualitativamente iguales y difieren sólo cuantitativamente" (*ibid.*, p. 141). En suma, en el dinero, la fuerza de trabajo socialmente productiva se afirma a sí misma en contra de sí misma; en tanto que como valor de uso tiene que devenir en valor de cambio, el trabajo concreto tiene que devenir en trabajo abstracto. La sustancia del valor enfrenta su existencia formal en la manera de la autoridad monetaria del capital. Sin embargo, esta autoridad existe solamente en y por medio del trabajo; más tarde esto viene a ser la sustancia del valor. De aquí se sigue que las así llamadas leyes del desarrollo capitalista no pueden ser concebidas como leyes internas del capital, sino más bien, como un movimiento contradictorio entre la forma y el contenido. Este movimiento tiene que concebirse como constituido por la existencia del trabajo en el capitalismo.

El dinero alcanza generalidad como la forma más elemental de la imposición capitalista del valor por encima de las relaciones sociales y como el supremo poder a través del cual la reproducción social se subordina a la producción del capital. El dinero es tratado, por Marx, como la condición, premisa, y resultado del proceso social de valorización, integrando la teoría del valor y del dinero como momentos que se presuponen y que son resultado uno de otro (Backhaus 1974, 1986).

La forma exclusiva de la organización capitalista de las relaciones sociales es el dinero, esto es, de la organización capitalista del intercambio, y dentro del intercambio, de la explotación. "La última expresión del valor del dinero"; esto es, una expresión de "la habilidad capitalista de imponer trabajo (trabajo abstracto) a través de la forma mercancía (valor de cambio)" (Marazzi 1976, p. 92). La imposición de trabajo a través de la forma mercancía constituye al trabajo, en la forma de "trabajo asalariado", definido en primer lugar por la fuente de su ingreso y como una relación de intercambio igual y libre en el mercado (Marx 1983, cap. 6; Marx 1966, cap. 48). El trabajo asume una existencia en términos de trabajo asalariado; una existencia sobre la que descansa la explotación mientras que ella, al mismo tiempo, "elimina" (Marx 1966, p. 814) el carácter específico de la producción de plusvalía. La equivalencia monetaria en la circulación niega el contenido de desigualdad, el contenido de la reproducción social como dominación. Como una relación formal de igualdad, el dinero marca la desigualdad de las relaciones de propiedad y representa a la igualdad formal como una relación de dominación. La descomposición del trabajo

en términos de trabajo asalariado fetichiza el poder constitutivo del trabajo, en términos de trabajo, como un mero elemento de la producción organizado y dirigido por el capital. Las relaciones de explotación son el contenido de la igualdad expresada en el "dinero", es la forma a través de la cual la contradicción, entre igualdad formal y explotación, se mueve. Sin embargo, la constitución del trabajo en trabajo asalariado no "aleja" el modo contradictorio de existencia del capital. Antes que un hecho consumado, el desplazamiento del trabajo a trabajo asalariado es un proceso contradictorio en y por medio del poder constitutivo del trabajo mismo. Tomar al "trabajo asalariado" como el punto de partida (como por ejemplo, en los acercamientos que hacen la Regulación y Maximización de las Ganancias) llega a una forma fetichizada de conceptualización del "capital", es decir, como una relación económica. Una conceptualización como ésta no permite entender la constitución social de esa forma. Desplazamiento y constitución necesitan verse como momentos de un proceso, en el que cada uno de sus momentos presupone al otro, mientras que cada momento es, a su vez, el resultado del otro, unidad de la contradicción: el poder del trabajo existe en contra de sí mismo en la forma fetichizada del capital.

El capital "circula en una línea de constantes cambios de forma, su existencia es proceso, es la unidad de sus formas, es el cambio constante entre su forma general y su forma particular, de dinero y mercancía" (Reichelt 1978, p. 48). La unidad auto-contradictoria de la producción de plusvalía comprende varias formas de capital que sólo existen como distintas en la unidad, es decir, las formas continuas de trabajo abstracto en acción. El trabajo vivo como la sustancia del valor asume la existencia social en y por medio del circuito del capital social. "El capital impulsa al excedente de trabajo por coacción extendida sobre el poder del trabajo y realiza los productos del trabajo como valor abstracto en la esfera de la circulación" (Marx 1966, p. 823). La forma dinero no puede ser propiamente entendida a menos que sea concebido como la fetichización del trabajo humano abstracto, del trabajo social. El modo de existencia del trabajo abstracto es el dinero *sans phrase*. "La fuerza productiva social del trabajo" (*Ibid.*, p. 827) deviene algo místico en la forma de capital. Como "la forma universal del trabajo" (Marx 1971, p. 98), las relaciones sociales como relaciones humanas son negadas por el dinero y, en su lugar, son afirmadas como relaciones entre cosas. El dinero niega, así, sus propios contenidos, esto es la actividad productiva intencional del trabajo. El "capi-

tal" asume su existencia como "sujeto automático" (ver Marx 1970, p. 165). Esta caracterización no significa que el capital tenga una lógica independiente del trabajo. Una perspectiva como ésta no llegaría a la pregunta fundamental de la sustancia del valor y en consecuencia de la crítica del fetichismo. Lo que procede a las espaldas de los sujetos es el movimiento de la totalidad social del valor o, en otras palabras, la categoría abstracta de trabajo en acción. La reproducción capitalista es reproducción social en forma invertida: producción privada en un contexto social. Desde que el carácter social de la producción privada no es cuestión de decisión consciente de la sociedad, y dado que lo anterior existe sólo en forma invertida de fragmentación privada (producción de mercancías), la existencia social de la producción privada enfrenta a los productores individuales como cosas externas e independientes, que, como ha sido argumentado por Marx (1974, p. 909), es su condición de existencia como individuos privados en un contexto social. La inversión del trabajo social en un "sujeto automático" connota la existencia de trabajo como una abstracción en acción que el capital necesita contener dentro de los límites de su forma. La producción capitalista no es producción de valor de uso, sino producción de valor que, en su momento, es producción de plusvalía (Negri 1984), y no solamente producción de plusvalía sino de la reproducción de las relaciones sociales de producción (Clarke 1982). El poder constitutivo del trabajo alcanza formas sociales como trabajo abstracto en el circuito del capital social como totalidad. El circuito del capital social existe sólo como una mediación de la apropiación del trabajo. "Si tomamos las tres formas (dinero, mercancías, capital productivo) juntas, entonces todas las premisas del proceso aparecen como su resultado, como premisas producto de los procesos mismos. Cada momento aparece como un punto de partida, de tránsito, y de regreso. El proceso se presenta a sí mismo como la unidad de los procesos de producción y de los procesos de circulación, y viceversa" (Marx 1978, p. 180). Así, el movimiento de cada capital particular es en sí mismo sólo un momento particular de la generalidad de su forma. El dinero y las mercancías "representan sólo diferentes modos de existencia del valor en sí mismo, el dinero es el modo general, y la mercancía su particular, o, para decirlo de otra manera, su forma encubierta" Marx 1983, p.152). El valor sólo puede ser apreciado como un movimiento, y no como una forma estática. Considerar la constitución de valor como una mera abstracción, es "olvidar que el movimiento del capital industrial

es esta abstracción en movimiento" (Marx 1978, p. 185). Esta abstracción en movimiento connota el poder constitutivo del trabajo. La abstracción en movimiento de la riqueza abstracta existe solamente en y por medio del trabajo. El capital no puede independizarse a sí mismo del trabajo. Por el contrario, tiene que colocar al trabajo en contra de sí mismo. "La circulación es el movimiento en el que la enajenación general aparece como una apropiación general y la apropiación general como enajenación general" (Marx 1973, p. 169). La enajenación general de las relaciones humanas, como relaciones entre cosas, es la apropiación general de la fuerza de trabajo socialmente productivo medida en dinero.

Diferentes formas de valor se relacionan de manera diferente con el trabajo. El movimiento del valor existe en la forma de un continuo dialéctico como producción *sans phrase* (es decir, la fetichización del capital en maquinaria y en consecuencia como inmovilizado) y, al mismo tiempo como movimiento *sans phrase* (es decir, capital en forma de dinero como encarnación de riqueza abstracta). Este continuo dialéctico se da como un proceso contradictorio en el que coexisten diferentes formas de valor y en el que capitales particulares se transforman en momentos sucesivos de una forma de valor a otro. Capital productivo, mercancía y dinero son formas que el valor asume en su agitado proceso de expansión. Su particularidad se da solamente como unidad de la diversidad, y por ello como un movimiento contradictorio. Este movimiento contradictorio no está constituido por la competencia entre fracciones distintas de capital o "lógicas" del capital sino, más bien, por la integración contradictoria del trabajo abstracto en la forma de valor. "La relación monetaria es en sí misma una relación de producción, si la producción es vista en su totalidad" (Marx 1973, p. 210). El modo contradictorio de la existencia de la explotación capitalista del trabajo no es por esta razón externa a la relación monetaria. Antes al contrario, es una parte constitutiva de la relación monetaria. El carácter social del trabajo aparece como la existencia monetaria de mercancías, y por ello como algo externo a la producción corriente. Esta exterioridad es el modo de existencia del trabajo en el capitalismo. No es el dinero el creador de estas antítesis y contradicciones; por el contrario, el desarrollo de estas contradicciones y antítesis son las que crean la apariencia del poder trascendental del dinero" (*ibid.*, p. 146). La noción de que "el dinero es tiempo de trabajo en la forma de un objeto general" (*ibid.*, p. 168) sujeta al trabajo como poder constitutivo de la riqueza en la forma de

generalidad fetichizada del dinero. La subordinación de la producción social a la reproducción del capital no es lograda por el dinero como una medida meramente económica sino, más bien, por el dinero como una forma de imperativo social que "por la fuerza" constituye la unidad entre la producción y la circulación (*ibid.*, p. 150). La naturaleza interna entre la venta y la compra es "establecida por medio de una explosión violenta" (*ibid.*, p. 198), una explosión que muestra el carácter contradictorio de la apropiación capitalista de los productos del trabajo "a través y por medio del despojo (*Entausserung*) y alienación (*Verausserung*)" (*ibid.*, p. 196). El dinero no es externo a la producción. La circulación se manifiesta en sí como un "proceso de producción, como un metabolismo real. Y por eso el dinero se impone a sí mismo como un momento particular de ese proceso de producción" (*ibid.*, p. 217). La existencia productiva del dinero implica la imposición de trabajo por medio de la forma de mercancía. El dinero es un universal movimiento: está "en constante flujo procediendo más o menos encima de la superficie de la sociedad; un sistema de acciones de intercambio" (*ibid.*, p. 188), y, por ello, un sistema de trabajo impuesto.

La transformación de una forma de valor en otra integra producción y circulación como momentos diferentes de un mismo proceso. Cada momento es resultado y precondition del otro en y por medio de la explotación del trabajo. La circulación y la producción son opuestos en la unidad, demoliendo las barreras de la expansión agitada del capital, cuyo interés común es "la valorización del valor como propósito determinante, el motivo impulsor" (Marx 1978, p. 180). La validación social de la apropiación del trabajo en la circulación implica la equiparación social (*Vergleichung*) de capitales particulares, en términos de su valor, a los límites dinámicos del tiempo de trabajo *socialmente* necesario expresado en dinero. Estos "límites" connotan la realización de un nivel promedio de ganancia. "El proceso de igualamiento del capital... disocia el precio promedio relativo de las mercancías de su valor, tanto como el promedio de ganancias en las varias esferas de la producción... de la explotación actual del trabajo por los capitales particulares" (Marx 1966, p. 828). Como "las ganancias aparecen como determinadas en segundo lugar sólo por la explotación del trabajo"..., "el promedio normal de ganancias aparece como inmanente al capital e independiente de la explotación" (*ibid.*, p. 829). En suma, las ganancias aparecen como generadas por el capital como valores creadores de valor. Esta relación de "las cosas entre ellas mismas" (Marx 1976, p.



145) Marx la llama la "forma de valor". El desplazamiento de la explotación en circulación, y a la inversa, el desplazamiento de la circulación en explotación, oscurece la conexión interna entre el "valor" y su creación, en el que el producto del trabajo se realiza como valor abstracto, está "dominado por la casualidad" en donde las "leyes internas" de la lucha de clases en torno a la explotación prevalecen como una forma "invisible e ininteligible", respecto de "los agentes individuales en la producción" (Marx 1966, p. 828). Todo parece ser contingente. Las relaciones de producción aparecen independientes una de otra y las ganancias "parecen emerger de la matriz del propio capital" (*ibid.*, p. 827). Las ganancias se manifiestan a sí mismas en la circulación como una fuente de renta del capital, una fuente en la que la categoría de excedente de trabajo se elimina. "Aún más, toda conexión se desvanece tan pronto como la fórmula se transforma en 'interés del capital' " (*ibid.*, p. 823). Mientras la conexión se desvanezca, la fetichización del dinero existe en y sólo a través de la producción general del trabajo abstracto en acción. El capital existe como capital individual sólo en la dinámica histórica y en el cambio de composición de los procesos de valorización. Los capitales particulares son sólo momentos de este proceso, la movilidad que es impuesta sobre cada capital particular por medio del flujo del capital monetario. El ciclo del capital monetario es, de acuerdo con Marx (1978, p. 140), la "forma de apariencia más contundente y característica del ciclo del capital industrial". El capital social alcanza una existencia real por medio del ciclo del capital monetario. El dinero es la representación material de la riqueza general abstracta, del trabajo en general, es decir, del trabajo de todos los individuos (ver Marx 1973, p. 224). En tanto que representación del trabajo abstracto, el dinero es el poder universal: es un símbolo "para crear la verdadera generalidad" (*ibid.*, p. 225) de las relaciones sociales en las que "el capital extrae el excedente de trabajo, que está representado por la plusvalía y el excedente de producción, directamente fuera del trabajo" (Marx 1966, p. 821). El carácter social del trabajo individual se manifiesta al capital particular a través de la forma dinero.

El capital monetario es la expresión racional de la igualdad, productividad, represión y cosificación (*Dinglichkeit*) que caracteriza la determinación de la riqueza como un proceso social de trabajo abstracto. El dinero como la materialización, relación objetiva, fetichización de valor de cambio (Marx 1973, p. 160) se obtiene como un símbolo que deja sentir su

presencia como una relación política de dominación. El dinero no es sólo la verdadera generalización del trabajo abstracto, es, también, y por ello mismo, la forma exclusiva del mando social capitalista. El "sujeto dinero" (*Ibid.*, p. 144) sujeta la imposición del trabajo a través de la forma mercancía, esto es a través de la igualdad formal y la libertad formal que caracterizan a las relaciones de intercambio capitalista. "El interés general es precisamente la generalización de la búsqueda del interés personal. En consecuencia, cuando la forma económica, el intercambio, propone la igualdad de los sujetos en todos los ámbitos, entonces el contenido, lo individual tanto como lo material objetivo que pugna en dirección del intercambio, es la *libertad*. Igualdad y libertad son así respetados no solamente en el intercambio basado en valores de cambio, sino también el intercambio de valores de cambio es lo productivo, base real de la *igualdad y la libertad*" (Marx 1973, p. 245). Como una expresión de igualdad, el dinero sirve como un momento de intercambio que constituye a la actividad humana en una forma de mercancía: trabajo asalariado. Todos los agentes del mercado individual son iguales ante el dinero. "Si el dinero es un equivalente, si tiene la naturaleza de una equivalencia, ésta se encuentra por encima de toda la *equivalencia de la desigualdad social*" (Negri 1984, p. 26). El ciudadano abstracto de la sociedad burguesa, y la supresión de la emancipación humana en favor de la emancipación política (ver Bonefeld 1992), es la otra cara de la moneda; es la realidad fetichizada de la actividad humana, si la libertad y la igualdad son vistas en su totalidad. La "república del mercado" (Pashukanis 1979) es el otro lado de la imposición no coercitiva de trabajo; y por ello, relaciones de mercado libres e iguales. La separación en la unidad, igualdad formal y explotación indica el poder contradictorio del dinero, expresando la igualdad como un modo de existencia de la dominación. "El dinero tiene la ventaja de mostrarme inmediatamente la cara lívida de las relaciones sociales del valor; me muestra inmediatamente al valor como intercambio, dirigido y organizado para la explotación" (Negri 1984, p. 23). Sea que el dinero sirva como medida de intercambio o de capital, representa relaciones sociales de explotación en forma de igualdad y libertad. El concepto de dinero, desplazado de las contradicciones de la producción de plusvalía y, al mismo tiempo, la expresión última de esas contradicciones, es una representación concreta de la realidad social del antagonismo de clase. El dinero afirma la forma exclusiva de la existencia contradictoria de la categoría de trabajo abstracto.

"La precondition de la circulación de las mercancías es que ellas fueron producidas como *valor de intercambio*, no como *valores de uso inmediatos*, sino como mediados por el valor de cambio" (Marx 1973, p. 196). En la circulación de capital monetario, el valor asume una forma que hace omisión del trabajo como trabajo concreto que en cuanto dinero está desconectado, para nuestro punto de distinción, de la producción de valor de uso. Ello niega la reproducción social en y por medio de la representación del capital como un valor extra humano creador de cosas. El carácter contradictorio del "capital" descansa en la negación de la actividad productiva, propósito del trabajo (producción de valor de uso), al mismo tiempo que como capital existe sólo y a través de él.

El trabajo abstracto corresponde al capital monetario como la forma de propiedad. El capital se afirma en la forma de dinero como la encarnación abstracta de la riqueza. El "dinero" es colectivo y abstracto. Es colectivo por la generalidad de su forma. Es abstracto por su "carencia de significado" y, al mismo tiempo, por ser la forma más elemental de la categoría abstracta de trabajo, su encarnación y negación contradictoria. El "capital en general, como *distinto* de los capitales reales particulares, es en si mismo existencia *real*... Por ejemplo, el capital en esta *forma general*, incluso perteneciendo a individuos capitalistas, en su *forma elemental* como capital, forma el capital que se acumula en los bancos o que es distribuido por medio de ellos, y, como Ricardo dijo, distribución tan admirable de acuerdo con las necesidades de la producción" (Marx 1973, p. 449). El dinero no es solamente una forma institucional de regulación, sino, además, la forma universal del trabajo. Esta forma universal sólo existe contradictoriamente como mandando a trabajar a cada uno de los deudores mundiales que la crisis muestra. El dinero expresa el promedio abstracto y la igualdad formal de la dominación capitalista como una medida de la capacidad capitalista de imponer trabajo de una forma represiva y opresiva, no obstante contradictoria.

La crisis de la reproducción capitalista aparece como una crisis monetaria. La unidad de la diversidad en la producción y la circulación contiene la posibilidad de la crisis a dos procesos interrelacionados, contiene la posible separación en el tiempo de adquisición y de venta. La irrupción de la producción y de la circulación contiene, desde un punto de vista formal, la posibilidad de crisis que, desde un punto de vista materialista, existe como una forma abstracta en la que la unidad de diferentes momen-

tos se manifiestan en sí mismos a través de la ruptura. Como momentos diferentes de un proceso, la conexión interna entre la producción y la circulación causa en sí misma la ruptura. Sin embargo, para explicar la crisis de la reproducción social, por medio de la forma en que la crisis se manifiesta en sí misma, explica a la crisis por medio de la crisis misma, y en consecuencia es una tautología. La ruptura entre la producción y la circulación se explica a partir de la ruptura.

Cuando la congruencia entre la venta y la compra se rompe, las dificultades pueden ser diferidas por medio del crédito a manera de pago. El crédito existe como una palanca para expandir la reproducción, como si éste llevara a cabo la relación interna de la producción y la circulación sin que esta relación interna se haya efectuado en términos reales. El crédito sustenta la acumulación en lugar de eliminar la unidad contradictoria de la producción de plusvalía, constituye un modo de existencia a través de la cual esta contradicción puede ser temporalmente removida sin que, de cualquier forma, elimine la contradicción. El crédito como sustento de la reproducción contiene la capacidad del dinero para expandir la riqueza abstracta independientemente de la reproducción material. La contradicción envuelta en la coexistencia y secuencia de diferentes formas de valor en el ciclo del capital social es la autonomía potencial (*Verselbstandigung*) del dinero respecto de la acumulación productiva. Esta autonomía involucra el desplazamiento de la unidad contradictoria de la producción de plusvalía a la constitución de esa misma contradicción en la forma de una contradicción entre capital productivo y el capital de préstamo o, en otras palabras, de una contradicción "entre la fábrica y el sistema de crédito" (Marazzi 1976, p. 92). En el sistema de crédito el dinero funciona como capital, "aunque no en las manos de sus propietarios, sino de otros capitalistas a cuya disposición se encuentra" (Marx 1978, p. 261). En la forma de crédito, el capital acumula independientemente de sus acciones. "El carácter antitético del capital asume una forma independiente" (Marx 1966, p. 382) tanto que "el capital aparece como algo misterioso y como fuente autocreadora de intereses - la fuente de su propio incremento" (*ibid.*, p. 392). El capital generador del intereses es capital *par excellence* (Marx 1976, p. 447) en tanto que manifiesta la forma pura del capital (C...D') y, como tal, una cosa oscura ("*Dunkelging*": *ibid.*). El capital generador de intereses expresa el capital como "la subjetivación de los objetos, la fetichización de los sujetos" (*ibid.*, p. 484) porque existe como una forma

enajenada de las condiciones del capital trabajo, esto es, realizado en interés" (*ibid.*). Así, el capital monetario es la última expresión -contradicción interna- de la abstracción en la acción del trabajo en el capitalismo: el capital asume el modo de una "forma homogénea indiferenciada de valor independiente - dinero" (Marx 1966, p. 368). La unidad contradictoria de la producción de plusvalía encuentra su modo más elemental de existencia en la acentuación del trabajo abstracto como dinero *sans phrase*: el dinero es identificado con dinero. En esta "mistificación del capital en su forma más flagrante" (*ibid.*, p. 392), el proceso de producción y el proceso de circulación aparece directamente como si fueran "por sí solos procesos de producción y procesos de circulación" (*ibid.*, p. 392). "El dinero" obtenido aquí como categoría independiente de valor en general en tanto que "capital asume su pura forma fetichizada, D...D, siendo el objeto, la cosa vendible" (*ibid.*, p. 393). La producción general del trabajo social como precondition del dinero, una precondition que existe negada en su forma de ser. "El capital es ahora una cosa, pero en tanto que cosa es capital" (*ibid.*, p. 393). Este desplazamiento de trabajo abstracto reduce al capital "a una condición insignificante" (*ibid.*, p. 391) sin que, sin embargo, disuelva la existencia de capitales particulares. Por el contrario, impone sobre ellos el carácter social de su propia existencia, mientras "elimina la relación con el trabajo" (Marx 1976, p. 456). No obstante, el capital monetario existe sólo en y por medio del trabajo (D...M...D'). El valor del capital monetario no está determinado a través del valor que representa en relación con las mercancías, sino a través de la plusvalía que produce para su dueño (*ibid.*). La unidad contradictoria de la producción de plusvalía lo hace caer a través de la apariencia de la capacidad de autovalorización del capital monetario. El poder constitutivo del trabajo existe en y contra la forma de dinero qua contradicción.

En la forma del capital generador de interés, la diferencia entre varios circuitos de capital social queda arrasada dentro del ciclo del capital monetario. Este proceso involucra la división de la ganancia en dos partes: la ganancia empresarial y el interés "como si se generaran desde fuentes esencialmente distintas" (Marx 1966, p. 375). En estas dos formas de ganancia, la relación hacia la plusvalía queda eliminada, por el hecho de que son conceptos que se relacionan como opuestos. El capital asume en apariencia una "forma independiente" de interés como la relación entre el dueño del capital monetario y el gerente de la producción. La diferenciación en-

tre la ganancia empresarial y el interés oculta la ganancia como característica del capital como tal, ganancia que hubiera rendido aún si el capital no se hubiera aplicado productivamente. La elección entre invertir reproductivamente o en términos monetarios es, sin embargo, dependiente del trabajo como sustancia del valor, la contradicción entre el involucramiento productivo y el financiero está determinada por la lucha de clases sobre el mando capitalista en la producción. "El trabajo debe producir el valor del intercambio, es decir, el dinero, directamente" (Marx 1973, p. 224). La relación contradictoria entre la producción y la circulación se transforma en D...D' - "la forma vacía del capital, la perversión y objetificación de la producción se relacionan en el más alto grado, la forma generadora de interés, la forma sencilla del capital, en lo cual antecede su propio proceso de reproducción" (Marx 1966, p. 392). Mientras "la relación social se consume en la relación de una cosa, del dinero, consigo mismo" (*ibid.* p. 392), "el interés es solamente una porción de la ganancia, es decir, de la plusvalía, que el capitalista funcional exprime del trabajador" (*ibid.* p. 392), "el interés es solamente una porción de la ganancia, es decir, de la plusvalía, que el capitalista funcional exprime del trabajador" (*ibid.*). En suma, mientras el capital, en forma del dinero asume la forma de un "fetichismo automático" (*ibid.*), expropia el trabajo no remunerado; y tiene tal poder porque "manda el trabajo de los demás, concediendo el derecho de expropiar el trabajo de los demás, y por eso representa los valores auto-expansivos" (*ibid.*, p. 355). Aunque vemos, en el capital generador de interés, "solo la forma sin contenido" (*ibid.*, p. 392), el dinero tiene que mandar el trabajo para que se sustente como lo universal del trabajo abstracto.

El poder monetario del capital es el nivel más fundamental del modo contradictorio de la existencia del "capital". Esto es por el hecho de que, en el dinero, la categoría abstracta del trabajo logra la forma más racional y a la vez la forma más vacía de existir. El modelo de existencia del dinero queda en contradicción con la actividad productiva del trabajo, mientras, a la vez, existe sólo dentro del y por medio del trabajo. D...D' existe solamente en y por medio de la capacidad del capital para explotar el trabajo efectivamente, es decir, sujetar el trabajo como componente variable del mando capitalista para la explotación. Si uno adoptara un acercamiento institucionalista a la reproducción capitalista, la constitución de la unidad auto-contradictoria de la producción de la plusvalía sólo podría entender-

se en términos de la acumulación monetaria que reprime la actividad productiva. Entender al dinero como la última forma del valor sería así descartado en favor de una comprensión solamente institucional del dinero como poder hegemónico. Ver al dinero como forma universal del trabajo abstracto, hace posible entender la existencia auto-contradictoria del dinero; la contradicción está construida por el trabajo. Sin embargo, en el crédito, la relación hacia el trabajo como sustancia de valor queda aparentemente eliminada, el crédito se declara como "derecho de la propiedad sobre el trabajo" (Marx 1966, p. 476), es decir, como derecho sobre una futura explotación del trabajo. Esta demanda existe en forma de dinero, es decir, en la forma elemental del capital. El poder social del dinero impone sobre el capital funcional la necesidad de intensificar el trabajo para evitar la insolvencia, para que garantice el crédito como derecho sobre la plusvalía. La integración del trabajo abstracto con la forma del valor con base en crédito constituye el poder supremo del capital en la forma del dinero-que-manda. El crédito logra existencia social como mando para efectivamente explotar al trabajo.

Un análisis de la acumulación sostenida en el crédito no permite la comprensión de cómo la continuidad de la producción y la circulación llegaron en primer término a estar interrumpidos. El análisis del crédito manifiesta la posibilidad de crisis. Esta posibilidad formal es menos abstracta que la introducida líneas arriba porque el dinero existe como encarnación de la riqueza: "el valor en proceso, el dinero en proceso, y, como tal, el capital" (Marx 1983, p. 153). Durante una crisis, la expansión del crédito se derrama siempre más en canales especulativos y no productivos. Este derrame del capital en canales especulativos y no productivos aparece como relación desigual entre la producción de bienes y las relaciones del mercado. A la vez, esta desigualdad parece ser determinada por factores contingentes (es decir, por políticas monetarias caprichosas), cuya extirpación se ve como un simple ejercicio del reajuste para restaurar la proporcionalidad entre oferta y demanda del mercado. Según la ideología monetarista, todo lo que aquí se requiere es una política monetaria y fiscal consistente, que limite durante un tramo largo de tiempo la actividad económica. La noción es básicamente correcta: "si hay inflación, entonces la oferta monetaria debe desinflarse. Sin embargo, es correcta solamente en los términos de la dimensión *política* del monetarismo, es decir, la imposición monetaria de las relaciones de clase a través de la subordinación de

la clase obrera a la igualdad abstracta del dinero. Esta se da por el hecho de la conexión entre formas distintas de valores. La desigualdad entre la producción y la circulación no puede ser explicada por referirse a la autonomización de una forma, respecto de la otra, una autonomización que puede ser resuelta a través de un simple ejercicio de reajuste económico. Una política de austeridad estatal no se relaciona directamente con la crisis de la producción de plusvalía, sino con la constitución de esta misma crisis en forma de tipocapital monetario que acumula independientemente de la explotación del trabajo, mientras a la vez existe solamente dentro y a través de ella.

La contradicción central no es la que se da entre producción y circulación. La contradicción central se constituye en la relación de clase entre capital y trabajo. Cada capital individual, para evitar su devaluación, se obliga a explotar efectivamente el trabajo. La relación contradictoria entre el desarrollo ilimitado de las fuerzas de producción y los límites de la forma capitalista de la reproducción social impone la compresión del trabajo necesario para multiplicar el poder productivo del trabajo. La compulsión sobre cada capital individual, no solamente para que produzca, sino para incrementar la plusvalía en el transcurso de la acumulación, impone en cada capital el disminuir el trabajo necesario al mínimo. Este proceso es respecto a la *"relación entre trabajo necesario y trabajo excedente"* que es... la relación entre las partes constitutivas de la jornada y la relación de clase que la constituye" (Negri 1984, p. 72). El capital existe únicamente como antítesis de trabajo vivo, y a la vez el capital existe solamente en y por medio de la imposición del trabajo necesario. El capital depende del trabajo. El trabajo vivo es la sustancia del valor. Cada capital individual existe únicamente como momento de su forma y, como tal, únicamente dentro de y a través de cada quien, y no solamente dentro de y a través de cada quien, sino únicamente a través de la explotación del trabajo, es decir, la imposición de trabajo a través de la forma de esta imposición, el intercambio.

La crisis capitalista se declara en forma del capital ocioso. El capital ocioso no deja solamente de funcionar como capital. A diferencia del capital excedente en producción, el capital ocioso existe en la forma general del capital y, a la vez, en su forma elemental; es decir, el dinero. La así llamada plétora de capital por la cual la caída en la tasa de ganancia no se compensa por la masa de ganancia -ésto siempre es cierto para los vástas-



gos del capital recién desarrollándose- o plétora que vuelva a los capitales incapaces de acción propia, a disposición de los gerentes de las empresas grandes, en la forma del crédito" (Marx 1966, p. 251). Este acontecimiento es un momento de la sobreacumulación del capital como dinero que el mismo capital ya no puede convertir en actividad productiva. En otras palabras, el capital monetario no puede convertirse en el mando extendido sobre el trabajo vivo. Por eso, "el capital desempleado en un polo y trabajadores desempleados en el otro" (*ibid.*) - diferentes polos de un continuo dialéctico de la presencia constitutiva del trabajo dentro de y en contra del capital. El mantenimiento de la sobreacumulación a través del crédito constituye el circuito del capital social en base de un aplazamiento especulativo de la devaluación masiva del capital. Este aplazamiento involucra la posibilidad de una acumulación de deuda. El dinero acumula en forma de derecho, potencialmente sin valor, sobre la plusvalía. La solidez y la misma existencia del capital monetario se arriesga porque el capital, en forma de dinero, no es convertible al mando sobre el trabajo con el propósito de la explotación, a la vez de que todas las relaciones sociales se apoyan sobre el mantenimiento de la igualdad formal del intercambio. Así que toda relación social depende de la estabilidad del crédito como derecho sobre la explotación futura. El salvaguardar al "crédito" o, en otras palabras, la igualdad formal del intercambio del "poder trascendental del dinero", depende de cómo el capital efectivo puede explotar al trabajo, y de cómo el trabajo efectivo puede resistir a la explotación.

En el transcurso de una crisis, que en sí es estimulada por el crédito, se incrementa la demanda del capital reproductivo para los medios de pago. Esta demanda sólo se puede satisfacer con el crédito. Como consecuencia, mientras sube la demanda el crédito se vuelve más caro, a la vez que la deprimida "actividad económica" y los efectos de la "inflación deflacionaria" (véase Mattick 1980) amenazan convertir la deuda en la insolvencia y la bancarrota del capital reproductivo. Los mismos bancos enfrentan la amenaza de la insolvencia cuando el crédito se deja de pagar, amenazando con el colapso del circuito del capital social basado en la especulación y el financiamiento de la deuda de reproducción. La tensión entre distintas formas de valores está señalada por la autonomización de la forma, vacía pero elemental, del valor desde el mando inmediato del capital sobre el trabajo para el propósito de la explotación. La salvaguarda de la forma elemental del dinero depende de la explotación que es sostenida

en sí por el capital "desempleado". Para sustentar la forma más vacía y elemental del capital, se necesita sacrificar el trabajo y el capital productivo para posibilitar que los bancos absorban pérdidas fuertes sin que se dejen de pagar las deudas. Sin embargo, al sacrificar en el altar del dinero la producción la plusvalía, se destruye la base por la cual existe la forma "vacía" del capital. La falta de actividad productiva amenaza con traer un derrumbe de las relaciones del crédito sobre las que se apoya toda relación social. El sacrificio de la producción de la plusvalía en el altar del dinero destruye la base por la cual subsiste el poder monetario del capital. La unidad de la acumulación monetaria y productiva se manifiesta en y por medio de su separación destructiva. La supremacía del dinero desplaza, como forma de lucha de clase, la existencia contradictoria del proceso de producción, y la vuelve contradicción entre el crédito y el capital funcional. Este desplazamiento de la unidad contradictoria de la producción de plusvalía es abstracto en términos del mando social, como su forma de riqueza es vacía de contenido en términos de la producción del valor de uso; no es más que la disociación de la valorización del proceso laboral (véase Marx 1983, p. 48). Todo depende de la integración del valor de uso con el valor de cambio, es decir, de la integración del trabajo abstracto con la forma de valor. La acumulación productiva tiene que tener éxito para que se sustente el capital monetario. El dejar de convertir el crédito en mando efectivo sobre el trabajo implica la insolvencia y la bancarrota para el capital en su conjunto. La crisis demuestra la realidad del dinero. La estabilidad de las relaciones de crédito depende de la capacidad del capital funcional para controlar a sus trabajadores con el propósito de expandir la explotación.

Mantener la explotación del trabajo a través del capital desempleado es ficticio. Esto es porque el capital "desempleado" mantiene la explotación que el capital hace del trabajo a través de la acumulación de derechos sobre la plusvalía que aún hay que sacarle al trabajador. El capital desempleado tiene que transformarse en "capital empleado" si se quiere evitar una devaluación general del capital social por la hiperinflación y la acumulación dedeuda sin valor, y, finalmente, la bancarrota general del capital por la moratoria del dinero. La única manera de que esto pase es a través de la intensificación de la explotación para que el capital desempleado se transforme en capital empleado representando la plusvalía extraída del trabajador. La no convertibilidad del capital desempleado para

mandar sobre el trabajo, y su producción sostenida por medio de la deuda, y su reciclamiento, sólo intensifica la dimensión ficticia del mando capitalista sobre el trabajo, y con ella, la integración ficticia del trabajo en las relaciones del mismo capital. La incapacidad del capital para explotar el trabajo efectivamente amenaza tanto con la insolvencia como con la liquidación hacia el capital productivo y el monetario por el fracaso de uno de los polos extremos de la unidad contradictoria del capital productivo y el monetario. Para mantenerse al día con el pago de interés y para transformar el crédito en medios de pago, el capital necesita explotar el trabajo más efectivamente, para incrementar la plusvalía aún no producida por los trabajadores. La estabilidad del dinero divorciado de la acumulación productiva es factible solamente con la expectativa de alguna plusvalía en el futuro. Esto requeriría ganancias futuras que no solamente deben ser adecuadas a las siguientes demandas de acumulación sino, además, suficientemente grandes para reponer el capital monetario que ha sustentado la acumulación por el crédito. Entre más se sostenga la acumulación por el crédito, más efectivamente aumentan las necesidades del capital para explotar el trabajo e incrementar el lucro, que es la única manera de no quedarse atrás con la deuda. La clave de la reproducción capitalista es qué tan efectivo es el capital en la explotación del trabajo, y qué tan efectivo es el trabajo en resistir la explotación. El modo contradictorio de la existencia del "poder monetario del capital" se constituye por la presencia del trabajo dentro de y en contra del capital; el desarrollo de esta contradicción está determinada por la lucha de clase.

#### IV. El dinero y el estado.

El desarrollo del estado capitalista se procesa en forma inmediata a través del conflicto social y en forma mediada a través de constreñimientos monetarios. Básico para el desarrollo del estado es el conflicto social sobre la imposición de la forma de valor en las relaciones sociales. La unidad contradictoria de la producción de plusvalía, en la forma del dinero, impacta al estado. El desplazamiento del antagonismo entre el capital y el trabajo en la forma de presión monetaria involucra al estado por la responsabilidad de éste, como banquero central, por la moneda nacional.

El estado no es *agente* del capital. Cada capital existe solamente dentro de y a través de cada otro capital, como momentos de un solo proceso;

su diferencia-en-unidad se constituye a través de la categoría abstracta del trabajo en acción. Para que la reproducción capitalista asuma la forma de la sobreacumulación y la crisis, cada capital individual debe de involucrarse como momento del proceso social del valor en términos de la negación (la devaluación) y la afirmación (la tasa de ganancia promedio). El estado y el capital dependen de la transformación continua entre la particularidad y la universalidad (Reichelt 1978, mediadas y compuestas dentro del circuito del capital social (véase Marx 1978), Capítulos 1 a 4). Por eso, no se puede derivar el desarrollo histórico del estado de los intereses específicos servidos por políticas especiales. Al contrario, la forma del estado debe ser vista como modo de existencia de la relación de clase que constituye y afluye al circuito del capital. Consecuentemente, la forma del estado logra existencia como el modo político de existencia de la categoría abstracta del trabajo en acción. La relación de la forma del estado con la forma económica se establece por la subordinación del estado a la forma auto-contradictoria del dinero, por lo cual una sobreacumulación de capital impacta en el estado y pone límites a su poder de mediar tal crisis políticamente. Esta constitución del estado se desplaza al mercado mundial como el desarrollo más concreto de la categoría del trabajo abstracto en acción. El desplazamiento de la producción al mercado mundial es una presuposición y premisa del proceso entero de la reproducción capitalista. El mercado mundial "se da directamente en el propio concepto de capital" (Marx 1973, p. 163) como constituye la presuposición de la reproducción social "tanto como su substrato" (*ibid.*, p.228). El modo más desarrollado de la existencia de la integración del trabajo abstracto con la forma de valor es el mercado mundial, un lugar "en el que la producción se postula como una totalidad junto con todos sus momentos, pero dentro del que, a la vez, todas las contradicciones entran en juego" (*ibid.*, p. 227). En consencuencia, la máxima expansión del proceso de la riqueza abstracta basada en la explotación abarca también la expansión del poder del dinero como forma del valor. El movimiento global del dinero "adquiere al máximo el carácter de la mercancía cuya forma corporal también es la encarnación inmediata del trabajo humano en lo abstracto" (Marx 1983, p. 141). El mercado mundial subordina las relaciones sociales a la igualdad, la represión, y la cosificación del valor en la forma del dinero global. La constitución del mercado mundial se convierte en la premisa de la imposición del trabajo dentro de las fronteras nacionales. "Aunque el estado se constituye políti-

camente en base nacional, su carácter de clase no se define en términos nacionales, dado que la ley capitalista de la propiedad y el contrato trasciende los sistemas legales nacionales, tal como el dinero mundial trasciende las monedas nacionales" (Clarke 1992, p. 6). Así la subordinación del estado a la forma elemental y vacía del dinero "restringe el estado entre límites impuestos por la forma contradictoria de la acumulación del capital en escala mundial" (*ibid.*). El estado nación existe solamente dentro de la forma de un sistema internacional de estados.

En una crisis, la sobre-expansión del crédito aparece en forma de una creciente fuga de las reservas de los bancos centrales. Los fondos de reserva de los bancos nacionales son fundamentales para el funcionamiento del sistema de crédito y, como tal, para sustentar la explotación del trabajo. Las reservas garantizan la existencia del crédito en términos de la convertibilidad de billetes de cambio a dinero "real". El límite de la acumulación sustentada aparece frente a la fuga de reservas. Esta limitación parece estar relacionada a la expansión inflacionaria del dinero y no a la crisis de contención del poder productivo del trabajo dentro de los límites de la forma capitalista de reproducción. Para el estado, la fuga de reservas se manifiesta en la forma de déficit de la balanza de pagos, abrogado por un derecho de parte de los acreedores sobre los ingresos de impuestos, y en la forma de amenaza a la convertibilidad de una moneda en mercancías en el mercado mundial, abrogada por una presión especulativa sobre la tasa de cambio. La integración de la moneda nacional en el mercado mundial se respalda por la capacidad del banco central para enfrentar una fuga de reservas, y de convertir billetes de cambio en medio de pago. Esta capacidad del banco central es, a la vez, respaldada por ingresos del estado. Son los ingresos del estado que apoyan las reservas por garantizar el crédito como derecho sobre impuestos. La convertibilidad de la moneda nacional en mercancías en el mercado mundial depende de la aceptabilidad de la moneda nacional como moneda legal en el mercado mundial. Tal aceptabilidad depende de la aceptación del crédito como derecho sobre ingresos de impuestos por mercados financieros, dotada con la máxima sanción de la presión especulativa contra la moneda en caso del "manejo doméstico". Si se socava la confianza en la capacidad del banco central para satisfacer la demanda por pago en efectivo, se amenaza con el derumbe del sistema financiero, mientras los billetes del banco central pierden su capacidad de funcionar como dinero en la reserva del sistema ban-

cario. La convertibilidad del crédito depende de la capacidad del estado para restringir la expansión del crédito, porque los bancos irán abasteciendo la sobreacumulación del capital para invertir su capital en especulaciones generadores de interés. "Es, finalmente, a través de las políticas monetarias del estado, mediadas por el sistema bancario, que los "intereses" del capital-en-general se imponen en capitales específicos, como la expansión de la producción se restringe dentro de los límites de su forma capitalista" (Clarke 1988, p. 9-10). Políticas monetarias restrictivas no implican tanto la búsqueda para sustentar al capital en su forma más elemental de dinero, sino, al contrario, la búsqueda para sustentar la existencia del capital como una forma social de la reproducción. La moratoria de la "superestructura de crédito" hace peligrar no sólo el proceso abstracto de la riqueza en la forma vacía del dinero, sino, también, la forma elemental del capital sobre la que se apoya toda relación social. La garantía de relaciones de créditos globales dependen de la capacidad del (gran número de) estado(s) para imponer el poder monetario del capital en las relaciones sociales.

El carácter especulativo de la acumulación sustentada por el crédito llega a primer plano cuando la pseudavalidación de la producción de plusvalía a través de la expansión del crédito se afirma en una acumulación de papel (posiblemente) sin valor. Esta amenaza precipita la demanda por medios de pago, es decir, por dinero real que hasta entonces existía sólo como anticipación de la futura cancelación, o por bienes seguros (tales como el oro, monedas fuertes, etc.). Mientras está en duda la capacidad del banco central de actuar como prestador de último recurso, la estabilidad del crédito internacional depende de la garantía política del crédito. Para mantener la igualdad formal de intercambio en el mercado mundial, el estado necesita reducir el crédito para sustentar la estabilidad financiera. La reducción de crédito involucra una contracción de la oferta monetaria y altas tasas de interés, haciendo el crédito escaso y caro. La reafirmación de los límites del mercado en forma del crédito escaso y costoso suprime las ambiciones de los productores, reforzando la presión competitiva para intensificar la explotación y mantener la solvencia. Sin embargo, la imposición de una política de dinero difícil de obtener está cargada de contradicciones. La acumulación productiva debe tener éxito para que el capital monetario sea sustentado. Fallar en la conversión de crédito en la explotación efectiva del trabajo reafirma, para el capital productivo, la crisis de explotar el trabajo efectivamente en la forma de la insolvencia y la banca-

rrota, que precipita una moratoria de pagos al crédito como demanda sobre la plusvalía futura.

Para comprender este funcionamiento del "dinero", se tiene que descender "de la imagen monetaria de la crisis a un análisis de la crisis de las relaciones sociales, de la crisis de la circulación a la crisis de la relación entre el trabajo necesario y el trabajo excedente". (Negri 1984, p. 25). La sustancia del dinero como forma de valor es el trabajo, la aceptabilidad del dinero como moneda legal siendo garantizada por la explotación efectiva del trabajo. La "comunidad ilusoria" de la igualdad formal del dinero subsiste solamente a través de su mando sobre "el trabajo de otros". El movimiento de la contradicción entre el capital productivo y el sistema de crédito se determina por la lucha de clase respecto del mando del capital sobre el trabajo con el propósito de la explotación. Esta lucha es, a la vez, constituida en la forma de presiones monetarias que son mediadas por el estado. En este proceso acosado por la crisis, el estado logra la generalidad como un momento auto-contradictorio del poder social del dinero. La subordinación del estado a su propia precondition, es decir, la integración de la categoría abstracta del trabajo con la forma del valor, contradice la sustancia sobre la que se apoya esta forma social del mando. Los límites del capital impactan al estado a través del poder monetario del capital (D...D'), poder en el que la precondition de su existencia queda aparentemente eliminada, es decir, la reproducción expansiva de la explotación capitalista del trabajo (M...P...M'). La unidad contradictoria de la producción de plusvalía impacta en el estado a través de la contradicción entre el capital funcional y el capital monetario. Por razón de la unidad contradictoria de la producción de plusvalía, el estado, en lugar de resolver las contradicciones del capital, reproduce estas contradicciones en forma política.

Una política *keynesiana* de crédito fácil no resuelve la sobreacumulación, tampoco resuelve el crecimiento del mercado que estimula (Mattick 1980). Al contrario, tiende a fomentar la sobreacumulación a través de la integración de la clase obrera garantizando pleno empleo y asegurando ganancias por la creación de la demanda. El incremento en la oferta de dinero, a través de la extensión de crédito y préstamos estatales, garantiza que se puedan realizar incrementos de precios, permitiendo la acumulación y el mantenimiento del pleno empleo en una, siempre creciente, espiral inflacionaria. Mientras las alícuotas de depreciación puedan ser absorbidas por la expansión del crédito, y mientras se posterga el

desempleo, se acelera la tendencia a la sobreacumulación, expresándose en forma de aumento de precios, dificultades presupuestarias, presión especulativa sobre la moneda y creciente devaluación del capital monetario por la inflación, la erosión de la confianza en la organización doméstica del dinero, la amenaza de la igualdad formal del intercambio de la moneda nacional en el mercado mundial, y, finalmente, un posible derrumbe de las relaciones crediticias a nivel global. La acumulación sustentada por el crédito se tambalea al borde del derrumbe, que se manifestará siempre con mayor severidad mientras más acumulación se sustenta por el crédito. La expansión del crédito y el creciente gasto estatal, a nivel doméstico e internacional solo agravan, finalmente, las mismas tendencias que se buscó regular en primer lugar (*ibid*).

Una política *monetarista* de crédito busca rectificar la sobreacumulación a través de una política monetaria restrictiva, reforzando políticamente la devaluación y la liquidación del capital tanto como el desempleo. Una política de dinero difícil de obtener y de altas tasas de interés, hace costoso para el capital reproductivo obtener los medios adicionales de pago, requisitos para sustentar la actividad productiva y el empleo, mientras altas tasas de interés aceleran la insolvencia del capital y la liquidación. Aunque altas tasas de interés hacen posible que los bancos absorban pérdidas fuertes sin declararse en moratoria, una política de dinero difícil de obtener amenaza con socavar el proceso entero sobre el que se apoya la acumulación. No se puede sacrificar la actividad productiva porque el dinero existe solamente dentro de y a través del trabajo como sustancia del valor. El intento de imponer la forma capitalista de reproducción social a través de políticas de altas tasas de interés refuerza la baja de la actividad productiva, mientras el crédito para financiamiento independiente se vuelve escaso y el servicio de la deuda se vuelve más caro. El sistema de crédito se tambalea al borde del derrumbe por la moratoria de pagos de derechos sobre la plusvalía, precipitado por la no convertibilidad del dinero en el mando sobre el trabajo con el propósito de la explotación.

Tanto el monetarismo como el keynesianismo son fenómenos políticos de la unidad contradictoria de la categoría abstracta de trabajo y la forma del valor, es decir, son momentos distintos del continuo dialéctico de la unidad-en-separación de la producción y la circulación. El keynesianismo busca sustentar la unidad para establecer la demanda que sostiene la sobreacumulación a través de la deuda y la presión inflacionaria



sobre las ganancias, discriminando en contra de la forma elemental del capital monetario. El monetarismo busca rectificar la ruptura entre la producción y la circulación para sacrificar la acumulación reproductiva y el trabajo en el altar del dinero. Tal reestructuración de las ambiciones del capital reproductivo amenazan la producción expansiva de la plusvalía y al mismo sistema de crédito. Aunque las políticas keynesianas y monetaristas pueden, hasta cierto grado, moderar la ruptura entre la producción y la circulación, ninguna de las dos ofrece una solución a las contradicciones de la reproducción capitalista. Buscan rectificar la tensión disruptiva entre momentos específicos del capital social (es decir, el capital productivo y el monetario) desde extremos distintos, amenazando con intensificar la tensión por sacrificar un momento a favor de otro.

La diferencia entre el monetarismo y el keynesianismo es política en virtud de la manera en la cual el poder productivo del trabajo se subordina a la producción del valor. El ganar la reserva más grande implica la imposición del "dinero-que-manda" sobre las relaciones sociales: es decir, la subordinación de las condiciones de la vida al dinero difícil de obtener y la intensificación del trabajo para pagar la deuda y/o para estabilizar las reservas con ganancias en moneda extranjera. La contención de la clase obrera con base en un apretado control monetario garantiza el crédito a través de un deterioro en las condiciones de vida, y así por la imposición de deuda en la clase obrera. Además, la contracción en la oferta de dinero involucra una restricción de las ambiciones del capital funcional, mientras el crédito para mantener la explotación del trabajo, se vuelve más caro. Para prevenir la insolvencia, los capitalistas reproductivos tienen que garantizar el crédito como derecho sobre la plusvalía para intensificar el trabajo en la ~~forma~~ de la mercancía. La imposición del dinero involucra el reconocimiento de la clase obrera al grado de que tiene que verse con la tenencia de propiedad. La imposición del dinero involucra la imposición de la igualdad del mercado en base de la ley y del dinero. Por ejemplo, la ideología monetarista de la Nueva Derecha articuló la crisis de la producción de la plusvalía en términos de la relación entre el dinero y el estado. Rechaza el concepto keynesiano del estado intervencionista criticado por crear dependencias y por debilitar la responsabilidad por sí mismo. El intento monetarista de recuperar la estabilidad financiera, a través de la imposición del intercambio sin coerción en el mercado, se dirigió de esta forma a la reducción de la dependencia del pueblo en el estado, a favor de su subor-

dinación a la regla destrabada de las relaciones de intercambio, del dinero.

La ideología monetarista proclama la imposición del capitalismo competitivo para posibilitarle a cada agente del mercado el estar atento a los mensajes del mercado. El dinero se ve como mediador de expectativas del mercado y como garantizador de la iniciativa. La subordinación de las relaciones sociales a las relaciones del mercado implica la imposición de la igualdad abstracta del dinero sobre las relaciones sociales. La imposición de la "auto-responsabilidad" se media por el poder del dinero que restringe a los que no están atentos a los mensajes del mercado. Con respecto al poder de las fuerzas del mercado, la ideología monetarista proclama la igualdad de cada agente del mercado: todo individuo es igual frente al dinero. "El poder que cada individuo ejerce sobre la actividad de otros o sobre la riqueza social existe en él como dueño de *valores de cambio*, de *dinero*. El individuo lleva su poder social, tanto como su vínculo con la sociedad, en la bolsa" (Marx 1973, p. 156-7). La articulación monetarista de los límites del mercado involucra no sólo la descomposición monetarista de relaciones de clase con base en el agente individual del mercado. También involucra al intento de imponer trabajo a base del uso de la fuerza: acomóndense a las fuerzas del mercado - ¡o sufrirán las consecuencias!. El uso coercitivo del poder manifiesta el derecho de la propiedad para asegurar la propiedad privada contra la moratoria de la deuda. La "contrarevolución anticipatoria" del monetarismo requiere el uso de la fuerza para asegurar la deuda como derecho sobre la futura explotación. La reconstitución represiva de la relación social con base en el mercado, trata a las relaciones sociales y el poder del dinero como iguales.

Aunque el estado reproduce las contradicciones del "capital" en forma política, la imposición de los límites del capital sobre la clase obrera involucra la subordinación de la relación social a la generalidad de la existencia social (es decir, la producción del valor). El estado contiene las relaciones sociales para imponer sobre ellas la forma elemental del capital, del dinero. Esta imposición involucra al estado en salvaguardar la garantía del dinero a través de la coerción, atando el presente al futuro en el intento de asegurar el movimiento total de derechos monetarios sobre la futura explotación del trabajo. En este proceso, la forma auto-contradictoria del estado logra la generalidad como "el último refugio de las armonías" (Marx 1973, p. 886), -armonías de la igualdad formal y de la libertad formal sobre las cuales se apoya la constitución histórica del estado. El estado

como el último refugio de las armonías representa así el "interés común" (véase Marx/Engels 1982), imponiendo la igualdad formal intercambiaria a través del sacrificio de las relaciones sociales a la forma vacía del dinero. La imposición del dinero involucra la salvaguarda política de la libertad económica como el promedio abstracto de la igualdad, cuya encarnación es el dinero. El estado existe como el representante colectivo del dinero que comanda: es decir, la subordinación de las relaciones sociales a la escasez monetaria, pero, más fundamental, la descomposición monetaria de las relaciones de clase basadas en la relación de sueldo. El capital no puede autonomizarse del trabajo. Antes al contrario, tiene que contener al trabajo como la condición de su propia existencia. La tendencia antagónica del trabajo abstracto involucra, como ya se dijo, la contradicción de que el trabajo debe producir directamente el valor de cambio, es decir dinero, a la vez de que el trabajo abstracto, en forma de dinero, trasciende su forma capitalista -"la abolición del modo capitalista dentro del mismo modo de producción capitalista" (Marx 1966, p. 438). Dentro de la sociedad capitalista, la anteriormente mencionada contradicción sólo puede ser contenida por la fuerza (*Gewalt*). Esto es porque el antagonismo del trabajo hacia el capital es el otro lado del "poder trascendental del dinero" (véase arriba). "El dinero ahora está preñado" (*ibid.*, 393). "Uno debe seducir las osificadas relaciones sociales para bailar, cantándoles su propia melodía" (Marx).

## Bibliografía

- Aglietta (1979), *A Theory of Capitalist Regulation: The US Experience*, NLB, London.
- Anderson (1987), "The Figure of Dissent", in *New Left Review*, N° 161, London.
- Backhaus (1974), "Materialien zur Rekonstruktion der Marxschen Werttheorie", in *Gesellschaft*, N° 1, Frankfurt.
- Backhaus (1986), "Zum Problem des Geldes als Konstituens oder Apriori der ökonomischen Gegenständlichkeit", in *Prokla*, N° 63, Berlin.
- Backhaus (1992), "Between Philosophy and Science: Marxian Social Economy as Critical Theory" in Bonefeld/Gunn/Psychopedis (eds.) 1992a).
- Bonefeld (1991), *The Recomposition of the British State during the 1980s*, unpublished manuscript. *University of Edinburgh*.
- Bonefeld (1992), "Social Constitution and the Form of the Capitalist State", in Bonefeld/Gunn/Psychopedis (eds.) 1992a.
- Bonefeld (1992a), "Aglietta in England: Bob Jessop's Contribution to the Regulation Approach", in *Futur antérieur*, Supplement N° 2, Paris .

- Bonefield/Holloway (1991), *Post-Fordism and Social Form*, Macmillan, London.
- Bonefield/Gunn/Psychopedis (1992a), *Open Marxism* Vol I, Pluto, London.
- Bonefield/Gunn Psychopedis (1992b), *Open Marxism* Vol. II, Pluto, London.
- Clarke (1978), "Capital, Fractions of Capital and the State, in *Capital & Class*, N°5, London.
- Clarke (1980), "The Value of Value: Rereading Capital", in *Capital & Class* N° 10, London.
- Clarke (1982), *Marx, Marginalism and Modern Sociology*, Macmillan, London.
- Clarke (1988c), 'Configuration of Dissent: Fractions of Capital, Class Struggle and the decline of Britain', unpublished paper, *University of Warwick*.
- Clarke (1988b), "Overaccumulation, class struggle and the regulation approach", in *Capital & Class*, N° 36, London, reprinted in Bonefield/Holloway (eds.) 1991.
- Clarke (1989), Review Article on M. Itoh's "Basic Understanding of Capitalism", in *Capital & Class*, N° 37, London.
- Clarke (1992), "The Global Accumulation of Capital and the Periodisation of the Capitalist State Form", in Bonefield/Gunn/Psychopedis (eds.) 1992a.
- Cleaver (1989), "Close the INF, abolish debt and end development: a class analysis of the international debt crisis", in *Capital & Class*, N° 39, London.
- Coakley & Harris (1983), *City of Capital*, Basil Blackwell, Oxford.
- De Brunhoff (1976), *Marx on Money*, Pluto, London.
- Elson (1979), *The Representation of Labour in Capitalism*, CSE-Books, London.
- Fine/Harris (1985), *The Peculiarities of British Capitalism*, Lawrence & Wishart, London.
- Glynn/Sutcliffe (1972), *Workers, British Capitalism and the Profit Squeeze*, Penguin, Harmondsworth.
- Gunn (1992), "Against Historical Materialism", in Bonefield/Gunn/Psychopedis (eds.) 1992b.
- Holloway (1991), "The Scream", in *Common Sense*, N° 11, Edinburgh.
- Ingham (1984), "Capitalism Divided", XXX, London.
- Kay (1979), "Why Labour is the starting point of Capital", in Elson (ed).
- Harris (1981), *Monetary Theory*, McGraw-Hill, New York.
- Innes (1981), "Capitalism and Gold", in *Capital & Class*, N°14, London.
- Jessop (1985), *Nicos Poulantzas: Marxist Theory and Strategy*, Macmillan, London.
- Jessop (1991), "Polar Bears and Class Struggle: Much Less than a Self-Criticism", in Bonefield/Holloway (eds).
- Marazzi (1976), "Money in the World Crisis: The Basis of Capitalist Power", in *Zero work*, N°2, New York.
- Marx (1867), Letter to Engels, published in McLellan Selected Writings of Marx and Engels, Oxford, 1990.
- Marx (1966), *Capital* Vol. III; Lawrence & Wishart, London.
- Marx (1971), *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Lawrence & Wishart, London.

DINERO Y LIBERTAD. EL PODER CONSTITUTIVO DEL TRABAJO  
Y LA REPRODUCCIÓN CAPITALISTA

- Marx (1973), *Grundrisse*, Penguin, Harmondsworth.
- Marx (1974), *Grundrisse*, Dietz Verlag, Berlin.
- Marx (1976), *Theorien über den Mehrwert*, New 26.3, Dietz Verlag, Berlin.
- Marx (1978), *Capital* Vol. II, Penguin, Harmondswirtg.
- Marx (1979), *Das Kapital*, Vol I, NEX 23, Dietz Verlag, Berlin.
- Marx (1983), *Capital*, Vol I, Lawrence & Wishart, London.
- Marx/Engels (1982), *The German Ideology*, edited and introduced by: Arthur, Lawrence and Wishart, London.
- Mattick (1980), *Economics, Politics, and the Age of Inflation*, Merlin Press, London.
- Negri (1984), *Marx Beyond Marx*, Bergin & Garvin, Massachusetts.
- Poulantzas (1973), *Political Power and Social Classes*, NLB, London.
- Psychopedis (1984), *Geschichte und Methode*, Camps, Frankfurt/New York.
- Psychopedis (1992), "Reconstruction of Dialectical Theory", in Bonefeld/Gunn/Psychopedis (eds.) 1992a.
- Reichelt (1978), "Some Remarks on Flatow and Huisken's Essay "On the Problem of the Derivation of the Bourgeois State", in Holloway/Picciotto (eds.), *State and Capital: A Marxist Debate*, Arnold, London.
- Routen (1988), "The money expression of value and the credit system: a value form theoretic outline", in *Capital and Class*, N°35, London.
- Thompson (1986), *The Conservatives Economic Policy*, Croom Helm, London.
- Van der Pijl (1984), *The Making of the Atlantic Ruling Class*, XXX, London



# EL SISTEMA DEL ESTADO INTERNACIONAL Y LA CRISIS GLOBAL

Peter Burnham

## Introducción

En 1969 Ralph Miliband reabrió el debate sobre el Estado entre los pensadores radicales de occidente<sup>1</sup>. Al destacar la paradoja de que mientras una "teoría del Estado" forma la base de todo análisis político, el Estado como tema de los estudios políticos ha sido descuidado desde hace mucho. Aunque la caracterización hecha por Miliband de la naturaleza capitalista del Estado ya ha sido rebasada, su enfoque sobre el Estado capitalista (singular), en vez de la multiplicidad de estados que constituyen el sistema de estado internacional, es todavía la norma para la teoría marxista del Estado. Con las notables excepciones de Braunmuhl y Barker<sup>2</sup>, esta deficiencia ha sido casi desapercibida con el resultado de que se podría suponer fácilmente que el capitalismo tiene solamente un Estado. Un tema central del presente trabajo es que un análisis materialista del sistema inter-estados es prerequisite para entender tanto el desenvolvimiento de la economía política internacional actual como la naturaleza de la crisis capitalista. Sostengo que la clave para construir tal análisis está en determinar el nivel de abstracción en que se va a teorizar sobre el sistema internacional formado por estados nacionales.

La primera parte de este trabajo ilustra la importancia del método dialéctico de Marx para ubicar el nivel de análisis adecuado que permite teorizar sobre el sistema interestatal. Sostengo que en el nivel de mayor abstracción es necesario desarrollar la abstracción general del "ser" del Estado como la base para entender las formas históricas del Estado que se relacionan con los modos de producción. Después podemos desarrollar un segundo nivel de análisis y ascender a la abstracción concreción más determinada de la forma capitalista de Estado. Planteo que el "Estado capitalista" se entiende mejor como la síntesis históricamente específica de "lo político" del capitalismo. A la vez es engañoso insistir en que "donde no hay distinción entre el personal administrativo y aquéllos (el pueblo) so-

bre quienes ejerce su dominio no se puede hablar de la existencia de un Estado<sup>3</sup>, la particularización del Estado (su separación institucional del proceso de producción) es un rasgo importante para definir su forma capitalista. Sólo al ubicar el carácter de clase del Estado capitalista en el contexto de la separación histórica del Estado y la sociedad civil, que se logró con la gradual desintegración de las relaciones sociales feudales, se crea el espacio para continuar el "ascenso de lo abstracto a lo concreto"<sup>4</sup>.

La segunda sección del trabajo introduce el tercer nivel del análisis necesario para desarrollar un recuento sistemático de los estados nacionales que constituyen el sistema internacional. Sólo es adecuado en este nivel introducir la discusión de estados nacionales particulares y su desarrollo histórico. Es aquí que se evidencia la debilidad de buena parte de la teoría del Estado. Es necesario liberarse de los análisis que ven al sistema mundial como un agregado de unidades separadas<sup>5</sup>. Esta falla ha sido bien identificada por Braunmuhl, quien alega convincentemente que el sistema internacional no es la suma de muchos Estados, sino al contrario el sistema internacional lo constituyen muchos Estados<sup>6</sup>. Además, como lo reconoce Barker, la doble determinación del Estado es un elemento permanente en todos los aspectos de la política y la actividad del Estado<sup>7</sup>. Por lo tanto, el enfoque adecuado para realizar un análisis del Estado nacional es el del mercado mundial - un sistema único en el que el poder estatal se reparte entre entidades territoriales. Al llegar a este punto delinearé una de las contradicciones más importantes aunque todavía no teorizadas del capitalismo, la que existe entre la forma nacional del Estado capitalista y el carácter global de la acumulación (la que se refiere de aquí en adelante como la contradicción "Estado/mercado").

Sobre esta base teórica, la parte final del trabajo demostrará cómo *la crisis de sobre acumulación del capitalismo global, está mediado por la contradicción Estado/mercado*. Desde los acuerdos de la posguerra, pasando por el deterioro de Bretton Woods, hasta las negociaciones comerciales multilaterales y la re-regulación financiera, los estados nacionales se han forzado para sortear los efectos de esta contradicción. En vez de limitarme a los debates superficiales expuestos en términos de la naturaleza cambiante de la soberanía del Estado, concluiré que las relaciones inter-Estados se caracterizan mejor como relaciones de conflicto y colaboración. Las tendencias al regionalismo evidentes en todo el mundo representan una atenuación de la crisis Estado/mercado mientras que la crisis de la



relación capitalista se expresa simultáneamente como una crisis del sistema internacional del Estado.

### **I. Marx, la metodología y el carácter de clase de la forma capitalista de Estado.**

Mucho de la confusión que rodea los laberintos del debate marxista sobre el Estado se debe a la confluencia de niveles de análisis, que para fines heurísticos deben de mantenerse separados. Obviando pequeños cambios de énfasis, generalmente se caracteriza a los *planteamientos marxistas* de dos maneras. O se alega que el Estado es capitalista porque las clase económicamente dominantes también dominan políticamente, o se considera al Estado como un *deus ex machina* descubierto en la estructura lógica del capital. Mientras que la primera posición es simplemente pluralista con sonido radical, la segunda es funcionalismo estructural parsoniano marxificado e igualmente insostenible<sup>8</sup>. Las deficiencias de estos planteamientos no se pueden corregir simplemente con considerarlos argumentos complementarios<sup>9</sup>. Ambos son equivocados puesto que sancionan implícitamente un modelo de base/superestructura para el capitalismo, rebajan el concepto de lucha al de una variable exógena, y son predominantemente ahistóricos. Pero lo que es más importante, éstos puntos de vista son deficientes porque simplemente reflejan los errores de la ciencia política ortodoxa, que parte de las formas aparentes de las relaciones sociales capitalistas y no desentraña sus "nexos interiores"<sup>10</sup>. Para establecer una base más sólida y entender "el Estado", es necesario introducir niveles de abstracción que poco a poco van edificando nuestro conocimiento, desde la generalidad del "ser Estado" a la forma capitalista de Estado llegando finalmente al nivel de los Estados nacionales en particular.

*Este es el "método de la economía política" que subyace en la manera en que Marx aborda el tema del "Estado", como se revela en la "Contribución a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel", "La Cuestión Judía", y "La Ideología Alemana"*<sup>11</sup>. Para apreciar la profundidad de la teoría de Marx es necesaria una pequeña digresión que permita entender su método dialéctico<sup>12</sup>.

En un pasaje famoso de *"The Grundrisse"*<sup>13</sup>, Marx esboza la racionalidad de su método dialéctico. El error de la ortodoxia positivista es que simplemente ubica a las apariencias externas en una relación superficial

entre sí. Esto no permite percibir los vínculos internos de las relaciones sociales y evita un análisis de la totalidad por encima de las instancias individuales. En contraste el método de Marx se basa en una serie continua de movimientos en espiral que ascienden de lo abstracto a lo concreto. Aprender por el pensamiento lo concreto se logra por medio de un proceso de síntesis, esto es, por medio de la reconstrucción progresiva de lo concreto desde las definiciones abstractas más simples de lo concreto mismo<sup>14</sup>. Marx aclara que es por esta vía que el método de la economía política debe ascender de lo "simple" como el trabajo, la división del trabajo, la necesidad, el valor de cambio... al Estado, al intercambio entre países y el mercado mundial, para poder aprehender la conexión interna de las relaciones sociales capitalistas<sup>15</sup>. Es importante tomar en cuenta que en este esquema las categorías "abstracto" y "concreto" deben de entenderse como determinaciones del pensamiento<sup>16</sup>, ambos dentro de la esfera de lo conceptual, pues por más determinada o sintética que sea una categoría, es más concreta. Este marco permite a Marx hacer una distinción importante entre abstracciones generales y abstracciones determinadas. Como señala Murray, Marx da un ejemplo de lo primero con la "producción en general", una abstracción racional que destaca y establece lo común y por lo tanto nos evita repeticiones. Las llamadas condiciones generales de toda la producción no son "más que estos momentos abstractos con los que no se asocia ninguna etapa histórica de la producción"<sup>17</sup>. Estas abstracciones proveen una base para la comprensión más detallada que se logra con el desarrollo de abstracciones determinadas. Esta última categoría, necesariamente construida en base a lo general, asciende a lo concreto al desarrollar abstracciones adecuadas para las especificidades de su objeto particular.

El significado de esta distinción está muy bien planteado en la discusión por parte de Marx sobre los errores de la economía política clásica<sup>18</sup>. Aún los mejores de los economistas políticos clásicos cayeron en el error de confundir los niveles de abstracción. Al deslizar abstracciones determinadas hacia el lugar de las abstracciones generales, toman como naturales las relaciones históricamente específicas del capitalismo. Un error similar es el responsable de buena parte de la confusión en las discusiones sobre el Estado<sup>19</sup>.

Para aplicar el método dialéctico al estudio del Estado es necesario desarrollar primero la abstracción general del "ser Estado"<sup>20</sup>. Puesto que

las abstracciones generales establecen lo que es común a todas las etapas de la producción (y por lo tanto no incluyen ninguna forma histórica concreta), al "ser Estado" no se lo puede equiparar con la particularización ni con un concepto estrecho de "lo político" (puesto que Marx, sostendré yo, es muy claro en que la abstracción del Estado político es un producto moderno). Por lo tanto tomaré la abstracción general "ser Estado" como referente al establecimiento de mando. A lo largo de la historia la forma de establecerlo ha cambiado radicalmente. No obstante, todas las formaciones sociales han presupuesto el establecimiento de medios de dominación (medios que han rebasado por mucho lo que enfatiza Weber como el reclamo del uso legítimo de la fuerza física<sup>21</sup>.)

Marx aclara que en sí mismo, separados de la historia, las abstracciones generales no tienen ningún valor<sup>22</sup>. Sin embargo son la base esencial para formular las abstracciones determinadas que relacionan el análisis general con un modo de producción en particular. Este es el segundo nivel de abstracción que se requiere antes de que podamos ascender para considerar en detalle el desarrollo de los Estados nacionales que componen el sistema internacional. Esto es lo que logra Marx en su obra seminal *"Contribución a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel"*.

El recuento que hace Marx del surgimiento del estado político moderno se ubica en el contexto de las luchas sociales que acompañaron el derrocamiento de las relaciones feudales de propiedad y de producción. Al llamar la atención al ejercicio del poder monárquico (basado en la propiedad) dentro de las relaciones feudales, Marx alega que "la abstracción del Estado como tal pertenece sólo a la época moderna. La abstracción del estado político es un producto moderno"<sup>23</sup>. Este argumento requiere mucha atención.

Para Marx, el carácter de la vieja sociedad civil (feudal) era directamente política. Los elementos de la vida civil, la propiedad, la familia, el modo de laborar, estaban relacionados con los elementos de la vida política en las formas de señorío, estamentos y corporaciones. En este sentido la ubicación de un individuo dentro de un estamento determinaba su relación política, esto es su separación o exclusión de otros sectores de la sociedad. Como clarificó posteriormente en *El Capital*, "aquí, en vez del hombre independiente, encontramos que todos son dependientes- siervos y lores, vasallos y señores, laicos y clérigos. La interdependencia personal caracteriza las relaciones sociales de la producción material tanto como a

las otras esferas de la vida basadas en esa producción"<sup>24</sup>. Bajo estas circunstancias las diversas subdivisiones del comercio y la industria pertenecen a diferentes corporaciones; las oficiales de la corte y su jurisdicción pertenecen a estamentos particulares; las diversas provincias son propiedad de príncipes individuales. De manera que en la Edad Media había siervos, estados feudales, gremios mercantiles y de oficio, y corporaciones de eruditos; y cada esfera (propiedad, oficio, sociedad, hombre) era directamente política "cada esfera privada tiene un carácter político o es una esfera política; eso es, la política es una característica de las esferas privadas también"<sup>25</sup>.

Marx caracteriza a la Edad Media como la "democracia de la no libertad", puesto que en un contexto donde el comercio y la propiedad de la tierra no son libres y todavía no son independientes, tampoco existe la constitución política en el feudalismo, tiene importantes implicaciones cuando se teoriza sobre la emergencia de la forma de Estado capitalista. Marx veía la identidad de los estamentos políticos y civiles como expresión de la identidad de la sociedad política con la civil. Dentro de cada principado, el principado (la soberanía) era un feudo particular, "su feudo era su estado"<sup>26</sup>- que tenía ciertos privilegios pero a la vez estaba restringido por los privilegios de otros feudos. Su ejercicio del poder legislativo era simplemente un complemento a su soberanía y de su poder ejecutivo, dirigido básicamente a asuntos civiles. Como sintetiza Marx, "no se volvieron entidades políticas porque participaban en la legislación; sino que participaban en la legislación porque eran entidades políticas"<sup>27</sup>. A esto Marx añade el importante corolario de que la relación de los feudos con el imperio era simplemente una relación de convenio entre varios estados con respecto a la nacionalidad, "su actividad legislativa, su determinación por medio de votación sobre los impuestos para el imperio, era solo una manifestación particular de su significado político particular y de su eficacia"<sup>28</sup>.

El surgimiento de la forma capitalista de Estado no fue ni una respuesta automática al desarrollo del comercio mundial, ni simplemente un asunto de transferencia de poder de una clase a otra. El cambio histórico de la forma del Estado se dio paulatinamente en la medida que las revoluciones políticas derrocaban al poder soberano (que establecía la política como un asunto de interés general), y las luchas sociales fundamentales, que a la vez eran estipuladas por y expresaban cambios en las relaciones

sociales de producción, "necesariamente desmembraban todos los estamentos, las corporaciones, los gremios, y los privilegios, puesto que todos estos eran manifestaciones de la separación entre la gente y la comunidad"<sup>29</sup>. *Estas luchas acabaron simultáneamente con el carácter político de la sociedad civil mientras creaban al Estado moderno*. Paulatinamente las relaciones al interior de la sociedad civil se transformaban de "los abigarrados lazos feudales" que se caracterizaban por "el éxtasis celestial del fervor religioso y del entusiasmo caballeroso",<sup>30</sup> al materialismo craso de las relaciones modernas de la propiedad privada sujetas al dominio del dinero y la ley, y a la lucha egoísta de cada agente contra todos los demás. Marx dice enfáticamente, que "el establecimiento del Estado político y la disolución de la sociedad civil en individuos independientes -cuyas relaciones entre sí dependen del derecho, tal como las relaciones entre los hombres en el sistema de los estamentos y gremios dependían del privilegio- se logra con el mismo hecho"<sup>31</sup>.

Por consiguiente la lucha social está en el centro del recuento que hace Marx del surgimiento del Estado Moderno. La unidad del Estado feudal descansaba en el unidad política de los feudos que componían el principado. La lucha social que disolvió las bases personales y corporativas de este poder produjo la separación del Estado de la sociedad civil -que paradójicamente subraya la dependencia del Estado contemporáneo con respecto a la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Como aclara Clarke<sup>32</sup>, la separación formal del Estado capitalista de la sociedad civil limita sus poderes. El Estado simplemente da forma a las relaciones sociales cuya sustancia se determina en la sociedad civil., de manera que el Estado "tiene que limitarse a una actividad formal y negativa, porque donde empieza la vida civil y su labor, allí el poder de la administración termina"<sup>33</sup>. La actividad formal y regulatoria principal del Estado es sostener la base de las nuevas relaciones sociales que constituyen el tejido de la sociedad civil.

Para Marx, el Estado se "basa en la contradicción entre la vida pública y privada, en la contradicción entre los intereses generales y los intereses privados"<sup>34</sup>. Al sostener el dominio del derecho y el dinero, el Estado mantiene la disciplina formal del mercado, y por consiguiente es mediador de la contradicción entre la expresión de los intereses generales y particulares. Esta disciplina necesariamente tiene que ser impuesta de "manera independiente" divorciada de los intereses privados; "Precisamente por-

que los individuos persiguen solamente sus intereses particulares, que para ellos no coinciden con sus intereses comunes, estos últimos se ejercen como intereses "extraños" a ellos, e "independientes" de ellos ... por medio del Estado<sup>35</sup>.

En base a esta discusión resulta claro que el carácter de clase del Estado capitalista no se determina por el dominio de los capitalistas ni por la "primacía de lo económico". Más bien se determina por la forma histórica en que se dio la separación entre Estado y sociedad civil. Es en este sentido que debemos ver la perspicacia de la afirmación de Holloway y Picciotto de que una teoría materialista del Estado empieza no con preguntar de qué manera la "base económica" determina la "superestructura política", sino con la pregunta de que sucede con las relaciones sociales de producción bajo el capitalismo que le obliga a asumir formas económicas y políticas separadas<sup>36</sup>. Dentro de las relaciones sociales feudales, aún cuando el emperador romano y el Papa estaban en la cúspide, la estructura no era una jerarquía lineal, la soberanía estaba repartida y la utilización de la fuerza no estaba centralmente orquestada ni arraigada en un sistema general de derechos<sup>37</sup>. El sistema feudal aplicaba fuerza directamente al siervo obligándolo a producir renta para el señor. Esta fuerza era particular, se aplicaba a cada siervo por separado, en contraste con la compulsión para trabajar del capitalismo que funciona a través de un mercado de trabajo impersonal. Las relaciones por lo tanto no estaban mediadas por una autoridad central, sino que se establecían directamente en todos los niveles. Las relaciones de producción feudales eran inmediatamente relaciones de poder<sup>38</sup>. En contraste las relaciones capitalistas se dan por medio de la apariencia del intercambio de equivalentes. El trabajo y el capital se encuentran en el "reino exclusivo de la libertad", la igualdad, la propiedad, y Bentham<sup>39</sup>, reunidos por un contrato cuya naturaleza misma expulsa todo contenido político inmediato. Como esclarecen Kay y Mott, un presupuesto crucial del contrato moderno es que ambas partes se encuentran privadas del derecho de actuar con violencia para defender sus intereses propios y, en consecuencia, "en una sociedad de equivalentes que se relacionan por medio de un contrato, la política es abstraída de las relaciones de producción y el orden se vuelve la tarea de un cuerpo especializado -el Estado"<sup>40</sup>. De esta manera, el Estado como la encarnación particular del mando, y la sustitución del privilegio por la equivalencia, forman parte de un mismo proceso, puesto que los "ciudadanos" sólo se enfrentan mediados por el

Estado que está "igualmente distante" de todos.

Por lo tanto nuestro segundo nivel de abstracción ha encontrado la especificidad del Estado moderno en la forma histórica de la separación entre Estado y sociedad civil que se logró gradualmente con la disolución de las relaciones sociales feudales. La separación obligada entre Estado y sociedad civil es desde luego, una ilusión institucionalizada<sup>41</sup>. La existencia institucionalizada del Estado como una esfera "política" presupone la "despolitización" de la sociedad civil. El acto de "despolitizar" es en si político y el Estado "institucional" oculta esta realidad que además está establecida en base a la propiedad privada. Un importante resultado de derivar al Estado capitalista de esta manera es que revela que la noción de la "autonomía" del Estado es puro sofisma. El poder del Estado en su forma capitalista liberal está encarnada en el dominio de la ley y el dinero (que al mismo tiempo son sus propios presupuestos)<sup>42</sup>. Esta es la forma más adecuada para servir a la expansión de las relaciones sociales capitalistas debido a que el poder social de la burguesía está encarnado en la forma abstracta del dinero. Los monopolios políticos y los privilegios del feudalismo son sustituidos por "el poder divino del dinero", mientras que el hombre como "persona jurídica" no se libera de la propiedad ni del egoísmo de los negocios sino que adquiere la libertad de ser propietario y de hacer negocios<sup>43</sup>. La separación del Estado abstracto representa la forma históricamente específica del "ser Estado" -el momento político- que caracteriza a las relaciones sociales capitalistas. El abordaje dialéctico de Marx revela que esta separación es ilusoria y abre el espacio para teorizar el nexo Estado-sociedad civil en términos de formas diferenciadas del poder capitalista.

## **II. Estados nacionales en el sistema internacional.**

Una de las dificultades principales para desarrollar una teoría marxista del sistema interestatal tiene que ver con *cómo reconciliar la visión del "Estado" definido principalmente en relación con una estructura de clases a nivel nacional, con el hecho de que el Estado es un componente del "sistema de Estados"*<sup>44</sup>. Como señala Piccotto, esta dificultad ha sido mayor para los autores marxistas que para los no marxistas, debido a que el énfasis marxista en la tesis clasista del Estado les ha obligado a discutirlo en relación con la sociedad, y ha sido conveniente suponer una correlación entre la sociedad, las clases que la componen y el Estado dentro de

esa sociedad<sup>45</sup>.

Esta dificultad es sin embargo una vez más el resultado de confundir los niveles de análisis. La forma de Estado capitalista no se deriva de un análisis "nacional" al cual los determinantes "externos" son añadidos a posteriori. Como he indicado arriba, la forma de Estado específica del capitalismo se deriva como una abstracción determinada del análisis que hace Marx del cambio fundamental que se produce en las relaciones sociales con la muerte del feudalismo. Este nivel de análisis (como sucede en la mayor parte de *El Capital*) no es ni "puramente histórica" ni "puramente abstracta", sino mas bien utiliza el método dialéctico para aproximar lo concreto.

Cuando el análisis se vuelve hacia el sistema internacional contemporáneo es necesario cambiar de nuestro enfoque y del nivel de abstracción del "Estado" (forma capitalista de Estado) a estados nacionales particulares (el Estado británico y francés)<sup>46</sup>. Al hacerlo nos enfrentamos con una paradoja. Mientras que desde sus primeras etapas la acumulación ha procedido a nivel global, los estados capitalistas se han desarrollado en base al principio de la jurisdicción territorial. La fragmentación de lo "político" en estados nacionales, que desde sus orígenes constituyen un sistema internacional, se ha desarrollado de manera desigual al lado de la internacionalización del capital. Como aclara Picciotto, la transición de la soberanía personal a una soberanía abstracta de las autoridades públicas sobre un territorio definido fue un elemento clave en el desarrollo del sistema capitalista puesto que proporcionó un marco multifacético que permitió y facilitó la circulación global de mercancías y capitales<sup>47</sup>. Sin embargo la imagen neo-realista de Estados nacionales independientes e igualmente soberanos es una forma fetichizada de las apariencias, puesto que *el* sistema global no está compuesto por un agregado de unidades separadas, sino que mas bien es un sistema único en el que el poder se reparte entre entidades territoriales. Esto es importante puesto que es imposible definir la jurisdicción exclusiva, de manera que en la práctica hay una red de jurisdicciones entrelazadas y traslapadas.

Por lo tanto mientras que el carácter de clase de la forma capitalista de estado se define globalmente, la estabilidad política de un Estado individual se logra en el ámbito nacional -aunque las alianzas y los tratados pueden ampliar las posibilidades de estabilidad. La contradicción central del sistema internacional es, entonces, aquél que existe entre el *carácter*



nacional de los Estados y el carácter global de la acumulación que de aquí en adelante se denomina la contradicción Estado/mercado. Aunque las condiciones de explotación se establecen a nivel nacional, los Estados soberanos, vía el mecanismo de la tasa de cambio, están internacionalmente entrelazados en una jerarquía de sistemas de precios. De la misma manera en que las jurisdicciones trascienden los sistemas legales nacionales, el dinero mundial trasciende las monedas nacionales. Los Estados nacionales, por lo tanto, fundados en base al dominio del dinero y la ley (como fuente de sus ingresos y base de su legitimidad están al mismo tiempo constreñidos por los límites impuestos por la acumulación del capital a nivel mundial. Los Estados nacionales (entendidos como la forma política complementaria y contradictoria de la relación capitalista además de sostener la autoridad del mercado, por medio de la regulación de la ley y del dinero, pueden de manera selectiva intentar reestructurar a los elementos de la organización de las relaciones sociales de producción para incrementar la competitividad nacional. En el capitalismo tardío la capacidad del Estado Nacional para lograr una reestructuración "exitosa" está condicionada por las formas institucionales históricamente desarrolladas de la lucha de clases y por la posición del Estado dentro de la jerarquía interestatal. Además la situación anárquica de la política internacional requiere que los Estados nacionales atiendan asuntos de seguridad con la consecuencia probable de tener que mediar las consecuencias de los problemas del poder, seguridad y defensa<sup>48</sup>. La capacidad de los Estados para incrementar la competitividad y enfrentarse exitosamente a los problemas de seguridad no está predeterminada ni tampoco es simplemente una cuestión de voluntad política. Las contradicciones inherentes a la acumulación de capital se presentan al Estado nacional como disminución de la productividad nacional y crisis financieras. Aunque el Estado nacional no pueda resolver en definitiva estas contradicciones, tal vez puede movilizar los recursos y amoldar las políticas y relaciones económicas internacionales para lograr una posición transitoria más favorable en la jerarquía del sistema interestatal<sup>50</sup>.

Este marco pone de relieve la ingenuidad de muchas discusiones políticas actuales que se centran en el poder declinante de los estados nacionales frente a la internacionalización del capital. En vez de aceptar la separación liberal entre "la política y los mercados" que esta dualidad opositora presupone, yo he sugerido que la contradicción Estado/mercado es

el resultado de la forma histórica del ser del Estado desarrollado en base a las relaciones sociales capitalistas. Los estados nacionales proporcionan el soporte político nacional para la movilidad del capital y ofrecen estructuras institucionales rudimentarias encaminadas a conseguir los derechos de propiedad internacionales como base para continuar la expansión del capital. De manera que los Estados nacionales se teorizan mejor como formas diferenciadas del poder capitalista global. Las contradicciones de las relaciones del capital sin embargo aseguran que lejos de un acomodamiento y un desarrollo parejo, como norma las relaciones interestatales se caracterizan mas bien por el conflicto y la colaboración, en la medida en que los Estados nacionales luchan para mediar las consecuencias de la contradicción Estado/mercado. A la vez que cada Estado nacional está involucrado en una lucha competitiva para lograr el crecimiento económico propio, los intereses generales de los Estados nacionales no se contraponen directamente, y la relación de antagonismo y colaboración se reproduce en el escenario mundial.

La contradicción Estado/mercado por lo tanto enfrenta a los Estados nacionales con el siguiente dilema. La economía mundial está motivada por el credo "Acumulen, acumulen! Este es Moisés y los profetas!"<sup>51</sup>. En respuesta a los economistas vulgares que aseveraban que la sobreproducción capitalista era imposible, Marx claramente explica que el volumen de la masa de mercancías creadas por la producción capitalista está determinado por la escala de la producción y por la necesidad de un crecimiento constante y no por un ámbito predestinado de oferta y demanda, de necesidades a satisfacer<sup>52</sup>. La expansión continua del mercado ha acompañado así al crecimiento de la producción y la realización de plusvalía que depende no sólo de la globalización del comercio sino también de la producción, la exportación de capital, la compra de fuerza de trabajo y la globalización de la propiedad del capital.

Los Estados nacionales a fin de cuentas derivan tanto sus ingresos como su poder del capital. Esto es cierto en sentido abstracto en tanto que el poder del Estado nacional se expresa en el dominio de la ley y el dinero, que son formas fetichizadas del poder del capital; y en sentido concreto en cuanto que sus ingresos se derivan del capital adelantado y de los trabajadores subsiguientemente empleados dentro de los límites de su jurisdicción. Para incrementar su posición competitiva los Estados nacionales (mediante una plétora de leyes, políticas económicas y sociales, coopta-

ción y coacción, etc.) pueden intentar incrementar la eficiencia de los capitales que operan en su territorio y también ofrecer incentivos para la inversión. Sin embargo el éxito de la estrategia para la acumulación de un Estado nacional particular depende del reestablecimiento de las condiciones para la acumulación creciente de capital a escala mundial. El dilema a que se enfrentan los Estados nacionales es que mientras la participación en rondas comerciales multinacionales y cumbres financieras es necesaria para incrementar la acumulación del capital a nivel global, esta participación es también fuente de desventajas que pueden socavar seriamente la estrategia económica de un Estado nacional particular. La historia del sistema internacional de la posguerra es la historia de la puesta en marcha de tal contradicción. Un rasgo importante de la contradicción es su dimensión territorial, la cual asegura un desarrollo desigual y traslada las manifestaciones de la crisis global del capital a Estados nacionales y regiones particulares. La crisis de la relación del capital es al mismo tiempo una crisis del sistema estatal internacional. La crisis, el rasgo endémico de la relación del capital, es por lo tanto menos un resultado del desgaste general de un "régimen de acumulación" particular, y más la consecuencia de que la forma social de la misma producción capitalista conduce a la sobreacumulación, cuyos efectos se resuelven diferenciadamente a nivel mundial. La última sección de este trabajo ilustrará estos comentarios mediante una breve reseña del carácter de la crisis en la época de la posguerra.

### **III. Conclusión: Enfrentando la crisis de posguerra.**

La desorganización de la clase trabajadora en 1945 permitió que la política se canalizara una vez más por medio del Estado nacional. Tal como en las postrimerías de la Gran Guerra, la clase obrera europea renunció a la oportunidad de unidad y lucha contra la forma del Estado, optando mas bien por alienar su poder social y buscar representación política a través del Estado nacional.

La tarea más inmediata a la que se enfrentaban los pueblos de Europa Occidental, devastados por la guerra, era la reconstrucción física. Lograr las metas de la reconstrucción y la expansión del crecimiento económico dependía sin embargo de las sutilezas de la reconstrucción diplomática de un sistema internacional de pagos que facilitaría el comercio internacional

y permitir la importación regular de bienes esenciales y materias primas<sup>54</sup>. El obstáculo principal a la acumulación acelerada en 1945 era el desarrollo desigual del capitalismo a nivel mundial que había producido un gran desequilibrio en la producción y el comercio entre el hemisferio oriental y el occidental, que se manifestaba como la "brecha del dólar". Por consiguiente la estrategia económica de los Estados nacionales europeos giraba en torno a la búsqueda de una solución para las crisis recurrentes de la balanza de pagos que manifestaban el desarrollo desigual. Para estos Estados nacionales europeos giraba en torno a la búsqueda de una solución para las crisis recurrentes de la balanza de pagos que manifestaban el desarrollo desigual. Para estos estados nacionales la necesidad de maximizar la acumulación se traducía en la necesidad de acumular divisas. Gran Bretaña (actuando en representación de los Estados europeos) y los Estados Unidos entraron en negociaciones para reestablecer los circuitos globales de acumulación. Dadas las condiciones de desequilibrio estructural los objetivos multilaterales de los Estados Unidos (la plena convertibilidad monetaria inmediata, el comercio no discriminatorio y la disminución de aranceles) fueron resistidos exitosamente por Gran Bretaña y, al contrario de la percepción popular, *el sistema de Bretton Woods fue efectivamente aplazado hasta 1959*<sup>55</sup>. Los episodios claves de las negociaciones intergubernamentales que caracterizaron la restauración del capitalismo en la posguerra ilustran claramente las contradictorias relaciones de conflicto y colaboración que existen entre los Estados nacionales. La construcción de un mecanismo eficiente para el intercambio internacional era un prerequisite para todas las naciones en 1945. Sin embargo las luchas en torno a la determinación del patrón del comercio y los pagos europeos ilustra el grado de conflicto que existía tanto al interior de Europa como entre los Estados europeos y los EE.UU., en la medida en que cada Estado nacional buscaba una ventaja competitiva en relación a la brecha del dólar.

Durante las últimas etapas de la fase de la reconstrucción, el aumento de salarios y el crecimiento del crédito para el consumo permitieron un desarrollo económico sostenido pero no parejo en Europa occidental. Pero para finales de los 1950 los controles y restricciones de cambios que los Estados nacionales europeos habían implementado para conseguir divisas después de la guerra, constituían un obstáculo para un mayor crecimiento. Los controles se percibían entonces como redundantes y la consiguiente

liberalización del comercio y los pagos llevó a la intensificación de las presiones competitivas en los mercados mundiales que culminó, a finales de 1960 en la sobreacumulación de capital y la sobreproducción de mercancías. Como alega convincentemente Clarke, el error fundamental del keynesianismo es la creencia de que la sobreacumulación y el subconsumo son las dos caras de una misma moneda, y que la expansión del mercado resolverá la crisis de acumulación<sup>56</sup>. Pero una vez que ubicamos la fuente de la crisis en la forma social de la producción capitalista misma (en el desarrollo desigual de las fuerzas productivas al interior de ramas productivas), resulta claro que ni el crecimiento del mercado ni la expansión del crédito puede "resolver" la crisis capitalista. Aunque el crédito temporalmente libera al capital de los límites de la restricción monetaria, simultáneamente alivia la presión para que los capitales atrasados se reestructuren, creciendo así la posibilidad de crisis aun más devastadoras en el futuro.

Ya en 1970 resultaba claro que muchos Estados nacionales europeos habían fracasado en desarrollar estrategias de acumulación capaces de lograr un crecimiento sostenido. En Gran Bretaña, por ejemplo, la liberalización del comercio y de la convertibilidad de la libra puso fin a la relativamente ineficiente producción nacional de bienes destinados para los mercados seguros de la Comunidad británica. A pesar de los intentos del Estado británico para devaluar el costo de la fuerza de trabajo mediante la reestructuración de las organizaciones de los trabajadores, no fue capaz de lograr una reconstrucción radical de las estructuras institucionales que determinan la competitividad. En contraste, liberado de la necesidad de mantener un gasto militar alto con respecto al PNB, y sin ningún límite legal a la jornada laboral, *el Estado japonés*, implementando innovaciones en los procesos productivos, logró una reconstrucción dramática<sup>57</sup>. A la vez que aumentaba la penetración de mercados anteriormente protegidos, por los capitales avanzados de Alemania y Japón, se evidenciaba la fragilidad del standard de intercambio oro-dólar de Bretton Woods. Tan temprano como 1950, los Estados Unidos había empezado a registrar déficits en la balanza de pagos. Entre 1930 y 1964 la cuenta externa del gobierno registraba un déficit acumulado de \$35 mil millones de dólares resultado de la ayuda militar y gastos de defensa en el extranjero (sin incluir el costo presupuestario directo de la guerra de Korea)<sup>58</sup>. Tambaleando por las luchas sociales y los gastos generados por la guerra de Vietnam,

Estados Unidos condujo el sistema financiero internacional al borde de la crisis a principios de 1970, incapaz de devaluar y con problemas de liquidez que estimulaban una especulación intensa en contra del dólar. Aunque Alemania y Japón apreciaban los efectos de un dólar sobrevaluado para sus propias exportaciones, la estabilización del sistema financiero mundial exigía la introducción de un sistema de cambios flotantes (enmendado en 1978 para permitir mayor diversidad para los miembros del FMI en los acuerdos sobre cambios). La crisis de Bretton Woods se interpreta generalmente en términos técnicos como una crisis de "liquidez"; "ajuste"; "seigniorage"; y/o una ilustración de la "ley de Gresham"<sup>59</sup>. Estas explicaciones revelan las manifestaciones superficiales de la crisis pero esconden sus raíces. Para encontrar a éstas tenemos que centrarnos en la producción, y en particular en como la contradicción Estado/mercado trasladó la crisis de sobreacumulación a América mientras un proceso de trabajo más efectivo se desarrolló en la cuenca del Pacífico. La prueba de esta visión se deriva de la balanza de pagos de EE.UU. que muestra que en abril de 1971 su balanza comercial fue deficitaria por primera vez en este siglo<sup>60</sup>. En 1950 la producción de acero bruto de Japón era sólo 5.8% de la producción estadounidense, pero en 1980 había rebasado a EE.UU. En este rubro y en 1988 lo superó en la producción de automóviles para pasajeros. De igual manera, mientras el período 1981-1988 vio a Reagan intentar sin éxito levantar la economía estadounidense pidiendo prestado más de \$531 mil millones de dólares, Japón llegó a ser el principal país acreedor del mundo, sus activos netos de \$11.5 mil millones en 1980, aumentaron a \$291.7 mil millones en 1988<sup>61</sup>.

El éxito de los capitales localizados en y operando desde Japón ilustra que aun cuando los Estados nacionales experimentan la crisis de manera más aguda en las esferas fiscales y financieras, el origen de la crisis se localiza en el proceso productivo reflejando el desarrollo desigual. De la misma manera en que el crédito interno temporalmente apuntala los capitales ineficientes, el crédito internacional es una opción para los Estados nacionales que están luchando para generar la estructura institucional que incrementaría la eficiencia de los "productos nacionales" y la atracción de su territorio para inversiones. La lección trágica de la crisis de la deuda latinoamericana es que ésta opción arriesga una crisis mayor de sobreacumulación con consecuencias aun más profundas<sup>62</sup>.

La causa de la crisis contemporánea se atribuye a menudo al proceso

vertiginoso de la internacionalización del capital (particularmente del capital financiero) que reduce el "poder" de los Estados Nacionales<sup>63</sup>. Una vez que se revela la "relación interna" entre las esferas aparentemente separadas de lo "político" y lo "económico", una ilusión institucional que desmiente su unidad como formas diferentes del poder capitalista, el error en este análisis de las crisis se vuelve demasiado evidente. La reproducción exitosa de la acumulación dentro de las fronteras nacionales se basa en la reproducción de la acumulación a escala global. Mientras que la integración de los circuitos globales de la acumulación siempre depende de la subordinación de la clase trabajadora y la contención de la militancia, establece el contexto de las luchas competitivas entre los Estados nacionales compitiendo para minimizar las consecuencias de la sobreacumulación global. Para los Estados nacionales capaces de reconstituir las estructuras internacionales que incrementan la competitividad, la internacionalización del capital presenta una oportunidad para levantar temporalmente las barreras al crecimiento económico y penetrar en los mercados mundiales. El surgimiento de la crisis, entonces, no es el resultado del proceso de internacionalización en sí, sino más bien es consecuencia del intento por parte del capital de vencer su contradicción inherente, y por lo tanto provocando la sobreacumulación a escala global. La crisis global es consiguientemente experimentada por los Estados capitalistas en una forma nacional. Esta contradicción, aunque se encuentra mediada por los Estados nacionales a través de rondas multilaterales, cumbres financieras y formas limitadas de regionalismo, no puede ser resuelta dentro del marco de las relaciones sociales capitalistas puesto que es una expresión de la forma social de esas relaciones.

*La lucha de los Estados nacionales* en la economía global no es una lucha de la "Francia socialdemócrata" frente a la "Gran Bretaña monetarista" sino una de *hermanos políticos en guerra compitiendo para evitar que las consecuencias de la crisis de sobreacumulación irrumpen en su territorio gracias al desarrollo desigual*. Mientras que la política esté orquestada por, y vía la forma del sistema internacional de Estados el poder del capital está seguro. La lección teórica de ésta ponencia es que los Estados, nacionales son una forma diferenciada del poder capitalista -una forma complementaria y contradictoria de la relación capitalista. Las luchas sociales que condujeron al establecimiento de la propiedad privada, en base al cual se logró la separación formal Estado/sociedad civil, contienen una

lección práctica actual que la clase obrera todavía no realiza.

**Notas:**

1. Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society* (London Weidenfeld and Nicholson, 1969) pp. 3-4. Desde luego que la naturaleza del Estado había sido ampliamente discutida a principios del siglo. Ver V.I. Lenin, *The State and Revolution* (Moscow: Progress, 1917); William Paul, *The State, Its Origin and Function* (Socialist Labour Press, sin fecha pero es 1916); Daniel De Leon, *Reform and Revolution* (SLP, 1896); Peter Kropotkin, *The Conquest of Bread* (Montreal: Black Rose, 1906); Robert Hunter, *Bolshevism and the Labour Movement* (London: Routledge, 1918). Sin embargo desde principios de los 1930 el análisis serio casi se desvaneció bajo las influencias gemelas de la teoría stalinista del capitalismo monopolista de Estado y las posiciones pluralistas socialdemócratas occidentales.

2. Claudia von Braunmühl, "On the Analysis of the Bourgeois Nation State within the World Market Context" en John Holloway y Sol Picciotto (editores), *State and Capital* (London: Edward Arnold, 1978) pp. 160-177; Colin Barker, "A Note on the Theory of Capitalist States Capital and Class, 4, 1978 (reproducido en Simon Clarke (ed.) *The State Debate* (London: Macmillan, 1991) pp. 204-213).

3. Bob Jessop, *State Theory* (Oxford: Basil Blackwell, 1990) p. 344.

4. Karl Marx, *The Grundrisse* (Harmondsworth: Penguin, 1973 traducido por Martin Nicolaus, org. 1857) p. 100.

5. La defensa más elocuente de esta posición es todavía la de Nicol Bukharin, *Imperialism and World Economy* (Original 1917, London: Merlin, 1972), Bukharin, desde luego, reconoció que las "economías nacionales" ya no existen. Sin embargo presenta un recuento agregado de la economía mundial en donde se refiere simplemente a los "trust capitalistas de Estado" de los grupos burgueses nacionales. Esta identificación simplista entre Estado y capital es tanto históricamente incorrecto como teóricamente vacío. El objetivo mismo de la teoría del Estado es el de explicar por qué y cómo están relacionados el Estado y el capital. Bukharin parte de una afirmación que en si mismo debe de ser el objeto de un análisis crítico.

6. Braunmühl, "On the Analysis of the Bourgeois", p. 162.

7. Barker, "A Note...", p. 207.

8. La primera versión es pluralista porque ubica la naturaleza capitalista del Estado en términos de la articulación de intereses en vez de en términos de las relaciones sociales de producción. La segunda es funcionalista porque supone que el "capital" tiene necesidades a priori que son satisfechas por el Estado. Las concepciones que plantean la "autonomía relativa" del Estado son igualmente insatisfactorias puesto que tienden a la tautología. Martin Carnoy, *The State and Political Theory* (Princeton Univ. Press, 1984), proporciona una buena síntesis de los debates marxistas, al igual que Jessop, *State Theory*. Para críticas seminales ver Simon Clarke, "Marxism, Sociology and Poulantzas "Theory of the State", *Capital and Class* 2, 1977; y John Holloway y Sol Picciotto,



"Crisis and the State", *Capital and Class*, 2, 1977. Ambos están reproducidos en Clark (ed) *The State Debate*.

9. Esta es la sorprendente solución recientemente ofrecida por Miliband, "El Estado" en Tom Bottomore et al (eds) *A Dictionary of Marxist Thought* (Oxford: Blackwell, 1991) 2ª edición p. 521.

10. Karl Marx, *Capital Vol. 3* (Londosn: Penguin, 1981) p. 956. Un buen ejemplo de las "inconsistencias, verdades a medias y contradicciones no resueltas" de la ciencia política ortodoxa se encuentra en los trabajos de Robert Gilpin, guru de la economía política internacional realista. Al discutir la economía política contemporánea, Gilpin escribe, "la relación histórica entre el Estado y el mercado es tema de intensos debates entre los eruditos... pero la solución del debate no es un tema relevante para este libro. El Estado y el mercado fueran lo que fueran sus orígenes respectivos, sus existencias son independientes, cada uno tiene su propia lógica y se interactúan " (*The Political Economy of International Relations*. Princeton : Princeton Univ. Press, 1987 p. 10 nota 1).

11) Simon Clarke, *Keynesianismo, Monetarismo and the Crisis of the State* (Aldershot: Edward, 1988) proporciona una reseña confiable de estos primeros escritos de Marx a la cual me referiré. Ver también la útil discusión por Anne Showstack Sassoon "Civil Society" en Tom Bottomore et al (eds) *A Dictionary*. Las citas de Marx están tomadas de Karl Marx y Fredrick Engels, *Collected Works, Volume Three* (London: Lawrence and Wishart, 1975) ; y *Volume Five* (London: Lawrence and Wishart 1976).

12. Para una exposición excelente de este método, en la que se basa el planteamiento siguiente ver Roman Rosdolsky, *The Making of Marx's Capital Vol. I* (London: Pluto, 1977; y Patrickk Murray, *Marx's Theory of Scientific Knowledge* (London: Humanities Press, 1988).

13. The Grundrisse, borrador de septiembre de 1857, Introducción previa al "Rough Outline" p. 100 ff.

14. Rosdolsky, *The Making*, p. 26.

15. Marx, *The Grundrisse*, p. 101.

16. Murray, *Marx's Theory*, p. 115.

17. Marx, *The Grundrisse*, p. 88.

18. Murray, *Marx's Theory*, p. 122.

19. Un buen ejemplo de esta confusión se encuentra en el debate entre Wallerstein y Skocpol sobre la relación del "Estado" con el desarrollo del capitalismo. Ninguno de los dos ha comprendido que sólo se puede entender la forma del Estado capitalista en base al ascenso a partir de la abstracción general del "ser" del Estado. Al plantear la pregunta de que si los "Estados" son anteriores o posteriores al capitalismo ya caen en el error de confundir los niveles del análisis, asegurando así conclusiones erróneas. Theda Skocpol, *States and Social Revolutions* (Cambridge: Cambridge Univ Press, 1979); Immanuel Wallerstein, *The Politics of the World-Economy* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1984).

20. Bob Jessop, *State Theory*, p. 344, desarrolla este concepto pero alega que se refiere a una división del trabajo institucionalizada. Esto parece estar demasiado cerca de la

particularización de la forma capitalista del Estado para poder servir como una abstracción general.

21. Max Weber, "Politics as a Vocation" (1918), p. 78, en Hans Gerth y C. W. Mills (eds) *From Max Weber* (London: Routledge, 1964). Una exposición muy útil del Estado como "el sometimiento políticamente organizado" se encuentra en Philip Abrams, "Notes on the difficulty of Studying the State", (ponencia, Conferencia BSA); y Phillips Corrigan Derek Sayer, *The Great Arch* (Oxford: Blackwell, 1985).

22. Karl Marx, "The German Ideology", (*Collected Works*, vol. 5, p. 37).

23. Marx, *Volume Three*, p. 3.

24. Karl Marx, *Capital Volume 1* (London: Penguin, 1976) p. 170.

25. Marx, *Volume Three*, p. 32.

26. Marx, *Volume Three*, p. 72.

27. Marx, *Volume Three*, p. 73.

28. Marx, *Volume Three*, p. 72.

31. Marx, *Volume Three*, p. 167.

32. Simon Clarke, *Keynesianismo*, pp. 127-8.

33. Marx, "Critical Marginal Notes on the Article by a Prussian" en *Volume Three*, p. 198.

34. *Ibid.*

35. Marx, *The German Ideology*, en *Volume Five*, pp. 46-47.

36. Holloway y Picciotto, "Capital, Crisis..." p. 112.

37. Ver el excelente estudio de Geoffrey Kay y James Motti, *Political Order and the Law of Labor* (London: Macmillan, 1982) pp. 80-84.

38. Kay y Mott, *Political Order*, pp. 82-83.

39. Karl Marx, *Capital Volume 1*, p. 280.

40. Kay y Mott, *Political Order*, p. 83.

41. Murray enfatiza esto eficazmente, *Marx's Theory*, p. 32.

42. Este punto está bien establecido por Clarke, *Keynesianismo*, p. 127.

43. Marx, "Economic and Philosophical Manuscripts of 1844" en *Volume Three* p. 325; y "On the Jewish Question" en *Volume Three* p. 167).

44. Ver el debate entre Chris Harman, Alex Callinicos y Nigel Harris, resumido en Alex Callinicos, "Capitalismo and the estate system: a reply to Nigel Harris" en *International Socialism*, 54, primavera 1992.

45. Sol Picciotto, "The Internationalization of Capital and the International State System" en Simon Clarke (ed), *The State Debate*, p. 217.

46. Un punto bien establecido por John Holloway, "The Reform of the State", en *Perfiles Latinoamericanos*, N° 1, FLACSO, México, julio 1992.

47. Sol Picciotto, "Internationalization", p. 217.

48. Para un recuento de estos problemas ver Barry Buzan, *People, States and Fear* (London: Harvester, 1991) 2ª ed.

48. Para un recuento de estos problemas ver Barry Buzan, *People, States and Fear*

## EL SISTEMA DEL ESTADO INTERNACIONAL Y LA CRISIS GLOBAL

(London: Harvester, 1991) 2ª ed.

49. La contradicción principal es la tendencia a desarrollar las fuerzas productivas sin límite, frente a la necesidad de mantener el desarrollo de estas fuerzas dentro de los límites de la rentabilidad.

50. Ver Peter Hall, *Governing the Economy* (Oxford: Blackwell, 1986) para un análisis útil de las estructuras que afectan a la competitividad específicamente, la organización de la mano de obra; la organización del capital; la organización del Estado; la ubicación de la nación dentro de la economía internacional; y la organización de su sistema político.

51. Karl Marx, *Capital* Vol 1, p. 724.

52. Karl Marx, *Capital* Vol 2, p. 156.

53. Simon Clarke, "Overaccumulation, Class Struggle and Regulation", en Werner Bonefeld y John Holloway (eds), *Post Fordism and Social Form* (London: Macmillan, 1991).

54. Para detalles ver, Peter Burnham, *The Political Economy of Postwar Reconstruction* (London: Macmillan, 1990).

55. Para un análisis de la resistencia británica frente a los objetivos estadounidenses ver, Peter Burnham, "Re-evaluating the Washington Loan Agreement: a revisionist view of the limits of postwar American power", *Review of International Studies*, 18, 3, julio 1992).

56. Simon Clarke, "Over accumulation", p. 125; y *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State* (Aldershot: Edward Elgar, 1988).

Ver Koji Morioka, "Japan" en Tom Bottomore y Robert Brym, *The Capitalist Class: An International Study* (London) Harvester, 1989).

58. Peter Burnham, "Imperialism and Post-revisionism: reassessing the role of the United States in the international political economy 1900-1960" *CSE Conference Papers*, julio 1991.

59. Para un buen ejemplo ver Keith Pilbeam, *International Finance* (London: Macmillan, 1992).

60. United States Department of Commerce, *Survey of Current Business*, 1975.

61. Emma Rothschild, "The Real Reagan Economy" *New York Review of Books*, 30 de junio 1988; Miychel Shinchara, "Japan as a World Economic Power", *The Annals*, enero 1991.

62. Consecuencias, que como destaca Cleaver, están cargadas sobre la clase trabajadora y que son productos de la lucha de clases a nivel global. Harry Cleaver, "Close the IMF, abolish debt and end development: a class analysis of the international debt crisis", *Capital and Class*, 39, 1989.

63. Ver por ejemplo el número especial de *Capital and Class*, 43, 1991, donde continúa el debate entre Robin Murray y Bill Warren; ver Hugo Radice (ed), *International Firms and Modern Imperialism* (London: Penguin, 1975).



# **INTERPRETACIONES DE LA INTERRELACIÓN ENTRE CAPITAL, ESTADO Y MERCADO MUNDIAL DESDE LA TEORÍA DE LA REGULACIÓN**

Joachim Hirsch

## **I. El concepto de la teoría de la regulación.**

La crisis capitalista global de los años 70 y 80 cuestionó las explicaciones que ofrecen las teorías existentes acerca del mercado mundial y el desarrollo.

Frente a la reestructuración de las relaciones de dependencia y dominación a nivel internacional, y más aún frente al desarrollo desigual del centro y la periferia (el fin de la hegemonía de EE.UU., el surgimiento de los "newly industrializing countries"), aumentaron las dudas en cuanto a la validez no sólo de la Teoría de la Modernización sino también en la Teoría de la Dependencia en sus diversas variables. Estos conceptos tienen su fundamento en la suposición de un Sistema Económico Mundial homogéneo en espacios y tiempos, regulado por leyes universales, lo cual hoy día no se puede sostener, es un hecho que el capitalismo global, a través de la historia, se transformó y adquirió muy distintas formas, las relaciones de dependencia y dominación a nivel internacional se modificaron, se redistribuyeron, y la relación entre el mercado mundial y las economías nacionales es más compleja de lo que se había pensado. Es obvio que para explicar el desarrollo actual no es suficiente una teoría de leyes económicas capitalistas lineales y sus correspondientes interpretaciones funcionalistas (Lipietz 1987, Marmora/Messner 1989, 1991).

El surgimiento de la "Teoría de la Regulación" (Aglietta 1976, Boyer 1986, Lipietz 1985, 1987) es una reacción a esta experiencia de crisis. Esta teoría pone énfasis en la discontinuidad del desarrollo capitalista, y en la necesidad de investigar las condiciones bajo las cuales se vienen dando formas históricas del capitalismo muy distintas en tiempos y espacios, y los procesos de crisis específicos correspondientes. Se basa en la hipótesis, de que cada una de esas formaciones se caracteriza por una

compleja interrelación entre un "Régimen de Accumulación" y un "Modo de Regulación", los cuales contienen diferentes (sus particulares) formas históricas de reproducción de capital, de relaciones de clases, de procesos políticos y sociales, y de crisis.

El marco teórico de la Teoría de la Regulación no se puede presentar aquí detalladamente. Sólo voy a hacer un boceto de los conceptos e hipótesis más importantes.

Lipietz llama "*Régimen de Accumulación*" (Akkumulationsregime) al modo de distribución sistemática y de locación real del producto social, que provoca a través de un período largo una cierta relación entre cambios en las condiciones de producción (el volumen del capital invertido, la distribución entre ramas y nivel de producción) y cambios en las condiciones del consumo (normas de consumo de los trabajadores y otras clases sociales, gastos colectivos, etc.). (Lipietz 1985, 120).

Como "*Modo de Regulación*" (Regulationsweise) define "la totalidad de formas, redes y normas institucionalizadas, implícitas y explícitas, las cuales aseguran la compatibilidad de actitudes dentro de un régimen de acumulación, tanto en lo que corresponde a las condiciones de la sociedad, como en lo que rebasa sus características conflictivas" (Lipietz 1985, 121). El *estado* es el centro de la regulación, porque en él se concentran institucionalmente las relaciones sociales y de clases, se mediatizan y estabilizan los conflictos sociales. Sin embargo no es un actor independiente, sino un campo en el cual se materializan institucionalmente las relaciones de clase (Poulantzas, 1978). La estructura concreta del estado y su funcionamiento es parte de cada modo de acumulación y regulación específico y cambia con ellos.

La Teoría de la Regulación hace la pregunta, cómo puede sobrevivir una sociedad de clases, una sociedad capitalista, basada en la producción privada y en el intercambio de mercancías, o sea, cómo puede reproducirse a pesar de los antagonismos y conflictos estructurales que contiene. Esto no se puede explicar cabalmente con el actuar de mecanismos económicos mudos, como de la Ley del Valor, que conforma el centro del análisis de Marx. Cada sociedad capitalista requiere un sistema social normativo e institucionalizado, que pueda coordinar las estrategias y acciones contradictorias de los diversos individuos, sectores y clases, de tal forma, que se garanticen las condiciones de acumulación del capital. Esta forma institucionalizada de regulación no nace de las condiciones económicas

del proceso de reproducción de capital (Kapitalverwertungsprozess), sino es resultado de los movimientos sociales, de las luchas y conflictos de clase, y las estructuras sociales y los valores que en consecuencia han surgido de ellos. La estabilidad de una formación capitalista histórica requiere de la formación de un modo de acumulación y regulación, que se correspondan y se estabilicen mutuamente. Los modos de acumulación y regulación sin embargo no están en una relación de correspondencia funcional, sino en una relación de articulación, es decir su formación tiene sus propias condiciones y leyes. Entonces, no existe una lógica universal del desarrollo capitalista, no se puede entender la totalidad de la sociedad capitalista como el simple desarrollo de una "estructura base". El nacimiento de formaciones capitalistas relativamente estables más bien, es una "cuestión de hallazgo" (Lipietz). Según las diversas dinámicas sociales y de clases, las diversas relaciones de fuerzas sociales, las sociedades capitalistas tienen muy distintos (tanto en tiempo y espacio) modos de acumulación y regulación.

La Teoría de la Regulación pregunta entonces por las condiciones de estabilidad relativa de un orden social, el cual por razones estructurales debería de estar inestable y sujeto a crisis. Regímenes de Acumulación y Modos de Regulación tienen sus dinámicas específicas (propias), que no se corresponden funcionalmente, lo que significa que la estabilidad de las sociedades capitalistas es relativa y limitada. Las crisis "seculares" de formaciones capitalistas históricas son una desarticulación de los modos de acumulación y regulación, lo cual significa que la reproducción de capital (Kapitalverwertung) ya no es posible bajo las condiciones económicas, técnicas y político-sociales existentes. La solución de estas grandes crisis consiste en una reorganización, provocado por las luchas sociales y políticas. Eso significa que *ni la continuación ni la derrota del capitalismo es predecible (pueden ser anticipados) estructuralmente*. A raíz de sus condiciones específicas de acumulación y regulación, cada formación histórica tiene sus formas específicas de crisis.

El concepto de la Teoría de la Regulación contiene un entendimiento específico de la Teoría de Marx: No existe una "lógica" lineal del capital, ni un efecto "puro" de la Ley del Valor. Estos han sido siempre modificados y formados políticamente, a través de la actuación, dentro de las normas institucionales, de actores conflictivos.

Por lo mismo es erróneo, querer describir el proceso capitalista a

través de categorías universales y abstractas como es el valor, el dinero, ó la lucha de clases. La sociedad capitalista contiene leyes estructurales, pero estas se expresan siempre en formas históricas concretas, influidos por el conjunto de fuerzas sociales, constelaciones institucionales, condiciones culturales y las intenciones estratégicas y políticas de los actores sociales. Este conocimiento se concretiza en un modelo de sociedad más desarrollado y diferenciado a diferencia de los modelos tradicionales, esquemáticos, de base-supraestructura. La Teoría de la Regulación pone énfasis en la importancia de la política para el desarrollo de las sociedades capitalistas. Las estructuras económicas son factores determinantes, pero al mismo tiempo son objeto modificable de luchas sociales, lo que no se puede explicar suficientemente con categorías estructurales.

## **II. Regulación nacional e internacional.**

Hasta la fecha no existe una teoría de regulación acabada del sistema capitalista internacional y de su desarrollo. Aquí intento esbozar los elementos de una concepción de este tipo, que están contenidos en la Teoría de la Regulación y aparte en algunos análisis de países. Me abstengo en este momento de una crítica profunda de la teoría en sí. (véase Jessop 1990, Hirsch 1990, Robles 1991). Desde la visión de la Teoría de la Regulación el sistema capitalista global se comprende como un conjunto complejo de sistemas nacionales de reproducción con sus correspondientes modos de acumulación y regulación. Las formaciones nacionales son punto de partida importantes para el análisis del sistema mundial. Porque en su estructura institucional las relaciones entre individuos y clases van tomando tal forma, que posibilita un equilibrio de compromisos sociales y estructuras de decisión política, sin las cuales la reproducción de capital y de la relación de clases no sería posible y duradero. Con este énfasis en las formaciones nacionales y en lo político, la Teoría de la Regulación se encuentra en clara oposición a la Teoría del Sistema Mundial p. ej. (véase Wallerstein 1979): un importante impulso para la transformación de relaciones internacionales y el mercado mundial viene de los procesos de desarrollo y crisis de las formaciones nacionales (Mistral 1886, 170 pp.). A la vez, la estabilidad en las economías nacionales depende de una eficiente combinación de los modos de acumulación y regulación con la estructura del mercado mundial, para hacer factibles la acumulación de capital y



el crecimiento económico. A nivel internacional tenemos que partir entonces, de una doble interdependencia: la compatibilidad entre las formas de acumulación y regulación que, posibilita el modelo de desarrollo nacional y, que requieren estar en armonía con la "división internacional de trabajo", la cual a su vez está determinada por el desarrollo de los sistemas nacionales de reproducción. Esta ligazón, es decir la interdependencia entre regulación nacional e internacional, depende de procesos sociales y conflictos a nivel nacional, los cuales a su vez no son ajenos a la constelación política y económica internacional. Entonces, el capitalismo global se tiene que entender como una relación de procesos en diferentes niveles y de diferentes actores (estado nacionales, empresas, organismos e instituciones nacionales e internacionales, etc.) (Lipietz 1987, 25). El sistema capitalismo mundial significa una vinculación compleja de formas de acumulación y de regulación nacionales, quienes sí contienen márgenes estratégicos para desarrollos nacionales. (Mistral 1986, 172 ff.). "A field of possible positions, in other words a range of mutually compatible national regimes does exist, but position within it are not allocated in advance. The ruling classes of various countries can refer to a number of "models"... social alliances within the dominated countries develop strategies which may, depending on the state of the international class struggle, lead to either dependency or autonomy". (Lipietz 1987, 24). En contraposición a las teorías tradicionales del Imperialismo, del Sistema Mundial, o de la Dependencia, la Teoría de la Regulación concibe el sistema capitalista global no como un modelo jerárquico lineal y, temporal y localmente homogéneo, no como un modelo de centro/periferia, sino más bien como una red variable (tejido). Los movimientos de capital a nivel internacional siempre son modificados por las formaciones nacionales y sus respectivos regímenes de acumulación y modos de regulación, y por las relaciones de fuerzas sociales y políticas que estos implican. Eso nos explica la derrota de las metrópolis dominantes, así como la recuperación de países de la periferia como los "newly industrializing countries".

Por supuesto existen fuertes desigualdades, relaciones de dominación y de dependencia, en el sistema capitalista internacional. A través de la historia aquellos países lograron ser dominantes, pudieron crear formas de acumulación y regulación coherentes y pudieron engranarlas internacionalmente de tal manera que les permitió imponer a nivel regional sus propias normas de producción, de tecnología, de división del tra-

bajo y de consumo. De esta manera lograron utilizar el potencial económico de los otros países para su propia expansión. (Véase el análisis de Aglietta acerca de la hegemonía de EE.UU. durante el fordismo. Aglietta 1976).

El poder militar, la extensión territorial y la riqueza en recursos, no son las únicas determinantes para la dominación internacional. La extensión del mercado nacional es una condición importante para llegar a un poder internacional, así como el potencial militar, pero son decisivas las *condiciones políticas* internas, la constelación de fuerzas. Ellos son la base para un modelo de acumulación y regulación expansivo. Gran importancia tiene el *sistema político y la organización del estado*, es decir, la institucionalización de las relaciones de clase, la regulación y mediatización económico-social. El predominio internacional de un modelo nacional de desarrollo, produce dependencias, no sólo económicas sino también políticas y culturales, y expone a los demás países a una fuerte presión de competencia y asimilación. Por otro lado, se puede decir, que la dependencia económica es una incoherencia entre el modo interno de acumulación y regulación, su relación con las estructuras del mercado mundial, y los tipos de división de trabajo y reproducción de capital que rigen en él. Dependencias internacionales y relaciones de competencia están determinadas en gran medida por las estructuras políticas internas y la relación de fuerzas sociales en cada país. Las formas que adquieren históricamente, dependen del modelo global dominante de acumulación y regulación y varían con ello. (Véase por ejemplo la transición del colonialismo clásico al neocolonialismo en el curso del triunfo del fordismo después de la Segunda Guerra Mundial).

El sistema capitalista internacional está determinado por la competencia de estados nacionales, y por lo tanto carece de la coherencia relativa que tiene un modo de acumulación y regulación nacional. La coherencia del mercado mundial "is simply the effect of the interaction between several relatively autonomous processes, of the posvisional stabilized complementarity and antagonism that exists between various national regimes of accumulation". (Lipietz 1987, 25). Por eso, el mercado mundial (dividido en *mecanismos de regulación interestatales y supraestatales*, para garantizar un flujo de mercancías, capital y dinero relativamente estable. (Mistral 1986, 181 pp.).

También a nivel internacional se tiene que regular la acumulación del capital en cierta manera políticamente, lo que se da concretamente a

través de la cooperación entre gobiernos nacionales y bancos centrales, organismos internacionales (como el FMI, el Banco Mundial, el GATT, la OPEP, G7, G10, etc.), las empresas nacionales y transnacionales, sindicatos y otros grupos en el marco del "régimen internacional". (Véase Krasner 1982, Keohane 1982, Strange 1982, Robles 1991). Las instancias nacionales para la regulación de los procesos de acumulación a su vez procuran limitar la coherencia e influencia de estos regímenes internacionales. Ellos están fragmentados e incompletos (Robles 1991). Su forma concreta, como por ejemplo las instituciones del *Sistema Bretton-Woods*, que definen ciertas reglamentaciones e instrumentos, depende de la forma del modelo vigente de acumulación y regulación a nivel internacional, y se modifica con ello.

Desigualdad, dependencia y competencia internacional son la causa de que los regímenes de regulación internacionales solamente se puedan mantener estables por un tiempo largo, cuando un poder hegemónico los garantiza, así como Gran Bretaña a inicios del siglo o EE.UU. en la fase de del fordismo. Para que una economía nacional pueda llevar la hegemonía a nivel internacional, no es suficiente que imponga su propio modelo de desarrollo, y que éste predomine en las relaciones regulativas internacionales, sino también tiene que estar en la posición de mantenerlos con sus recursos y capacidades. Esto significa también, renunciar a ventajas inmediatas y a corto plazo, para garantizar a largo plazo la estabilidad de las relaciones mercantiles internacionales dominadas. Para garantizar la estabilidad de los modos internacionales de acumulación y regulación, no es suficiente el poder económico y militar. Estos dependen en primer lugar de la institucionalización de estructuras mediatizadoras (de compromiso), las cuales permiten también a países dependientes y subordinados un margen de desarrollo y crecimiento. (Mistral 1986, 180). No se puede excluir de antemano, si eso sería posible en un sistema capitalista mundial multipolar, con más de un centro, pero es poco probable. (Véase Lipietz 1987, 27). Una condición para eso sería un fortalecimiento de las instituciones regulativas internacionales, y la disposición de los centros de dominación para mantenerlas y sostenerlas, casi como un tipo de "hegemonía cooperativa".

Esta concepción de la estructura y dinámica del sistema capitalista internacional tiene importantes consecuencias para los términos "desarrollo" y "dependencia": éstos no se definen estructuralmente fijos y determinados, sino se expresan dentro de esa compleja red de condiciones de

acumulación y regulación, las cuales permiten suficiente margen para el desarrollo de estrategias nacionales para relacionarse al mercado. Estas estrategias nacionales están limitadas por las estructuras existentes del capitalismo global, pero no están del todo determinadas. La posición de un país dentro del sistema mundial está definida en gran medida por los conflictos y procesos políticos a nivel nacional, por la forma de su regulación dentro del sistema político nacional. Dependencia y "subdesarrollo" se explican fuertemente por factores político-culturales, aunque sí hay que tomar en cuenta, que la dependencia e intervención externa a su vez destruye las formaciones nacionales.

Y finalmente, la concepción de la Teoría de Regulación del sistema capitalista mundial tiene importantes consecuencias para las teorías de la crisis. Las crisis seculares del sistema capitalista mundial -grandes crisis mundiales- se provocan por alteraciones, que se dan dentro de los sistemas nacionales e internacionales de acumulación y regulación, y que se condicionan y se intensifican mutuamente. Se deben a los procesos político-sociales inherentes a estos sistemas. Tenemos que distinguir estas grandes crisis de simples crisis de capacidad de competir (crisis de competencia), que puedan afectar a los capitalismo nacionales y exigirles ciertas medidas de adaptación. (Mistral 1986, 197). La crisis de una formación nacional se puede entender como un choque entre el proceso de acumulación, con su régimen de acumulación correspondiente (cambio en la composición del capital, en la estructura de los sectores industriales, límites en la racionalización etc.) por un lado, y las condiciones de regulación, con sus procesos político-sociales y compromisos de clases, por otro lado, y cuando a raíz de este choque el proceso de reproducción de capital empieza a retardarse. Entre más se universaliza un modelo de acumulación y regulación bajo la hegemonía de un país dominante, más generalizada se van a expresar las tendencias de crisis interna que lleva ese modelo. Un sistema de regulación internacional también contiene sus propios momentos de inestabilidad: La posición de poder de una hegemonía se puede socavar por la aparición de fuertes competidores. Estos por lo general tienen éxito, no porque copien el modelo dominante, sino porque sus estructuras político-sociales internas les permiten desarrollar alternativas más eficientes (por ejemplo el modelo japonés o alemán en competencia con el fordismo estadounidense). Así que la derrota de posiciones hegemónicas tiene su raíz tanto en factores externos como internos. La desestabiliza-

ción de la regulación que provoca, tiene sus efectos, variables según su estructura interna, sobre las economías nacionales. La "crisis de una formación histórica global del capitalismo", como la del fordismo en los años 70 y 80, se interpreta entonces como una coincidencia de desajustes internos y externos de los modos de acumulación y regulación, condicionándose y reforzándose mutuamente. La consecuencia no sólo es un estancamiento en la acumulación de capital, disparidades y conflictos económicos internacionales, sino también una crisis de las instituciones nacionales e internacionales. Una "solución" de estas crisis seculares requiere no sólo la reorganización de los modos de acumulación y regulación a nivel nacional, sino que ésta misma depende de la restauración de la regulación internacional, o sea, de la restauración de un nuevo poder hegemónico.

### **III. Los cambios en el sistema capitalista mundial desde los años 70.**

La Teoría de la Regulación nos permite ver la crisis actual del sistema capitalista mundial desde un ángulo un poco distinto. Es importante investigar las relaciones entre la crisis secular del fordismo en los centros, con sus consecuencias, especialmente la caída de la hegemonía estadounidense, la derrota de la regulación monetaria y crediticia internacional, las políticas frente a la crisis de los estados capitalistas desarrollados y las estrategias de los países de periferia para adaptarse a las nuevas condiciones del mercado mundial. Se trata de investigar la interrelación (interdependencia) entre los desajustes de los modos de acumulación y regulación a nivel nacional, y los cambios en las condiciones de regulación a nivel internacional. La hipótesis es, que la crisis del capitalismo internacional no es monocausal, sino es causada por el conjunto de políticas nacionales, que son relativamente independientes, aunque bajo condiciones estructurales similares. Aquí no me es posible describir detalladamente la historia de los dos siglos pasados. Me voy a limitar a tocar a grandes rasgos los acontecimientos más importantes.

Una característica del capitalismo fordista de los centros, después de la Segunda Guerra Mundial, fue la orientación de sus economías hacia *el mercado interno*: el modelo de acumulación dominante se basó en un aumento de la demanda masiva, cuya base a su vez fue la forma política regulativa Keynesiana (ampliación del estado social, políticas salariales

etc.). Como consecuencia se disminuyó la dependencia de exportaciones en los centros, el comercio y las inversiones se concentraron hacia el interior, la importancia de la periferia para la acumulación de capital en los centros fue decreciendo: su papel se limitó a simples proveedores de mano de obra barata y materia prima. Bajo estas condiciones algunos países de periferia intentaron, protegidos por grandes aranceles, un proceso de industrialización que en esencia era una copia del modelo fordista de acumulación ("política de *sustitución de importación*"). La estabilidad relativa de la economía mundial fue garantizada por la hegemonía estadounidense, la instalación del dólar como denominación mundial y el sistema de instituciones internacionales estipuladas por el convenio de Bretton-Woods (FMI, Banco Mundial, GATT...). Este "régimen internacional" bajo las condiciones de un intervencionismo estatal fuerte, creó un alto grado de autonomía económica y política de los estados nacionales. Esto fue no solo la condición para la política de sustitución de importaciones de las periferias, sino también para la extensión paulatina del modelo fordista estadounidense. Esto permitió a *Japón* y a *Europa Occidental* cuestionar la primacía tecnológica de EE.UU. y recuperar su ventaja productiva. (Lipietz 1987, 39 ff., Marmora/Messner 1989, 131 ff., Froebel 1987, 92 ff.): Las reservas de productividad del modelo taylorista de producción masiva, entran en contradicción con las formas regulativas del estado social keynesiano, lo que lleva a una significativa baja de la tasa de ganancia. Según sus diversos modelos nacionales de crecimiento, la crisis afectó a los países capitalistas desarrollados de diferente manera, y sus efectos sobre la periferia se manifiestan sólo hasta en los años 80. La crisis obligó a los países del centro a reestructurar forzosamente los procesos de producción fordistas para ganar nuevos márgenes de productividad. La nueva tecnología de información y comunicación posibilitó la fragmentación (transferencia) regional de la producción. Dentro de la estrategia del "worldwide sourcing" (utilizar recursos a nivel mundial), se dio la *transferecia* de procesos productivos intensivos en mano de obra de los centros a la periferia, sobre todo, a países que ofrecieron condiciones adecuadas, como es mano de obra barata y más ó menos, calificada, infraestructura suficiente y una estabilidad política. Las dictaduras eran en ese sentido lo más adecuado (Froebel y otros 1987, 95 ff.). Estos nuevos tipos de división internacional de trabajo, de integración de la periferia al mercado mundial, los llama Lipietz "bloody taylorism" o "*fordismo periférico*"

(Lipietz 1987, 69 ff.). Mientras lo primero significa la explotación extensiva de mano de obra sin regulación social, lo último se refiere a los intentos de adoptar parcialmente algunas formas de acumulación y regulación fordistas en algunos países recién industrializados. (Newly industrializing countries). De todas maneras, la periferia capitalista sufrió, como consecuencia de la crisis grandes alteraciones y diferenciaciones. De una importancia decisiva fue la erosión de la posición hegemónica de los EE.UU., la cual de cierta manera fue resultado de la lógica del sistema regulativo internacional, que los mismos habían impulsado: Fortalecidos por la liberación del mercado mundial y la inversión masiva de transnacionales estadounidenses, los países de Europa Occidental y Japón lograron aumentar su productividad y así amenazar la ventajosa posición competitiva de los EE.UU. Esta situación fue agravada por la sobrecarga económica de los EE.UU. por los gastos de armamento. Un crecimiento del déficit de la balanza comercial estadounidense llevó en consecuencia a un creciente debilitamiento del dólar, cuestionó su función estabilizadora como denominación mundial, y finalmente llevó al derrumbe del sistema Bretton-Woods y la regulación política institucionalizada del mercado mundial. (Altwater 1987, 211 ff., Mistral 1986, 190 ff., Schubert 1987, 69 ff., Nitsch 1987, Altwater/Huebner 1989). Importantes tareas de regulación se trasladaron de nuevo a los bancos centrales, y países como Alemania y Japón quienes empezaron a practicar, sin considerar las conexiones globales, una política de competencia rígida y de locación nacional, lo que aumentó la inestabilidad internacional, un vehículo regulativo del mercado mundial en manos de instancias políticas, sino un vehículo de imposición de intereses privados sobre los mercados financieros internacionales". (Altwater 1987, 233 ff.). Tenemos que subrayar, que el proceso de desregulación del sistema monetario y crediticio internacional es consecuencia de la crisis del modo regulativo fordista internacional y no resultado de una estrategia política neoliberal consciente (deliberada). La aplicación de políticas neoliberales más bien es una reacción a la crisis global.

La crisis del fordismo en las metrópolis y la subsecuente derrota del sistema regulativo económico de muchos *países de la periferia*, sobre todo los países latinoamericanos, que siguieron una estrategia fordista de industrialización y sustitución de importación. El fracaso de esta concepción de desarrollo tiene en primer lugar razones internas. El intento de adoptar elementos del modelo fordista de acumulación (tecnologías,

estándares de consumo, etc.), y de copiar la vía de desarrollo de las metrópolis, casi siempre llevó a un fracaso por las estructuras y relaciones de fuerzas sociopolíticas internas de estos países. Bajo la protección arancelaria, nacieron industrias oligopólicas con baja productividad, tecnológicamente todavía muy dependientes de los centros capitalistas y de las transnacionales (Hurtienne 1987, 128 pp., Froebel y otros 1987, 93 pp.). El desarrollo productivo necesario fue entorpecido, no sólo por el proteccionismo y las estructuras de poder oligopólicas, sino por la falta de regulación social de la mano de obra (Lipietz 1987, 60 ff.). La falta de reformas agrarias eficientes hizo estancar la productividad del sector agrario, y así imposibilitó un aumento del poder adquisitivo, condición indispensable para el funcionamiento de un modelo fordista. El modelo fordista de consumo masivo quedó limitado a una pequeña capa clasemediera urbana, mientras se dio una polarización social creciente. La coalición entre burguesía nacional, transnacionales, burocracia estatal, terratenientes y clase media urbana, bloqueó de esta manera el desarrollo económico y llevó finalmente a este modelo de la industrialización por sustitución de importaciones a un fracaso. (Lipietz 1987, 128 pp., Froebel y otros 1987, 93, Oninami 1986). El hecho de que fueron las relaciones de poder internas que causaron la crisis del fordismo periférico en América Latina, queda demostrado también por el desarrollo más exitoso de los países *umbrales* de Asia, como Surcorea y Taiwan. Estos países tienen como condiciones específicas, aparte de ser fuertemente apoyados por EE.UU., por razones estratégicas del bloque imperialista, estructuras político-sociales muy diferentes, por ejemplo una reforma agraria eficiente, un aparato estatal más independiente del capital nacional, etc. Dictaduras de desarrollo fuertes y estables, apoyadas por EE.UU., lograron allá con más facilidad la transición a una política de orientación a la exportación e integración al mercado mundial, basada en una mano de obra barata, muy calificada, y poniendo énfasis en la aplicación sistemática de alta tecnología, y así pudieron reaccionar a la crisis del fordismo. (Lipietz 1987, 69 pp., Froebel y otros 1987, 93 pp., Mármora/Hessner 1989, 139 pp.).

Desde luego hay grandes diferencias en el desarrollo de los países periféricos, no sólo entre Asia Oriental y América Latina, sino entre los países de este mismo continente. Esto tiene que ver mucho con el desarrollo histórico de sus economías, sus relaciones con el mercado mundial, sus recursos naturales (p. ej. petróleo), y muy decisivamente con sus estructu-



ras político-sociales internas. Hay muchos estudios acerca de los diferentes países, los cuales no podemos exponer detalladamente aquí. (p. ej. Oninami 1986 para Chile, Hausmann/Marquez 1986 para Venezuela, Marmora/Hessner 1989 comparando Argentina y Surcorea). De todos ellos se puede concluir, que fueron sobre todo esta constelación de fuerzas internas, que creó sistemas políticos y formas regulativas y estatales, y que, así, llevaron a que se formaran modos de acumulación y regulación incoherentes y una integración al mercado mundial defectuosa. Eso explica el reforzamiento mutuo de los procesos de crisis a nivel internacional y nacional.

El fracaso de la vía de desarrollo periférico fordista constituye la base de la *crisis de endeudamiento* de la periferia, que culmina en los 80. Esta crisis no se puede entender sin la crisis del fordismo en las metrópolis; la reacción político-económica que provocó, y la derrota de la regulación internacional. El creciente endeudamiento resulta del aumento en el atraso de la competitividad a nivel internacional de las industrias protegidas y totalmente enfocadas a un mercado local aislado. El proceso de industrialización se dio bajo condiciones de dependencia tecnológica, y la importación de bienes de producción ya no se pudo compensar por la exportación de recursos naturales, al bajar sus precios. La gran disponibilidad de dinero a nivel internacional, bajos intereses, y el afán de ganancia de los bancos privados, llevaron a que grandes cantidades de dinero entraran a los países en forma de créditos baratos. Pero este dinero sólo fue parcial e insuficiente empleado para mejorar la estructura productiva. Más que nada sirvió a la transferencia de ganancias al extranjero, para la ampliación del aparato represivo y para el subsidio del consumo clasemediero. Algunos países transfirieron un gran porcentaje de los créditos otra vez a los países industrializados. El gasto excesivo en la "droga del dinero barato" fue en el interés de las élites en el poder, pero agravaron cada vez más los desequilibrios económicos y sociales. (Hurtienne 1987, 128 pp., Altvater 1987, 236 pp.). El derrumbe de las formas regulativas keynesianas en los centros del capitalismo lleva a una recesión internacional, la cual limita más las posibilidades de exportación de las periferias. El descontrol en el manejo internacional de deudas fue llevado al extremo por la administración Reagan al inicio de los 80, y su política monetaria neoconservadora, la cual tuvo como consecuencia un aumento masivo de las tasas de interés a nivel internacional, y relacionado con esto una alza drástica del curso del

dólar. El intento del gobierno estadounidense de recuperar la hegemonía a través de este cambio en la política económica, una política monetaria nueva, un reforzamiento de las inversiones militares, no sólo debilitó más su propia posición económica, también desestabilizó el sistema crediticio internacional: bajo las nuevas condiciones de crédito y administración de capital, para muchos países endeudados ya no era viable, pensar en un constante pago de intereses y mucho menos en una liquidación de los créditos. (Lipietz 1987, 131 pp.). El aumento de la pirámide de deudas se independizó y quedó fuera de control.

La crisis de la economía estadounidense y junto con ella la pérdida de la hegemonía internacional, es una de las razones importantes del desastre económico de las periferias capitalistas. El endeudamiento interno y externo de EE.UU. ha delimitado el margen del gobierno estadounidense tanto, que ya no se puede contar con su papel estabilizador de las relaciones económicas internacionales a largo plazo. Las medidas estructurales para resolver la crisis, como por ejemplo el aumento de la capacidad de exportación de los países endeudados, choca con los intereses de una importante gama de la industria estadounidense, las cuales a su vez tienen grandes problemas con su propia competitividad. También en los países capitalistas del centro se manifiestan conflictos sociales, que impiden modelos nacionales regulativos y de acumulación compatibles con el mercado internacional. Finalmente, a raíz de su posición económica deteriorada, los EE.UU. carecen de posibilidades de convencer a Alemania y Japón para que cambien su política de competencia orientada a conseguir un máximo de superavit comercial. (Dziobak 1987, 56 pp.).

Cabe mencionar que bajo las condiciones de una crisis internacional, el sistema institucional fordista de regulación del mercado mundial sufrió un cambio radical en su función. Después del derrumbe del sistema Bretton-Woods, el papel del FMI cambió, de un tipo de banco central internacional, dentro de un sistema regulativo keynesiano, con el fin de garantizar el empleo y el crecimiento del poder adquisitivo, a un tipo de policía internacional al servicio de los bancos privados. Sin tener gran influencia en estos, juega un papel de control y de vigilancia económica, impone a los países deudores condicionamientos económicos, políticos y sociales, para garantizar el pago de la deuda, y a cuyo cumplimiento se condiciona un comportamiento moderado de los acreedores (moratorias, compra de deudas, fresh money, etc.). El FMI impone a los países deudores medidas

políticas, que se supone deben de procurarles recursos internos para transferirlos a los bancos transnacionales. (Altvater 1987, 29). "La política de las instituciones internacionales, sobre todo el FMI, se está economizando desde sus objetivos y contenidos, mientras las relaciones económicas se están politizando desde su forma, por la intervención del FMI. (Altvater 1987, 270). Esta economización de las relaciones internacionales limita al margen de los gobiernos nacionales, en especial de las periferias capitalistas y los obliga a obedecer cada vez más directamente a los mecanismos forzosos de una economía global fuera de control político, sin poder tomar en cuenta las consecuencias sociales y ecológicas de estos.

Bajo estas condiciones de una economización extrema y de una nacionalización de la regulación mundial, no se vislumbra la solución de esta crisis, que no es solamente una crisis de endeudamiento de la periferia, sino una crisis de los modos de acumulación y regulación de los centros. Esto tiene que ver con que todavía siguen aprovechándose importantes élites y grupos de interés económico, del sostenimiento de la política crediticia internacional. Políticas estabilizadoras, como las que pretende el FMI, quedan sin efecto, mientras estén subordinadas a intereses de acreedores privados; mientras no están acompañadas por un sistema regulativo internacional que puede estabilizar las relaciones comerciales internacionales y limitar la competencia nacional, aunque parezcan útiles en casos singulares. Si no se dan estas condiciones de acompañamiento, tienden a reforzar el círculo destructivo, al cual se ha ido circunscribiendo el capitalismo internacional posteriormente a la crisis del fordismo. Una solución de esta crisis presupone el reestablecimiento de un sistema regulativo internacional después del fin de la "Pax Americana". No obstante, un nuevo poder hegemónico internacional que podría garantizar este nuevo sistema regulativo, basado en un nuevo sistema de acumulación y regulación dominante, no se vislumbra hasta la fecha.

#### IV. Conclusiones

El análisis del sistema capitalista mundial tiene que tomar en cuenta, que aunque esté determinado por el desarrollo de leyes estructurales, éstas leyes siempre se expresan de una manera concreta, son determinadas por condiciones sociales muy concretas, relaciones de fuerzas sociales, y estrategias político-sociales. Es decir, su manera de actuar depende mucho

de las acciones y opciones de los actores participantes, aunque éstos a su vez están subordinados a los determinantes del proceso global de acumulación y reproducción de capital.

Esta relación se presenta mucho más compleja a nivel global, porque allí se trata de un sistema de sociedades nacionales con sus respectivas estructuras político sociales, sus instituciones políticas muy particulares, y en consecuencia sus modelos de desarrollo muy particulares, en los cuales se expresan tradiciones históricas, condiciones naturales, conflictos y arreglos sociales. Como no existe un estado global a nivel mundial, y bajo condiciones capitalistas no podrá existir, es muy poco factible, que un modo coherente de acumulación y regulación a nivel global se desarrolle a través de la compactación de relaciones económico sociales por un aparato estatal con un apoyo fuerte hegemónico. Con el capitalismo mundial se trata de un sistema de economías nacionales relativamente independientes una de otra y sólo ligeramente relacionadas, cuya relación económica y política está coordinada por un sistema regulativo internacional poco desarrollado institucionalmente. Como la estructura del capitalismo mundial y su desarrollo no se puede ver como el resultado de una simple lógica ó una regularidad lineal, las acciones de los diversos actores dentro de los países y a través de las fronteras (gobiernos, sindicatos, empresas transnacionales...) son de gran importancia para la condición del sistema en general y la posición de cada país en ello. El mercado mundial por lo mismo, no es sólo "destino" o "fuerza mayor", y el desarrollo de cada país está determinado decisivamente por las relaciones sociales internas y las estrategias político-sociales subsecuentes.

Una conclusión teórica de lo anterior es que para el análisis del sistema capitalista mundial se requiere de un concepto mucho más diferenciado de lo que ofrecen las teorías tradicionales. Es determinante, tener mayor claridad de los procesos complejos que vinculan a los sistemas nacionales. La Teoría de la Regulación se ha concentrado sobre todo en los sistemas nacionales de acumulación y regulación en los centros capitalistas, y nos ofrece importantes cuestionamientos y algunos conceptos preliminares, pero no puede todavía pretender ser una teoría completa del sistema capitalista mundial. Para llegar a eso, es necesario tener una fundamentación socio-teórica del planteamiento en sí, sobre todo una precisión de la relación entre "estructura", "ley", "institución" y "acción social". (Robles 1991). Lo central sería superar el economismo implícito de

la Teoría de la Regulación, y desarrollar una teoría política y de estado, partiendo de la Teoría de la Regulación. (Hirsch 1990).

En términos políticos se puede concluir con el entendimiento, de que para un cambio de emancipación del desorden mundial capitalista en crisis, no existe un punto de partida predeterminado, ni un actor privilegiado. Eso requiere más bien un cambio de las relaciones político sociales en todos los países, tanto de periferia como del centro. Eso, sólo puede tener éxito, si se da un alto grado de coordinación y cooperación (Lipietz 1987, 189 pp.). Eso significa también la necesidad de colaboración política a nivel nacional e internacional, independientemente y por encima de los gobiernos e instancias estatales.

Desde allí se puede interpretar también la importancia de los procesos democráticos de los últimos años, especialmente en América Latina. Estos se deben primero, y en gran medida, a la disolución de los grandes bloques posteriormente a la derrota de la Unión Soviética, y los cambios que ésta provocó para los planes hegemónicos geoestratégicos. Otro fundamento económico social decisivo, son las políticas neoliberales, que impusieron las dictaduras militares después del fracaso de la política de sustitución de importación, el surgimiento de la crisis de la deuda y en consecuencia, la miseria social, desindustrialización, destrucción de la naturaleza y el sometimiento inmediato del desarrollo económico bajo las condiciones de un mercado mundial dominado por empresas transnacionales. Todos estos factores disminuyeron la *legitimidad política de las dictaduras militares y debilitaron el poder de los aparatos estatales*. Con esto se redujeron significativamente los márgenes para influir democráticamente sobre las decisiones políticas, y se relativizó la significancia de los procesos formales de democratización, por lo menos en cuanto al desarrollo económico social: "Donde las necesidades reales de la economía mercantil se imponen, ya no se requiere de militares". (Mueller/Plantenberg 1991, 86, véase también Froebel y otros 1987, 94).

Sin embargo, una verdadera democratización sería al mismo tiempo una condición fundamental para una política de integración al mercado mundial, que podría romper el círculo de dependencia y de pauperización. Sólo así podemos esperar un relajamiento de los bloqueos sociales, que han contribuido al fracaso económico de muchos de estos países. La pregunta clave es, si es posible crear y fortalecer estructuras sociales civiles, que trasciendan el parlamentismo formal, que acaben con los aparatos

estatales corruptos, ineficientes, y que posibiliten una integración social de la economía de mercado y compromisos sociales legitimados a través de consensos. De la creación de este tipo de estructuras depende, en gran medida, de que se logre un modo de acumulación y regulación nacional coherente, relativamente autónomo y cimentado hegemonícamente. Es un hecho, que los países de la periferia solamente tendrán una oportunidad de desarrollo, si las estructuras económico sociales y las relaciones de fuerza en los centros se modifican fundamentalmente. Porque: el punto clave de la sociedad mundial no es la pobreza de muchos, sino la riqueza de los pocos, o mejor dicho la forma en la cual ésta se reproduce.


## INDICE

PROLOGO .....	Pág. 5
DINERO Y LUCHA DE CLASES Werner Bonefeld y John Holloway .....	Pág. 7
LA SUBVERSIÓN DEL PATRÓN DINERO EN LA CRISIS ACTUAL Harry Cleaver .....	Pág. 27
DINERO Y LIBERTAD. EL PODER CONSTITUTIVO DEL TRABAJO Y LA REPRODUCCIÓN CAPITALISTA Werner Bonefeld .....	Pág. 65
EL SISTEMA DEL ESTADO INTERNACIONAL Y LA CRISIS GLOBAL Peter Burnham .....	Pág. 97
INTERPRETACIONES DE LA INTERRELACIÓN ENTRE CAPITAL, ESTADO Y MERCADO MUNDIAL DESDE LA TEORÍA DE LA REGULACIÓN Joachim Hirsch .....	Pág. 119









Esta compilación es un aporte para la comprensión de las relaciones antagónicas existentes entre la globalización del capital y la soberanía de los estados-nación. El antagonismo se expresa primordialmente en el dinero y en las políticas monetarias –particularmente las monetaristas–, mientras la crisis sigue conduciendo la marcha de la globalización por la senda de la especulación financiera.

El hecho de que sean estas políticas neoconservadoras de disciplinamiento a través del dinero –con sus secuelas de desempleo, miseria y descomposición social– las que dirigen nuestro acceso a la globalización, otorga su importancia a la problemática abordada en estos trabajos.

Tierra  fuepo  
del

Homo  Sapiens  
EDICIONES

